

**ANTONIO MACHADO**

# **POESÍAS COMPLETAS**

---

**ESPASA – CALPE, S. A.**

DIGITALIZADO CON ANTIGUA GRATITUD POR EL\_GATO

## ANTONIO MACHADO

Misterioso y silencioso  
Iba una vez y otra vez,  
Su mirada era tan profunda  
que apenas se podía ver.  
Cuando hablaba tenía un dejo  
De timidez y de altivez.  
Y la luz de sus pensamientos  
Casi siempre se veía arder.  
Era luminoso y profundo  
Como era hombre de buena fe.  
Fuera pastor de mil leones  
Y de corderos a la vez.  
Conduciría tempestades  
O traería un panal de miel.  
Las maravillas de la vida  
Y del amor y del placer,  
Cantaba en versos profundos  
Cuyo secreto era de él.  
Montado en un raro Pegaso,  
Un día al imposible fue.  
Ruego por Antonio a mis dioses,  
Ellos le salven siempre. Amén.

RUBÉN DARÍO

## SOLEDADES (1899-1907)

### I

#### (EL VIAJERO)

Está en la sala familiar, sombría,  
y entre nosotros, el querido hermano  
que en el sueño infantil de un claro día  
vimos partir hacia un país lejano.

Hoy tiene ya las sienes plateadas,  
un gris mechón sobre la angosta frente;  
y la fría inquietud de sus miradas  
revela un alma casi toda ausente.

Deshójanse las copas otoñales  
del parque mustio y viejo.  
La tarde, tras los húmedos cristales,  
se pinta, y en el fondo del espejo.

El rostro del hermano se ilumina  
suavemente. ¿Floridos desengaños  
dorados por la tarde que declina?  
¿Ansias de vida nueva en nuevos años?

¿Lamentará la juventud perdida?  
Lejos quedó —la pobre loba— muerta.  
¿La blanca juventud nunca vivida  
teme, que ha de cantar ante su puerta?

¿Sonríe al sol de oro,  
de la tierra de un sueño no encontrada;  
y ve su nave hender el mar sonoro,  
de viento y luz la blanca vela henchida?

El ha visto las hojas otoñales,  
amarillas, rodar, las olorosas  
ramas del eucalipto, los rosales  
que enseñan otra vez sus blancas rosas..

Y este dolor que añora o desconfía  
el temblor de una lágrima reprime,  
y un resto de viril hipocresía  
en el semblante pálido se imprime.

Serio retrato en la pared clarea  
todavía. Nosotros divagamos.  
En la tristeza del hogar golpea  
el tictac del reloj. Todos callamos.

## II

He andado muchos caminos,  
he abierto muchas veredas;  
he navegado en cien mares,  
y atracado en cien riberas.

En todas partes he visto  
caravanas de tristeza,  
soberbios y melancólicos  
borrachos de sombra negra,

y pedantones al paño  
que miran, callan, y piensan  
que saben, porque no beben  
el vino de las tabernas.

Mala gente que camina  
y va apestando la tierra...

Y en todas partes he visto  
gentes que danzan o juegan,  
cuando pueden, y laboran  
sus cuatro palmos de tierra.

Nunca, si llegan a un sitio,  
preguntan adonde llegan.  
Cuando caminan, cabalgan  
a lomos de mula vieja,

y no conocen la prisa  
ni aun en los días de fiesta.  
Donde hay vino, beben vino;  
donde no hay vino, agua fresca.

Son buenas gentes que viven,  
laboran, pasan y sueñan,  
y en un día como tantos,  
descansan bajo la tierra.

## III

La plaza y los naranjos encendidos  
con sus frutas redondas y risueñas.

Tumulto de pequeños colegiales  
que, al salir en desorden de la escuela,  
llenar el aire de la plaza en sombra  
con la algazara de sus voces nuevas.

¡Alegría infantil en los rincones  
de las ciudades muertas!...  
¡Y algo nuestro de ayer, que todavía  
vemos vagar por estas calles viejas!

## **IV**

### **(EN EL ENTIERRO DE UN AMIGO)**

Tierra le dieron una tarde horrible  
del mes de julio, bajo el sol de fuego.

A un paso de la abierta sepultura,  
había rosas de podridos pétalos,  
entre geranios de áspera fragancia  
y roja flor. El cielo  
puro y azul. Corría  
un aire fuerte y seco.

De los gruesos cordeles suspendido,  
pesadamente, descender hicieron  
el ataúd al fondo de la fosa  
los dos sepultureros...

Y al resonar sonó con recio golpe,  
solemne, en el silencio.

Un golpe de ataúd en tierra es algo  
perfectamente serio.

Sobre la negra caja se rompían  
los pesados terrones polvorientos...

El aire se llevaba  
de la honda fosa el blanquecino aliento.

—Y tú, sin sombra ya, duermes y reposa,  
larga paz a tus huesos...

Definitivamente,  
duermes un sueño tranquilo y verdadero.

## **V**

### **(RECUERDO INFANTIL)**

Una tarde parda y fría  
de invierno. Los colegiales  
estudian. Monotonía  
de lluvia tras los cristales.

Es la clase. En un cartel  
se representa a Caín  
fugitivo, y muerto Abel,  
junto a una mancha carmín.

Con timbre sonoro y hueco  
truenas el maestro, un anciano  
mal vestido, enjuto y seco,  
que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil  
va cantando la lección;  
mil veces ciento, cien mil,  
mil veces mil, un millón.

Una tarde parda y fría  
de invierno. Los colegiales  
estudian. Monotonía  
de la lluvia en los cristales.

## VI

Fue una clara tarde, triste y soñolienta...  
tarde de verano. La hiedra asomaba  
al muro del parque, negra y polvorienta...  
La fuente sonaba.

Rechinó en la vieja cancela mi llave;  
con agrio ruido abrióse la puerta

de hierro mohoso y, al cerrarse, grave  
golpeó el silencio de la tarde muerta.

En el solitario parque, la sonora  
copla borbollante del agua cantora  
me guía a la fuente. La fuente vertía  
sobre el blanco mármol su monotonía.

La fuente cantaba: ¿Te recuerda, hermano,  
un sueño lejano mi canto presente?  
Fue una tarde lenta del lento verano.

Respondí a la fuente:  
No recuerdo, hermana,  
mas sé que tu copla presente es lejana.

Fue esta misma tarde: mi cristal vertía  
como hoy sobre el mármol su monotonía.  
¿Recuerdas, hermano? ... Los mirtos talaes,  
que ves, sombreaban los claros cantares  
que escuchas. Del rubio color de la llama,  
el fruto maduro pendía en la rama,  
lo mismo que ahora. ¿Recuerdas, hermano? ..  
Fue esta misma lenta tarde de verano.

—No sé qué me dice tu copla riente  
de ensueños lejanos, hermana la fuente.

Yo sé que tu claro cristal de alegría  
ya supo del árbol la fruta bermeja;  
yo sé que es lejana la amargura mía  
que sueña en la tarde de verano vieja.

Yo sé que tus bellos espejos cantores  
copiaron antiguos delirios de amores:

mas cuéntame, fuente de lengua encantada,  
cuéntame mi alegre leyenda olvidada.

—Yo no sé leyendas de antigua alegría,  
sino historias viejas de melancolía.

Fue una clara tarde del lento verano..  
Tú venías solo con tu pena, hermano;  
tus labios besaron mi linfa serena,  
y en la clara tarde, dijeron tu pena.

Dijeron tu pena tus labios que ardían;  
la sed que ahora tienen, entonces tenían.

—Adiós para siempre la fuente sonora,  
del parque dormido eterna cantora.  
Adiós para siempre; tu monotonía,  
fuente, es más amarga que la pena mía.

Rechinó en la vieja cancela mi llave;  
con agrio ruido abrióse la puerta  
de hierro mohoso y, al cerrarse, grave  
sonó en el silencio de la tarde muerta.

## VII

El limonero lánguido suspende  
una pálida rama polvorienta,  
sobre el encanto de la fuente limpia,  
y allá en el fondo sueñan  
los frutos de oro...

Es una tarde clara,  
casi de primavera,  
tibia tarde de marzo  
que el hálito de abril cercano lleva;  
y estoy solo, en el patio silencioso,  
buscando una ilusión cándida y vieja:  
alguna sombra sobre el blanco muro,  
algún recuerdo, en el pretil de piedra  
de la fuente, dormido, o, en el aire,  
algún vagar de túnica ligera.

En el ambiente de la tarde flota  
ese aroma de ausencia.  
que dice al alma luminosa: nunca,  
y al corazón: espera.

Ese aroma que evoca los fantasmas  
de las fragancias vírgenes y muertas.

Sí, te recuerdo, tarde alegre y clara,  
casi de primavera,  
tarde sin flores, cuando me traías  
el buen perfume de la hierbabuena,

y de la buena albahaca,  
que tenía mi madre en sus macetas.

Que tú me viste hundir mis manos puras  
en el agua serena,  
para alcanzar los frutos encantados  
que hoy en el fondo de la fuente sueñan...

Sí, te conozco, tarde alegre y clara,  
casi de primavera.

## VIII

Yo escucho los cantos  
de viejas cadencias,  
que los niños cantan  
cuando en coro juegan,  
y vierten en coro  
sus almas que sueñan,  
cual vierten sus aguas  
las fuentes de piedra:  
con monotonías  
de risas eternas,  
que no son alegres,  
con lágrimas viejas,  
que no son amargas  
y dicen tristezas,  
tristezas de amores  
de antiguas leyendas.

En los labios niños,  
las canciones llevan  
confusa la historia  
y clara la pena;  
como clara el agua  
lleva su conseja  
de viejos amores,  
que nunca se cuentan.

Jugando a la sombra  
de una plaza vieja,  
los niños cantaban...

La fuente de piedra  
vertía su eterno  
cristal de leyenda.

Cantaban los niños  
canciones ingenuas,  
de un algo que pasa  
y que nunca llega:  
la historia confusa  
y clara la pena.

Seguía su cuento



la fuente serena;  
borrada la historia,  
contaba la pena.

## IX

### (ORILLAS DEL DUERO).

Se ha asomado una cigüeña a lo alto del campanario.  
Girando en torno a la torre y al caserón solitario,  
y las golondrinas chillan. Pasaron del blanco invierno,  
de nevascas y ventiscas los crudos soplos de infierno.

Es una tibia mañana.  
El sol calienta un poquito la pobre tierra soriana.

Pasados los verdes pinos,  
casi azules, primavera  
se ve brotar en los finos  
chopos de la carretera  
y del río. El Duero corre, terso y mudo, mansamente.  
El campo parece, más que joven, adolescente.

Entre las hierbas alguna humilde flor ha nacido,  
azul o blanca. ¡Belleza del campo apenas florido,  
y mística primavera!

¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,  
espuma de la montaña  
ante la azul lejanía  
sol del día, claro día!  
¡Hermosa tierra de España!

## X

A la desierta plaza  
conduce un laberinto de callejas.  
A un lado, el viejo paredón sombrío  
de una ruinoso iglesia;  
a otro lado, la tapia blanquecina  
de un huerto de cipreses y palmeras,  
y, frente a mí, la casa,  
y en la casa la reja  
ante el cristal que levemente empaña  
su figurilla plácida y risueña.  
Me apartaré. No quiero  
llamar a tu ventana ... Primavera  
viene —su veste blanca  
flota en el aire de la plaza muerta—;  
viene a encender las rosas  
rojas de tus rosales... Quiero verla ...

## XI

Yo voy soñando caminos  
de la tarde. ¡Las colinas  
doradas, los verdes pinos,  
las polvorientas encinas!...  
¿Adonde el camino irá?  
Yo voy cantando, viajero  
a lo largo del sendero...  
—La tarde cayendo está—,  
"En el corazón tenía  
la espina de una pasión;  
logré arrancármela un día:  
ya no siento el corazón."

Y todo el campo un momento  
se queda, mudo y sombrío,  
meditando. Suenan el viento  
en los álamos del río.

La tarde más se obscurece;  
y el camino que serpea  
y débilmente blanquea,  
se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve a plañir:  
"Aguda espina dorada,  
quién te pudiera sentir  
en el corazón clavada."

## XII

Amada, el aura dice  
tu pura veste blanca ...  
No te verán mis ojos  
¡mi corazón te aguarda!

El viento me ha traído  
tu nombre en la mañana;  
el eco de tus pasos  
repite la montaña ...  
No te verán, mis ojos;  
¡mi corazón te aguarda!

En las sombrías torres  
repican las campanas...  
No te verán mis ojos;  
¡mi corazón te aguarda!

Los golpes del martillo  
dicen la negra caja;  
y el sitio de la fosa,  
los golpes de la azada...  
No te verán mis ojos;  
¡mi corazón te aguarda!

### XIII

Hacia un ocaso radiante  
caminaba el sol de estío,  
y era, entre nubes de fuego, una trompeta gigante,  
tras de los álamos verdes de las márgenes del río.

Dentro de un olmo sonaba la sempiterna tijera  
de la cigarra cantora, el monorritmo jovial,  
entre metal y madera,  
que es la canción estival.

En una huerta sombría  
giraban los cangilones de la noria soñolienta.  
Bajo las ramas oscuras el son del agua se oía.  
Era una tarde de julio, luminosa y polvorienta.

Yo iba haciendo mi camino,  
absorto en el solitario crepúsculo campesino.

Y pensaba: "¡Hermosa tarde, nota de la lira inmensa  
toda desdén y armonía;  
hermosa tarde, tú curas la pobre melancolía  
de este rincón vanidoso, obscuro rincón que piensa!"

Pasaba el agua rizada bajo los ojos del puente.  
Lejos la ciudad dormía,  
como cubierta de un mago fanal de oro transparente.  
Bajo los arcos de piedra el agua clara corría.

Los últimos arreboles coronaban las colinas  
manchadas de olivos grises y de negruzcas encinas.  
Yo caminaba cansado,  
sintiendo la vieja angustia que hace el corazón pesado.

El agua en sombra pasaba tan melancólicamente,  
bajo los arcos del puente,  
como si al pasar dijera:

"Apenas desamarrada  
la pobre barca, viajero, del árbol de la ribera,  
se canta: no somos nada.  
Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera."

Bajo los ojos del puente pasaba el agua sombría.  
(Yo pensaba: ¡el alma mía!)

Y me detuve un momento,  
en la tarde, a meditar...  
¿Qué es esta gota en el viento  
que grita al mar: soy el mar?

Vibraba el aire asordado  
por los élitros cantores que hacen el campo sonoro,  
cual si estuviera sembrado  
de campanitas de oro.

En el azul fulguraba  
un lucero diamantino.  
Cálido viento soplabo,  
alborotando el camino.

Yo, en la tarde polvoriento,  
hacia la ciudad volvía.  
Sonaban los cangilones de la noria soñoliento.  
Bajo las ramas oscuras caer el agua se oía.

#### **XIV**

##### **(CANTE HONDO)**

Yo meditaba absorto, devanando  
los hilos del hastío y la tristeza,  
cuando llegó a mi oído,  
por la ventana de mi estancia, abierta

a una caliente noche de verano,  
el plañir de una copla soñoliento,  
quebrada por los trémolos sombríos  
de las músicas magas de mi tierra.

... Y era el Amor, como una roja llama.  
—Nerviosa mano en la vibrante cuerda  
ponía un largo suspirar de oro,  
que se trocaba en surtidor de estrellas—.

... Y era la Muerte, al hombro la cuchilla,  
el paso largo, torva y esquelética,  
—tal cuando yo era niño la soñaba—.

Y en la guitarra, resonante y trémula,  
la brusca mano, al golpear, fingía  
el reposar de un ataúd en tierra.

Y era un plañido solitario el soplo  
que el polvo barre y la ceniza avienta.

#### **XV**

La calle en sombra. Ocultan los altos caserones  
el sol que muere; hay ecos de luz en los balcones.

¿No ves, en el encanto del mirador florido,  
óvalo rosado de un rostro conocido?

La imagen, tras el vidrio de equívoco reflejo,  
surge o se apaga como daguerrotipo viejo.

Suena en la calle sólo el ruido de tu paso;  
se extinguen lentamente los ecos del ocaso.

¡Oh, angustia! Pesa y duele el corazón ... ¿Es ella?  
No puede ser... Camina... En el azul, la estrella.

## XVI

Siempre fugitiva y siempre  
cerca de mí, en negro manto  
mal cubierto el desdeñoso  
gesto de tu rostro pálido.  
No sé adonde vas, ni dónde  
tu virgen belleza tálamo  
busca en la noche. No sé  
qué sueños cierran tus párpados,  
ni de quién haya entreabierto  
tu lecho inhospitalario.

.....

Detén el paso, belleza  
esquiva, detén el paso.

Besar quisiera la amarga,  
amarga flor de tus labios.

## XVII

### (HORIZONTE)

En una tarde clara y amplia como el hastío,  
cuando su lanza blande el tórrido verano,  
copiaban el fantasma de un grave sueño mío  
mil sombras en teoría, enhiestas, sobre el llano.

La gloria del ocaso era un purpúreo espejo,  
era un cristal de llamas, que al infinito viejo  
iba, arrojando el grave soñar en la llanura...  
Y yo sentí la espuela sonora de mi paso  
repercutir lejana en el sangriento ocaso,  
y más allá, la alegre canción de un alba pura.

## XVIII

### (EL POETA)

Para el libro *La casa de la primavera*  
de Gregorio Martínez Sierra

Maldiciendo su destino  
como Glauco, el dios marino,  
mira, turbia la pupila  
de llanto, el mar, que le debe su blanca virgen Scyla.

El sabe que un Dios más fuerte  
con la sustancia inmortal está jugando a la muerta,  
cual niño bárbaro. Él piensa  
que ha de caer como rama que sobre las aguas flota,  
antes de perderse, gota  
de mar en la mar inmensa.

En sueños oyó el acento de una palabra divina;  
en sueños se le ha mostrado la cruda ley diamantina,  
sin odio ni amor, y el frío  
soplo del olvido sabe, sobre un arenal de hastío.

Bajo las palmeras del oasis el agua buena  
miró brotar de la arena;  
y se abrevó entre las dulces gacelas, y entre los fieros  
animales carniceros...

Y supo cuánto es la vida hecha de sed y de dolor.  
Y fue compasivo para el ciervo y el cazador,  
para el ladrón y el robado,  
para el pájaro azorado,  
para el sanguinario azor.

Con el sabio amargo dijo: Vanidad de vanidades,  
todo es negra vanidad;  
y oyó otra voz que clamaba, alma de sus soledades:  
sólo eres tú, luz que fulges en el corazón, verdad.

Y viendo cómo lucían  
miles de blancas estrellas,  
pensaba que todas ellas  
en su corazón ardían.  
¡Noche de amor!

Y otra noche  
sintió la mala tristeza  
que enturbia la pura llama,  
y el corazón que bosteza,  
y el histrión que declama.

Y dijo: Las galerías  
del alma que espera están  
desiertas, mudas, vacías:  
las blancas sombras se van.

Y el demonio de los sueños abrió el jardín encantado  
del ayer. ¡Cuan bello era!  
¡Qué hermosamente el pasado  
fingía la primavera,  
cuando del árbol de otoño estaba el fruto colgado,  
mísero fruto podrido,  
que en el hueco acibarado  
guarda el gusano escondido!

¡Alma, que en vano quisiste ser más joven cada día,  
arranca tu flor, la humilde flor de la melancolía!

## **XIX**

¡Verdes jardinillos,  
claras plazoletas,  
fuente verdinosa  
donde el agua sueña,  
donde el agua muda  
resbala en la piedra!...

Las hojas de un verde  
mustio, casi negras  
de la acacia, el viento  
de septiembre besa,  
y se lleva algunas  
amarillas, secas,  
jugando, entre el polvo  
blanco de la tierra.

Linda doncellita,  
que el cántaro llenas  
de agua transparente,  
tú, al verme, no llevas  
a los negros bucles  
de tu cabellera,  
distráidamente,  
la mano morena,  
ni, luego, en el limpio  
cristal te contemplas...

Tú miras al aire  
de la tarde bella,  
mientras de agua clara  
el cántaro llenas.

## DEL CAMINO

### XX

#### (PRELUDIO)

Mientras la sombra pasa de un santo amor, hoy quiero  
poner un dulce salmo sobre mi viejo atril.  
Acordaré las notas del órgano severo  
al suspirar fragante del pífano de abril.

Madurarán su aroma las pomas otoñales,  
la mirra y el incienso salmodiarán su olor;  
exhalarán su fresco perfume los rosales,  
bajo la paz en sombra del tibio huerto en flor.

Al grave acorde lento de música y aroma,  
la sola y vieja y noble razón de mi rezar  
levantará su vuelo suave de paloma,  
y la palabra blanca se elevará al altar.

### XXI

Daba el reloj las doce... y eran doce  
golpes de azada en tierra...  
...¡Mi hora! —grité—. ... El silencio  
me respondió: —No temas;  
tú no verás caer la última gota  
que en la clepsidra tiembla.

Dormirás muchas horas todavía  
sobre la orilla vieja,  
y encontrarás una mañana pura  
amarrada tu barca a otra ribera.

### XXII

Sobre la tierra amarga,  
caminos tiene el sueño  
laberínticos, sendas tortuosas,  
parques en flor y en sombra y en silencio

criptas hondas, escalas sobre estrellas;  
retablos de esperanzas y recuerdos.  
Figurillas que pasan y sonríen  
—juguetes melancólicos de viejo—;

imágenes amigas,  
a la vuelta florida del sendero,  
y quimeras rosadas  
que hacen camino ... lejos...



### XXIII

En la desnuda tierra del camino  
la hora florida brota,  
espino solitario,  
del valle humilde en la revuelta umbrosa.

El salmo verdadero  
de tenue voz hoy torna  
al corazón, y al labio,  
la palabra quebrada y temblorosa.

Mis viejos mares duermen; se apagaron  
sus espumas sonoras  
sobre la playa estéril. La tormenta  
camina lejos en la nube torva.

Vuelve la paz al cielo;  
la brisa tutelar esparce aromas  
otra vez sobre el campo, y aparece,  
en la bendita soledad, tu sombra.

### XXIV

El sol es un globo de fuego,  
la luna es un disco morado.

Una blanca paloma se posa  
en el alto ciprés centenario.

Los cuadros de mirtos parecen  
de marchito velludo empolvado.

¡El jardín y la tarde tranquila!...  
Suenan el agua en la fuente de mármol.

### XXV

¡Tenue rumor de túnicas que pasan  
sobre la infértil tierra!...  
¡Y lágrimas sonoras  
de las campanas viejas!

Las ascuas mortecinas  
del horizonte humean ...  
Blancos fantasmas lares  
van encendiendo estrellas.

—Abre el balcón. La hora  
de una ilusión se acerca...  
La tarde se ha dormido,  
y las campanas sueñan.

## XXVI

¡Oh, figuras del atrio, más humildes  
cada día y lejanas:  
mendigos harapientos  
sobre marmóreas gradas;

miserables ungidos  
de eternidades santas,  
manos que surgen de los mantos viejos  
y de las rotas capas!

¿Pasó por vuestro lado  
una ilusión velada,  
de la mañana luminosa y fría  
en las horas más plácidas? ...

Sobre la negra túnica, su mano  
era una rosa blanca...

## XXVII

La tarde todavía  
dará incienso de oro a tu plegaria,  
y quizás el cenit de un nuevo día  
amenguará tu sombra solitaria.

Mas no es tu fiesta el ultramar lejano,  
sino la ermita junto al manso río;  
no tu sandalia el soñoliento llano  
pisará, ni la arena del hastío.

Muy cerca está, romero,  
la tierra verde y santa y florecida  
de tus sueños; muy cerca, peregrino  
que desdeñas la sombra del sendero  
y el agua del mesón en tu camino.

## XXVIII

Crear fiestas de amores  
en nuestro amor pensamos,  
quemar nuevos aromas  
en montes no pisados,

y guardar el secreto  
de nuestros rostros pálidos,  
porque en las bacanales de la vida  
vacías nuestras copas conservamos,

mientras con eco de cristal y espuma  
ríen los zumos de la vid dorados.

.....  
Un pájaro escondido entre las ramas  
del parque solitario,  
silba burlón...

Nosotros exprimimos  
la penumbra de un sueño en nuestro vaso ...  
Y algo, que es tierra en nuestra carne, siente  
la humedad del jardín como un halago.

## **XXIX**

Arde en tus ojos un misterio, virgen  
esquiva y compañera.

No sé si es odio o es amor la lumbre  
inagotable de tu aljaba negra.

Conmigo irás mientras proyecte sombra  
mi cuerpo y quede a mi sandalia arena.

—¿Eres la sed o el agua en mi camino?  
Dime, virgen esquiva y compañera.

## **XXX**

Algunos lienzos del recuerdo tienen  
luz de jardín y soledad de campo  
la placidez del sueño  
en el paisaje familiar soñado.

Otros guardan las fiestas  
de días aun lejanos;  
figurillas sutiles  
que pone un titerero en su retablo...

.....  
Ante el balcón florido,  
está la cita de un amor amargo.

Brilla la tarde en el resol bermejo...  
La hiedra efunde de los muros blancos ..

A la revuelta de una calle en sombra,  
un fantasma irrisorio besa un nardo.

## **XXXI**

Crece en la plaza en sombra

el musgo, y en la piedra vieja y santa  
de la iglesia. En el atrio hay un mendigo ..  
Más vieja que la iglesia tiene el alma.

Sube muy lento, en las mañanas frías,  
por la marmórea grada,  
hasta un rincón de piedra... Allí aparece  
su mano seca entre la rota capa.

Con las órbitas huecas de sus ojos  
ha visto cómo pasan  
las blancas sombras, en los claros días,  
las blancas sombras de las horas santas.

### **XXXII**

Las ascuas de un crepúsculo morado  
detrás del negro cipresal humean...  
En la glorieta en sombra está la fuente  
con su alado y desnudo Amor de piedra,  
que sueña mudo. En la marmórea taza  
reposa el agua muerta.

### **XXXIII**

¿Mi amor? ... ¿Recuerdas, dime,  
aquellos juncos tiernos,  
lánguidos y amarillos  
que hay en el cauce seco? ...

¿Recuerdas la amapola  
que calcinó el verano,  
la amapola marchita,  
negro crespón del campo? ...

¿Te acuerdas del sol yerto  
y humilde, en la mañana,  
que brilla y tiembla roto  
sobre una fuente helada? ...

### **XXXIV**

Me dijo un alba de la primavera:  
Yo florecí en tu corazón sombrío  
ha muchos años, caminante viejo  
que no cortas las flores del camino.

Tu corazón de sombra, ¿acaso guarda  
el viejo aroma de mis viejos lirios?  
¿Perfuman aún mis rosas la alba frente  
del hada de tu sueño adamantino?

Respondí a la mañana:  
Sólo tienen cristal los sueños míos.  
Yo no conozco el hada de mis sueños;  
ni sé si está mi corazón florido.

- Pero si aguardas la mañana pura  
que ha de romper el vaso cristalino,  
quizás el hada te dará tus rosas,  
mi corazón tus lirios.

### **XXXV**

Al borde del sendero un día nos sentamos.  
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita  
son las desesperantes posturas que tomamos  
para aguardar.... Mas Ella no faltará a la cita.

### **XXXVI**

Es una forma juvenil que un día  
a nuestra casa llega.  
Nosotros le decimos: ¿por qué tornas  
a la morada vieja?

Ella abre la ventana, y todo el campo  
en luz y aroma entra.  
En el blanco sendero,  
los troncos de los árboles negrean;  
las hojas de sus copas  
son humo verde que a lo lejos sueña.  
Parece una laguna  
el ancho río entre la blanca niebla  
de la mañana. Por los montes cárdenos  
camina otra quimera.

### **XXXVII**

¡Oh, dime, noche amiga, amada vieja,  
que me traes el retablo de mis sueños  
siempre desierto y desolado, y sólo  
con mi fantasma dentro,  
mi pobre sombra triste  
sobre la estepa y bajo el sol de fuego,  
o soñando amarguras  
en las voces de todos los misterios,  
dime, si sabes, vieja amada, dime  
si son más las lágrimas que vierto!

Me respondió la noche:  
Jamás me revelaste tu secreto.

Yo nunca supe, amado,  
si eras tú ese fantasma de tu sueño,  
ni averigüé si era su voz la tuya,  
o era la voz de un histrión grotesco.

Dije a la noche: Amada mentirosa,  
tú sabes mi secreto;  
tú has visto la honda gruta  
donde fabrica su cristal mi sueño,  
y sabes que mis lágrimas son mías.  
y sabes mi dolor, mi dolor viejo.

¡Oh! Yo no sé, dijo la noche, amado,  
yo no sé tu secreto,  
aunque he visto vagar ese que dices  
desolado fantasma, por tu sueño.

Yo me asomo a las almas cuando lloran  
y escucho su hondo rezo,  
humilde y solitario,  
ese que llamas salmo verdadero;  
pero en las hondas bóvedas del alma  
no sé si el llanto es una voz o un eco.  
Para escuchar tu queja de tus labios  
yo te busqué en tu sueño,  
y allí te vi vagando en un borroso  
laberinto de espejos.

## CANCIONES

### XXXVIII

Abril florecía  
frente a mi ventana.  
Entre los jazmines  
y las rosas blancas  
de un balcón florido,  
vi las dos hermanas.  
La menor cosía,  
la mayor hilaba...  
Entre los jazmines  
y las rosas blancas,  
la más pequeñita,  
risueña y rosada  
—su aguja en el aire—,  
miró a mi ventana.

La mayor seguía,  
silenciosa y pálida,  
el huso en su rueca  
que el lino enroscaba.  
Abril florecía  
frente a mi ventana.

Una clara tarde  
la mayor lloraba,  
entre los jazmines  
y las rosas blancas,  
y ante el blanco lino  
que en su rueca hilaba.  
— ¿Qué tienes? —le dije—,  
silenciosa y pálida,  
señaló el vestido  
que empezó la hermana.  
En la negra túnica  
la aguja brillaba;  
sobre el blanco velo,  
el dedal de plata.  
Señaló a la tarde  
de abril que soñaba,  
mientras que se oía  
tañer de campanas.  
Y en la clara tarde  
me enseñó sus lágrimas...  
Abril florecía  
frente a mi ventana.

Fue otro abril alegre  
y otra tarde plácida.  
El balcón florido

solitario estaba ...  
Ni la pequeñita  
risueña y rosada,  
ni la hermana triste,  
silenciosa y pálida,  
ni la negra túnica,  
ni la toca blanca ...  
Tan sólo en el huso  
el lino giraba  
por mano invisible,  
y en la obscura sala  
la luna del limpio  
espejo brillaba ...  
Entre los jazmines  
y las rosas blancas  
del balcón florido,  
me miré en la clara  
luna del espejo  
que lejos soñaba...  
Abril florecía  
frente a mi ventana.

### **XXXIX**

#### **(COPLAS ELEGÍACAS)**

¡Ay del que llega sediento  
a ver el agua correr,  
y dice: la sed que siento  
no me la calma el beber!

¡Ay de quien bebe y, saciada  
la sed, desprecia la vida:  
moneda al tahúr prestada,  
que sea al azar rendida!

Del iluso que suspira  
bajo el orden soberano,  
y del que sueña la lira  
pitagórica en su mano.

¡Ay del noble peregrino  
que se para a meditar,  
después de largo camino  
en el horror de llegar!

¡Ay de la melancolía  
que llorando se consuela,  
y de la melomanía  
de un corazón de zarzuela!

¡Ay de nuestro ruiseñor,  
si en una noche serena  
se cura del mal de amor  
que llora y canta sin pena!



¡De los jardines secretos,  
de los pensiles soñados,  
y de los sueños poblados  
de propósitos discretos!

¡Ay del galán sin fortuna  
que ronda a la luna bella;  
de cuantos caen de la luna,  
de cuantos se marchan a ella!

¡De quien el fruto prendido  
en la rama no alcanzó,  
de quien el fruto ha mordido  
y el gusto amargo probó!

¡Y de nuestro amor primero  
y de su fe mal pagada,  
y, también, del verdadero  
amante de nuestra amada!

## **XL**

### **(INVENTARIO GALANTE)**

Tus ojos me recuerdan  
las noches de verano,  
negras noches sin luna,  
orilla al mar salado,  
y el chispear de estrellas  
del cielo negro y bajo.  
Tus ojos me recuerdan.  
las noches de verano.  
Y tu morena carne,  
los trigos requemados,  
y el suspirar de fuego  
de los maduros campos.

Tu hermana es clara y débil  
como los juncos lánguidos,  
como los sauces tristes,  
como los linos glaucos.  
Tu hermana es un lucero  
en el azul lejano...  
Y es alba y aura fría  
sobre los pobres álamos  
que en las orillas tiemblan  
del río humilde y manso.  
Tu hermana es un lucero  
en el azul lejano.

De tu morena gracia,  
de tu soñar gitano,  
de tu mirar de sombra  
quiero llenar mi vaso.  
Me embriagaré una noche

de cielo negro y bajo,  
para cantar contigo,  
orilla al mar salado,  
una canción que deje  
cenizas en los labios ...  
De tu mirar de sombra  
quiero llenar mi vaso.

Para tu linda hermana  
arrancaré los ramos  
de florecillas nuevas  
a los almendros blancos,  
en un tranquilo y triste  
alborear de marzo.  
Los regaré con agua  
de los arroyos claros,  
los ataré con verdes  
junquillos del remanso ...  
Para tu linda hermana  
yo haré un ramito blanco.

#### **XLI**

Me dijo una tarde  
de la primavera:  
Si buscas caminos  
en flor en la tierra,  
mata tus palabras  
y oye tu alma vieja.  
Que el mismo albo lino  
que te vista, sea  
tu traje de duelo,  
tu traje de fiesta.  
Ama tu alegría  
y ama tu tristeza,  
si buscas caminos  
en flor en la tierra.  
Respondí a la tarde  
de la primavera:  
Tú has dicho el secreto  
que en mi alma reza:  
Yo odio la alegría  
por odio a la pena.  
Mas antes que pise  
tu florida senda,  
quisiera traerte  
muerta mi alma vieja.

#### **XLII**

La vida hoy tiene ritmo  
de ondas que pasan,  
de olitas temblorosas

que fluyen y se alcanzan.

La vida hoy tiene el ritmo de los ríos,  
la risa de las aguas  
que entre los verdes junquerales corren,  
y entre las verdes cañas.

Sueño florido lleva el manso viento;  
bulle la savia joven en las nuevas ramas;  
tiemblan alas y frondas,  
y la mirada sagital del águila  
no encuentra presa... Treme el campo en sueños,  
vibra el sol como un arpa.

¡Fugitiva ilusión de ojos guerreros,  
que por las selvas pasas  
a la hora del cenit: tiemble en mi pecho  
el oro de tu aljaba!

En tus labios florece la alegría  
de los campos en flor; tu veste alada  
aroman las primeras velloritas,  
las violetas perfuman tus sandalias.

Yo he seguido tus pasos en el viejo bosque,  
arreatados tras la corza rápida,  
y los ágiles músculos rosados  
de tus piernas silvestres entre verdes ramas.

¡Pasajera ilusión de ojos guerreros,  
que por las selvas pasas  
cuando la tierra reverdece y ríen  
los ríos en las cañas!  
¡Tiemble en mi pecho el oro  
que llevas en tu aljaba!

#### **XLIII**

Era una mañana y abril sonreía.  
Frente al horizonte dorado moría  
la luna, muy blanca y opaca; tras ella,  
cual tenue ligera quimera, corría  
la nube que apenas enturbia una estrella.

.....

Como sonreía la rosa mañana  
al sol del Oriente abrí mi ventana;  
y en mi triste alcoba penetró el Oriente  
en canto de alondras, en risa de fuente  
y en suave perfume de flora temprana.

Fue una clara tarde de melancolía.  
Abril sonreía. Yo abrí las ventanas  
de mi casa al viento... El viento traía

perfume de rosas, dolor de campanas...

Doblar de campanas lejanas, llorosas,  
suave de rosas aromado aliento ...  
... ¿Dónde están los huertos floridos de rosas?  
¿Qué dicen las dulces campanas al viento?

Pregunté a la tarde de abril que moría:  
¿Al fin la alegría se acerca a mi casa?  
La tarde de abril sonrió: La alegría  
pasó por tu puerta —y luego, sombría:  
Pasó por tu puerta. Dos veces no pasa.

#### **XLIV**

El casco roído y verdoso  
del viejo falucho  
reposa en la arena...  
La vela tronchada parece  
que aun sueña en el sol y en el mar.

El mar hierve y canta ...  
El mar es un sueño sonoro  
bajo el sol de abril.

El mar hierve y ríe  
con olas azules y espumas de leche y de plata,  
el mar hierve y ríe  
bajo el cielo azul.  
El mar lactescente,  
el mar rutilante,  
que ríe en sus liras de plata sus risas azules...  
¡Hierve y ríe el mar!...

El aire parece que duerme encantado  
en la fúlgida niebla de sol blanquecino.  
La gaviota palpita en el aire dormido, y al lento  
volar soñoliento, se aleja y se pierde en la bruma del sol.

#### **XLV**

El sueño bajo el sol que aturde y ciega,  
tórrido sueño en la hora de arrebol;  
el río luminoso el aire surca;  
esplende la montaña;  
la tarde es polvo y sol.

El sibilante caracol del viento  
ronco dormita en el remoto alcor;  
emerge el sueño ingrave en la palmera,  
luego se enciende en el naranjo en flor.

La estúpida cigüeña

su garabato escribe en el sopor  
del molino parado; el toro abate  
sobre la hierba la testuz feroz.

La verde, quieta espuma del ramaje  
efunde sobre el blanco paredón,  
lejano, inerte, del jardín sombrío,  
dormido bajo el cielo fanfarrón.

Lejos, enfrente de la tarde roja,  
refulge el ventanal del torreón.

## HUMORISMOS, FANTASÍAS, APUNTES

### LOS GRANDES INVENTOS

#### XLVI

##### (LA NORIA)

La tarde caía  
triste y polvorienta.

El agua cantaba  
su copla plebeya  
en los cangilones  
de la noria lenta.

Soñaba la mula,  
¡pobre mula vieja!,  
al compás de sombra  
que en el agua suena.

La tarde caía  
triste y polvorienta.

Yo no sé qué noble,  
divino poeta,  
unió a la amargura  
de la eterna rueda

la dulce armonía  
del agua que sueña,  
y vendó tus ojos  
¡pobre mula vieja!...

Mas sé que fue un noble,  
divino poeta,  
corazón maduro  
de sombra y de ciencia.

#### XLVII

##### (EL CADALSO)

La aurora asomaba  
lejana y siniestra.

El lienzo de Oriente  
sangraba tragedias,  
pintarrajeadas

con nubes grotescas.

En la vieja plaza  
de una vieja aldea,  
erguía su horrible  
pavura esquelética  
el tosco patíbulo  
de fresca madera...

La aurora asomaba  
lejana y siniestra.

## **XLVIII**

### **(LAS MOSCAS)**

Vosotras, las familiares,  
inevitables golosas,  
vosotras, moscas vulgares,  
me evocáis todas las cosas.

¡Oh, viejas moscas voraces  
como abejas en abril,  
viejas moscas pertinaces  
sobre mi calva infantil!

¡Moscas del primer hastío  
en el salón familiar,  
las claras tardes de estío  
en que yo empecé a soñar!

Y en la aborrecida escuela,  
raudas moscas divertidas,  
perseguidas  
por amor de lo que vuela,

—que todo es volar— sonoras  
rebotando en los cristales  
en los días otoñales ...  
Moscas de todas las horas,

de infancia y adolescencia,  
de mi juventud dorada;  
de esta segunda inocencia,  
que da en no creer en nada,

de siempre... Moscas vulgares,  
que de puro familiares  
no tendréis digno cantor:  
yo sé que os habéis posado

sobre el juguete encantado,  
sobre el librote cerrado,  
sobre la carta de amor,  
sobre los párpados yertos

de los muertos.

Inevitables golosas,  
que ni labráis como abejas  
ni brilláis cual mariposas;  
pequeñitas, revoltosas;  
vosotras, amigas viejas,  
me evocáis todas las cosas.

## **XLIX**

### **(ELEGÍA DE UN MADRIGAL)**

Recuerdo que una tarde de soledad y hastío  
¡oh tarde como tantas!, el alma mía era,  
bajo el azul monótono, un ancho y terso río  
que ni tenía un pobre juncal en su ribera.

¡Oh mundo sin encanto, sentimental inopia  
que borra el misterioso azogue del cristal!  
¡Oh el alma sin amores que el Universo copia  
con un irremediable bostezo universal!

Quiso el poeta recordar a solas;  
las ondas bien amadas, la luz de los cabellos  
que él llamaba en sus rimas rubias olas.  
Leyó... La letra mata: no se acordaba de ellos...

Y un día —como tantos— al aspirar un día  
aromas de una rosa que en el rosal se abría,  
brotó como una llama la luz de los cabellos  
que él en sus madrigales llamaba rubias olas,  
brotó, porque un aroma igual tuvieron ellos...  
Y se alejó en silencio para llorar a solas.

## **L**

### **(ACASO...)**

Como atento no más a mi quimera  
no reparaba en torno mío, un día  
me sorprendió la fértil primavera  
que en todo el ancho campo sonreía.

Brotaban verdes hojas,  
de las hinchadas yemas del ramaje,  
y flores amarillas, blancas, rojas,  
alegraban la mancha del paisaje.

Y era una lluvia de saetas de oro,  
el sol sobre las frondas juveniles;  
del amplio río en el caudal sonoro  
se miraban los álamos gentiles.



Tras de tanto camino es la primera  
vez que miro brotar la primavera,  
dije, y después, declamatoriamente:

— ¡Cuan tarde ya para la dicha mía!-  
Y luego, al caminar, como quien siente  
alas de otra ilusión: —Y todavía  
¡yo alcanzaré mi juventud un día!

## LI

### (JARDÍN)

Lejos de tu jardín quema la tarde  
inciensos de oro en purpurinas llamas,  
tras el bosque de cobre y de ceniza.  
En tu jardín hay dalias.  
¡Malhaya tu jardín!... Hoy me parece  
la obra de un peluquero,  
con esa pobre palmerilla enana,  
y ese cuadro de mirtos recortados...  
y el naranjito en su tonel... El agua  
de la fuente de piedra  
no cesa de reír sobre la concha blanca.

## LII

### (FANTASÍA DE UNA NOCHE DE ABRIL)

¿Sevilla? ... ¿Granada? ... La noche de luna,  
blancas paredes y oscuras ventanas.  
Cerrados postigos, corridas persianas ...  
El cielo vestía su gasa de abril.

Un vino risueño me dijo el camino.  
Yo escucho los áureos consejos del vino,  
el vino es a veces escala de ensueño.  
Abril y la noche y el vino risueño  
ataron en coro su salmo de amor.

La calle copiaba, con sombra en el muro,  
el paso fantasma y el sueño maduro  
de apuesto embozado, galán caballero:  
espada tendida, calado sombrero...  
La luna vertía su blanco soñar.

Como un laberinto mi sueño torcía  
de calle en calleja. Mi sombra seguía  
de aquel laberinto la sierpe encantada,  
en pos de una oculta plazuela cerrada.  
La luna lloraba su dulce blancor.

La casa y la clara ventana florida,  
de blancos jazmines y nardos prendida,  
más blancos que el blanco soñar de la luna...  
-"Señora, la hora, tal vez importuna...  
¿Que espere? (La dueña se lleva el candil.)

Ya sé que sería quimera, señora,  
mi sombra galante buscando a la aurora  
en noches de estrellas y luna, si fuera  
mentira la blanca nocturna quimera  
que usurpa a la luna su trono de luz.

¡Oh dulce señora, más cándida y bella  
que la solitaria matutina estrella  
tan clara en el cielo! ¿Por qué silenciosa  
oís mi nocturna querella amorosa?  
¿Quién hizo, señora, cristal vuestra voz?...

La blanca quimera parece que sueña.  
Acecha en la obscura estancia la dueña.  
—Señora, si acaso otra sombra emboscada  
teméis, en la sombra, fiad en mi espada...  
Mi espada se ha visto a la luna brillar.

¿Acaso os parece mi gesto anacrónico?  
El vuestro es, señora, sobrado lacónico.  
¿Acaso os asombra mi sombra embozada,  
de espada tendida y toca plumada?...  
¿Seréis la cautiva del moro Gazul?

Dijéraislo, y pronto mi amor os diría  
el son de mi guzla y la algarabía  
más dulce que oyera ventana moruna  
Mi guzla os dijera la noche de luna,  
la noche de cándida luna de abril.

Dijera la clara cantiga de plata  
del patio moruno, y la serenata  
que lleva el aroma de floridas preces  
a los miradores y a los ajimeces,  
los salmos de un blanco fantasma lunar.

Dijera las danzas de trenzas lascivas,  
las muelles cadencias de ensueños, las vivas  
centellas de lánguidos rostros velados,  
los tibios perfumes, los huertos cerrados;  
dijera el aroma letal del harén.

Yo guardo, señora, en viejo salterio  
también una copla de blanco misterio,  
la copla más suave, más dulce y más sabia  
que evoca las claras estrellas de Arabia  
y aromas de un moro jardín andaluz.

Silencio... En la noche la paz de la luna  
alumbra la blanca ventana moruna.  
Silencio... Es el musgo que brota, y la hiedra

que lenta desgarrar la tapia de piedra...  
El llanto que vierte la luna de abril.

—Si sois una sombra de la primavera  
blanca entre jazmines, o antigua quimera  
soñada en las trovas de dulces cantores,  
yo soy una sombra de viejos cantares,  
y el signo de un álgebra vieja de amores.

Los gayos, lascivos decires mejores,  
los árabes albos nocturnos sueños,  
las coplas mundanas, los salmos talaes,  
poned en mis labios;  
yo soy una sombra también del amor.

Ya muerta la luna, mi sueño volvía  
por la retorcida, moruna calleja.  
El sol en Oriente reía  
su risa más vieja.

#### LIII

#### (A UN NARANJO Y A UN LIMONERO)

VISTOS EN UNA TIENDA DE PLANTAS Y FLORES

Naranjo en maceta, ¡qué triste es tu suerte!  
Medrosas tiritan tus hojas menguadas.  
Naranjo en la corte, ¡qué pena de verte  
con tus naranjitas secas y arrugadas!

Pobre limonero de fruto amarillo  
cual pomo pulido de pálida cera,  
¡qué pena mirarte, mísero arbolito  
criado en mezquino tonel de madera!

De los claros bosques de la Andalucía,  
¿quién os trajo a esta castellana tierra  
que barren los vientos de la adusta sierra,  
hijos de los campos de la tierra mía?

¡Gloria de los huertos, árbol limonero,  
que enciendes los frutos de pálido oro,  
y alumbras del negro cipresal austero  
las quietas plegarias erguidas en coro;

y fresco naranjo del patio querido,  
del campo risueño y el huerto soñado,  
siempre en mi recuerdo maduro o florido  
de frondas y aromas y frutos cargado!

## LIV

### (LOS SUEÑOS MALOS)

Está la plaza sombría;  
muere el día.  
Suenan lejos las campanas.

De balcones y ventanas  
se iluminan las vidrieras,  
con reflejos mortecinos,  
como huesos blanquecinos  
y borrosas calaveras.

En toda la tarde brilla  
una luz de pesadilla.  
Está el sol en el ocaso.  
Suenan el eco de mi paso.

—¿Eres tú? Ya te esperaba...  
—No eres tú a quien yo buscaba.

## LV

### (HASTIO)

Pasan las horas de hastío  
por la estancia familiar,  
el amplio cuarto sombrío  
donde yo empecé a soñar.

Del reloj arrinconado,  
que en la penumbra clarea,  
el tictac acompasado  
odiosamente golpea.

Dice la monotonía  
del agua clara al caer:  
un día es como otro día;  
hoy es lo mismo que ayer.

Cae la tarde. El viento agita  
el parque mustio y dorado...  
¡Qué largamente ha llorado  
toda la fronda marchita!

## LVI

Sonaba el reloj la una,  
dentro de mi cuarto. Era  
triste la noche. La luna,  
reluciente calavera,

ya del cenit declinado,  
iba del ciprés del huerto  
friamente iluminado  
el alto ramaje yerto.

Por la entreabierta ventana  
llegaban a mis oídos  
metálicos alaridos  
de una música lejana.

Una música tristona,  
una mazurca olvidada,  
entre inocente y burlona,  
mal tañida y mal soplada.

Y yo sentí el estupor  
del alma cuando bosteza  
el corazón, la cabeza,  
y... morirse es lo mejor.

## LVII

### (CONSEJOS)

I

Este amor que quiere ser  
acaso pronto será;  
pero ¿cuándo ha de volver  
lo que acaba de pasar?  
Hoy dista mucho de ayer.  
¡Ayer es Nunca jamás!

II

Moneda que está en la mano  
quizá se deba guardar;  
la monedita del alma  
se pierde si no se da.

## LVIII

### (GLOSA)

*Nuestros vidas son los ríos,  
que van a dar a la mar,  
que es el morir. ¡Gran cantar!*

Entre los poetas míos  
tiene Manrique un altar.

Dulce goce de vivir:  
mala ciencia del pasar,

ciego huir a la mar.

Tras el pavor del morir  
está el placer de llegar.

¡Gran placer!

Mas ¿y el horror de volver?  
¡Gran pesar!

## LIX

Anoche cuando dormía  
soñé, ¡bendita ilusión!  
que una fontana fluía  
dentro de mi corazón.

Di, ¿por qué acequia escondida,  
agua, vienes hasta mi,  
manantial de nueva vida  
de donde nunca bebí?

Anoche cuando dormía  
soñé, ¡bendita ilusión!  
que una colmena tenía  
dentro de mi corazón;  
y las doradas abejas  
iban fabricando en él,  
con las amarguras viejas,  
blanca cera y dulce miel.

Anoche cuando dormía  
soñé, ¡bendita ilusión!  
que un ardiente sol lucía  
dentro de mi corazón.

Era ardiente porque daba  
calores de rojo hogar,  
y era sol porque alumbraba  
y porque hacía llorar.

Anoche cuando dormía  
soñé, ¡bendita ilusión!  
que era Dios lo que tenía  
dentro de mi corazón.

## LX

¿Mi corazón se ha dormido?  
Colmenares de mis sueños  
¿ya no labráis? ¿Está seca  
la noria del pensamiento,  
los cangilones vacíos,

girando, de sombra llenos?

No, mi corazón no duerme.  
Está despierto, despierto.  
Ni duerme ni sueña, mira,  
los claros ojos abiertos,  
señas lejanas y escucha  
a orillas del gran silencio.

### LXI

#### (INTRODUCCIÓN)

Leyendo un claro día  
mis bien amados versos,  
he visto en el profundo  
espejo de mis sueños

que una verdad divina  
temblando está de miedo,  
y es una flor que quiere  
echar su aroma al viento.

El alma del poeta  
se orienta hacia el misterio.  
Sólo el poeta puede  
mirar lo que está lejos  
dentro del alma, en turbio  
y mago sol envuelto.

En esas galerías,  
sin fondo, del recuerdo,  
donde las pobres gentes  
colgaron cual trofeo

el traje de una fiesta  
apolillado y viejo,  
allí el poeta sabe  
el laborar eterno  
mirar de las doradas  
abejas de los sueños.

Poetas, con el alma  
atenta al hondo cielo,  
en la cruel batalla  
o en el tranquilo huerto,

la nueva miel labramos  
con los dolores viejos,  
la veste blanca y pura  
pacientemente hacemos,  
y bajo el sol bruñimos  
el fuerte arnés de hierro.

El alma que no sueña,  
el enemigo espejo,  
proyecta nuestra imagen  
con un perfil grotesco.

Sentimos una ola



de sangre, en nuestro pecho,  
que pasa... y sonreímos,  
y a laborar volvemos.

## LXII

Desgarrada la nube; el arco iris  
brillando ya en el cielo,  
y en un fanal de lluvia  
y sol en el campo envuelto.

Desperté. ¿Quién enturbia  
los mágicos cristales de mi sueño?  
Mi corazón latía  
atónito y disperso.

...¡El limonar florido,  
el cipresal del huerto,  
el prado verde, el sol, el agua, el iris...,  
el agua en tus cabellos!...

Y todo en la memoria se perdía  
como una pompa de jabón al viento.

## LXIII

Y era el demonio de mi sueño, el ángel  
más hermoso. Brillaban  
como aceros los ojos victoriosos,  
y las sangrientas llamas  
de su antorcha alumbraron  
la honda cripta del alma.

— ¿Vendrás conmigo? —No, jamás; las tumbas  
y los muertos me espantan.  
Pero la férrea mano  
mi diestra atenazaba.

—Vendrás conmigo... Y avancé en mi sueño  
cegado por la roja luminaria.  
Y en la cripta sentí sonar cadenas,  
y rebullir de fieras enjauladas.

## LXIV

Desde el umbral de un sueño me llamaron...  
Era la buena voz, la voz querida.

—Dime: ¿vendrás conmigo a ver el alma?...  
Llegó a mi corazón una caricia.

—Contigo siempre... Y avancé en mi sueño  
por una larga, escueta galería,  
sintiendo el roce de la veste pura  
y el palpar suave de la mano amiga.

## **LXV**

### **(SUEÑO INFANTIL)**

Una clara noche  
de fiesta y de luna,  
noche de mis sueños,  
noche de alegría

—era luz de mi alma,  
que hoy es bruma toda,  
no eran mis cabellos  
negros todavía—,

el hada más joven  
me llevó en sus brazos  
a la alegre fiesta  
que en la plaza ardía.

So el chisporroteo  
de las luminarias,  
amor sus madejas  
de danzas tejía.

Y en aquella noche  
de fiesta y de luna,  
noche de mis sueños,  
noche de alegría,

el hada más joven  
besaba mi frente...,  
con su linda mano  
su adiós me decía...

Todos los rosales  
daban sus aromas,  
todos los amores  
amor entreabría.

## **LXVI**

¡Y esos niños en hilera,  
llevando el sol de la tarde  
en sus velitas de cera!...

¡De amarilla calabaza,  
en el azul, cómo sube  
la luna, sobre la plaza!

Duro ceño.  
Pirata, rubio africano,  
barbitaheño.

Lleva un alfanje en la mano.  
Estas figuras del sueño...

Donde las niñas cantan en corro,  
en los jardines del limonar,  
sobre la fuente, negro abejorro  
pasa volando, zumba al volar.

Se oyó un bronco gruñir de abuelo  
entre las claras voces sonar,  
superflua nota de violoncelo  
en los jardines del limonar.

Entre las cuatro blancas paredes,  
cuando una mano cerró el balcón,  
por los salones de sal-si-puedes  
suena el rebato de su bordón.

Muda en el techo, quieta, ¿dormida?  
la negra nota de angustia está,  
y en la pradera verdiflorada  
de un sueño niño volando va...

## LXVII

Si yo fuera un poeta  
galante cantaría  
a vuestros ojos un cantar tan puro  
como en el mármol blanco el agua limpia.

Y en una estrofa de agua  
todo el cantar sería:

"Ya sé que no responden a mis ojos,  
que ven y no preguntan cuando miran,  
los vuestros claros, vuestros ojos tienen  
la buena luz tranquila,  
la buena luz del mundo en flor, que he visto  
desde los brazos de mi madre un día."

## LXVIII

Llamó a mi corazón, un claro día,  
con un perfume de jazmín, el viento

—A cambio de este aroma,  
todo el aroma de tus rosas quiero.

—No tengo rosas; flores

en mi jardín no hay ya; todas han muerto.

Me llevaré los llantos de las fuentes,  
las hojas amarillas y los mustios pétalos.  
Y el viento huyó... Mi corazón sangraba  
Alma, ¿qué has hecho de tu pobre huerto?

### **LXIX**

Hoy buscarás en vano  
a tu dolor consuelo.  
Lleváronse tus hadas  
el lino de tus sueños.  
Está la fuente muda,  
y está marchito el huerto.  
Hoy sólo quedan lágrimas  
para llorar. No hay que llorar, ¡silencio!

### **LXX**

Y nada importa ya que el vino de oro  
rebose de tu copa cristalina,  
o el agrio zumo enturbie el puro vaso...

Tú sabes, las secretas galerías  
del alma, los caminos de los sueños,  
y la tarde tranquila  
donde van a morir... Allí te aguardan

las hadas silenciosas de la vida,  
y hacia un jardín de eterna primavera  
te llevarán un día.

### **LXXI**

Tocados de otros días,  
mustios encajes y marchitas sedas;  
salterios arrumbados,  
rincones de las salas polvorientas;

daguerrotipos turbios,  
cartas que amarillean;  
libracos no leídos  
que guardan grises florecitas secas;

romanticismos muertos,  
cursilerías viejas,  
cosas de ayer que sois el alma, y cantos  
y cuentos de la abuela!...

## **LXXII**

La casa tan querida  
donde habitaba ella,  
sobre un montón de escombros arruinada  
o derruida, enseña  
el negro y carcomido  
mal trabado esqueleto de madera.

La luna está vertiendo  
su clara luz en sueños que platea  
en las ventanas. Mal vestido y triste,  
voy caminando por la calle vieja.

## **LXXIII**

Ante el pálido lienzo de la tarde,  
la iglesia, con sus torres afiladas  
y el ancho campanario, en cuyos huecos  
voltean suavemente las campanas,  
alta y sombría, surge.

La estrella es una lágrima  
en el azul celeste.  
Bajo la estrella clara,  
flota, vellón disperso,  
una nube quimérica de plata.

## **LXXIV**

Tarde tranquila, casi  
con placidez de alma,  
para ser joven, para haberlo sido  
cuando Dios quiso, para  
tener algunas alegrías... lejos,  
y poder dulcemente recordarlas.

## **LXXV**

Yo, como Anacreonte,  
quiero cantar, reír y echar al viento  
las sabias amarguras  
y los graves consejos.

y quiero, sobre todo, emborracharme,  
ya lo sabéis... ¡Grotesco!  
Pura fe en el morir, pobre alegría  
y macabro danzar antes de tiempo.

## LXXVI

¡Oh tarde luminosa!  
El aire está encantado.  
La blanca cigüeña  
dormita volando,

y las golondrinas se cruzan, tendidas  
las alas agudas al viento dorado,  
y en la tarde risueña se alejan  
volando, soñando...

Y hay una que torna como la saeta,  
las alas agudas tendidas al aire sombrío,  
buscando su negro rincón del tejado.

La blanca cigüeña,  
como un garabato,  
tranquila y disforme, ¡tan disparatada!  
sobre el campanario.

## LXXVII

Es una tarde cenicienta y mustia,  
destartalada, como el alma mía;  
y es esta vieja angustia  
que habita mi usual hipocondría.

La causa de esta angustia no consigo  
ni vagamente comprender siquiera;  
pero recuerdo y, recordando, digo:  
—Sí, yo era niño, y tú, mi compañera.

\*

Y no es verdad, dolor, yo te conozco,  
tú eres nostalgia de la vida buena  
y soledad de corazón sombrío,  
de barco sin naufragio y sin estrella.

Como perro olvidado que no tiene  
huella ni olfato y yerra  
por los caminos, sin camino, como  
el niño que en la noche de una fiesta

se pierde entre el gentío  
y el aire polvoriento y las candelas  
chispeantes, atónito, y asombra  
su corazón de música y de pena,

así voy yo, borracho melancólico,  
guitarrista lunático, poeta,  
y pobre hombre en sueños,  
siempre buscando a Dios entre la niebla.

## **LXXVII**

¿Y ha de morir contigo el mundo  
donde guarda el recuerdo  
los hálitos más puros de la vida,  
la blanca sombra del amor primero,

la voz que fue a tu corazón, la mano  
que tú querías retener en sueños,  
y todos los amores  
que llegaron al alma, al hondo cielo?

¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo,  
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?  
¿Los yunques y crisoles de tu alma  
trabajan para el polvo y para el viento?

## **LXXIC**

Desnuda está la tierra,  
y el alma aúlla al horizonte pálido  
como loba famélica. ¿Qué buscas,  
poeta, en el ocaso?

Amargo caminar, porque el camino  
pesa en el corazón. ¡El viento helado,  
y la noche que llega, y la amargura  
de la distancia!... En el camino blanco

algunos yertos árboles negrean;  
en los montes lejanos  
hay oro y sangre ... El sol murió... ¿Qué buscas  
poeta, en el ocaso?.

## **LXXX**

### **(CAMPO)**

La tarde está muriendo  
como un hogar humilde que se apaga.

Allá, sobre los montes,  
quedan algunas brasas.

Y ese árbol roto en el camino blanco  
hace llorar de lástima.

¡Dos ramas en el tronco herido, y una  
hoja marchita y negra en cada rama!

¿Lloras?... Entre los álamos de oro,  
lejos, la sombra del amor te aguarda.

## **LXXXI**

### **(A UN VIEJO Y DISTINGUIDO SEÑOR)**

Te he visto, por el parque ceniciento  
que los poetas aman  
para llorar, cómo una noble sombra  
vagar, envuelto en tu levita larga.

El talante cortés, ha tantos años  
compuesto de una fiesta en la antesala,  
¡qué bien tus pobres huesos  
ceremoniosos guardan!

Yo te he visto, aspirando distraído,  
con el aliento que la tierra exhala  
—hoy tibia tarde en que las mustias hojas  
húmedo viento arranca—,

del eucalipto verde  
el frescor de las hojas perfumadas.  
Y te he visto llevar la seca mano  
a la perla que brilla en tu corbata.

## **LXXXII**

### **(LOS SUEÑOS)**

El hada más hermosa ha sonreído  
al ver la lumbre de una estrella pálida,  
que en hilo suave, blanco y silencioso  
se enrosca al huso de su rubia hermana.

Y vuelve a sonreír, porque en su rueda  
el hilo de los campos se enmaraña.  
Tras la tenue cortina de la alcoba  
está el jardín envuelto en luz dorada.

La cuna, casi en sombra. El niño duerme.  
Dos hadas laboriosas lo acompañan,  
hilando de los sueños los sutiles  
copos en ruelas de marfil y plata.

## **LXXXIII**

Guitarra del mesón que hoy sueñas jota,  
mañana petenera,  
según quien llega y tañe  
las empolvadas cuerdas,

guitarra del mesón de los caminos,  
no fuiste nunca, ni serás, poeta.



Tú eres alma que dice su armonía  
solitaria a las almas pasajeras...

Y siempre que te escucha el caminante  
sueña escuchar un aire de su tierra.

#### **LXXXIV**

El rojo sol de un sueño en el Oriente asoma.  
Luz en sueños. ¿No tiemblas, andante peregrino?  
Pasado el llano verde, en la florida loma,  
acaso está el cercano final de tu camino.

Tú no verás del trigo la espiga sazónada  
y de macizas pomos cargado el manzanar,  
ni de la vid rugosa la uva aurirroada  
ha de exprimir su alegre licor en tu lagar.

Cuando el primer aroma exhalen los jazmines  
y cuando más palpiten las rosas del amor,  
una mañana de oro que alumbre los jardines,  
¿no huirá, como una nube dispersa, el sueño en flor?

Campo recién florido y verde, ¡quién pudiera  
soñar aún largo tiempo en estas pequeñas  
corolas azuladas que manchan la pradera,  
y en esas diminutas primeras margaritas!

#### **LXXXV**

La primavera besaba  
suavemente la arboleda,  
y el verde nuevo brotaba  
como una verde humareda.

Las nubes iban pasando  
sobre el campo juvenil...  
Yo vi en las hojas temblando  
las frescas lluvias de abril.

Bajo ese almendro florido,  
todo cargado de flor  
—recordé—, yo he maldecido  
mi juventud sin amor.

Hoy, en mitad de la vida,  
me he parado a meditar...  
¡Juventud nunca vivida  
quién te volviera a soñar!

## **LXXXVI**

Eran ayer mis dolores  
como gusanos de seda  
que iban labrando capullos;  
hoy son mariposas negras.

¡De cuántas flores amargas  
ha sacado blanca cera!  
¡Oh tiempo en que mis pesares  
trabajaban como abejas!

Hoy son como avenas locas,  
o cizaña en sementera,  
como tizón en espiga,  
como carcoma en madera.

¡Oh tiempo en que mis dolores  
tenían lágrimas buenas,  
y eran como agua de noria  
que va regando una huerta!  
Hoy son agua de torrente  
que arranca el limo a la tierra.

Dolores que ayer hicieron  
de mi corazón colmena,  
hoy tratan mi corazón  
como a una muralla vieja:  
quieren derribarlo, y pronto,  
al golpe de la piqueta.

## **LXXXVII**

### **(RENACIMIENTO)**

Galería del alma... ¡El alma niña!  
Su clara luz risueña;  
y la pequeña historia,  
y la alegría de la vida nueva ...

¡Ah, volver a nacer, y andar camino,  
ya recobrada la perdida senda!

Y volver a sentir en nuestra mano  
aquel latido de la mano buena  
de nuestra madre... Y caminar en sueños  
por amor de la mano que nos lleva.

\*

En nuestras almas todo  
por misteriosa mano se gobierna.  
Incomprensibles, mudas,  
nada sabemos de las almas nuestras.

Las más hondas palabras  
del sabio nos enseñan,  
lo que el silbar del viento cuando sopla,  
o el sonar de las aguas cuando ruedan.

#### **LXXXVIII**

Tal vez la mano, en sueños,  
del sembrador de estrellas,  
hizo sonar la música olvidada

como una nota de la lira inmensa,  
y la ola humilde a nuestros labios vino  
de unas pocas palabras verdaderas.

#### **LXXXIX**

Y podrás conocerte, recordando  
del pasado soñar los turbios lienzos,  
en este día triste en que caminas  
con los ojos abiertos.

De toda la memoria, sólo vale  
el don preclaro de evocar los sueños.

#### **XC**

Los árboles conservan  
verdes aun las copas,  
pero del verde mustio  
de las marchitas frondas.

El agua de la fuente,  
sobre la piedra tosca  
y de verdín cubierta,  
resbala silenciosa.

Arrastra el viento algunas  
amarillentas hojas.  
¡El viento de la tarde  
sobre la tierra en sombra!

#### **XCI**

Húmedo está, bajo el laurel, el banco  
de verdinosa piedra;  
lavó la lluvia, sobre el muro blanco,  
las empolvadas hojas de la hiedra.

Del viento del otoño el tibio aliento  
los céspedes undula, y la alameda  
conversa con el viento...  
¡el viento de la tarde en la arboleda!

Mientras el sol en el ocaso esplende  
que los racimos de la vid oreá,  
y el buen burgués, en su balcón, enciende  
la estoica pipa en que el tabaco humea,

voy recordando versos juveniles...  
¿Qué fue de aquel mi corazón sonoro?  
¿Será cierto que os vais, sombras gentiles,  
huyendo entre los árboles de oro?

## VARIA

### XCII

"Tournez, tournez, chevaux de bois."  
VERLAINE.

Pegasos, lindos pegasos,  
caballitos de madera.

.....

Yo conocí, siendo niño,  
la alegría de dar vueltas  
sobre un corcel colorado,  
en una noche de fiesta.

En el aire polvoriento  
chispeaban las candelas,  
y la noche azul ardía  
toda sembrada de estrellas.

¡Alegrías infantiles  
que cuestan una moneda  
de cobre, lindos pegasos,  
caballitos de madera!

### XCIII

Deletreros de armonía  
que ensaya inexperta mano.

Hastío. Cacofonía  
del sempiterno piano  
que yo de niño escuchaba  
soñando... no sé con qué.

Con algo que no llegaba,  
todo lo que ya se fue.

### XCIV

En medio de la plaza y sobre tosca piedra,  
el agua brota y brota. En el cercano huerto  
eleva, tras el muro ceñido por la hiedra,  
alto ciprés la mancha de su ramaje yerto.

La tarde está cayendo frente a los caserones  
de la ancha plaza, en sueños. Relucen las vidrieras

con ecos mortecinos de sol. En los balcones  
hay formas que parecen confusas calaveras.

La calma es infinita en la desierta plaza,  
donde pasea el alma su traza de alma en pena.  
El agua brota y brota en la marmórea taza.  
En todo el aire en sombra no más que el agua suena.

## **XCV**

### **(COPLAS MUNDANAS)**

Poeta ayer, hoy triste y pobre  
filósofo trasnochado,  
tengo en monedas de cobre  
el oro de ayer cambiada.

Sin placer y sin fortuna,  
pasó como una quimera  
mi juventud, la primera ...  
la sola, no hay más que una:  
la de dentro es la de fuera.

Pasó como un torbellino,  
bohemia y aborrascada,  
harta de coplas y vino,  
mi juventud bien amada.

Y hoy miro a las galerías  
del recuerdo, para hacer  
aleluyas de elegías  
desconsoladas de ayer.

¡Adiós, lágrimas cantoras,  
lágrimas que alegremente  
brotabais, como en la fuente  
las limpias aguas sonoras!

¡Buenas lágrimas vertidas  
por un amor juvenil,  
cual frescas lluvias caídas  
sobre los campos de abril!

No canta ya el ruiseñor  
de cierta noche serena;  
sanamos del mal de amor  
que sabe llorar sin pena.

Poeta ayer, hoy triste y pobre  
filósofo trasnochado,  
tengo en monedas de cobre  
el oro de ayer cambiado.

## **XCVI**

### **(SOL DE INVIERNO)**

Es mediodía. Un parque.  
Invierno. Blancas sendas;  
simétricos montículos  
y ramas esqueléticas.

Bajo el invernadero,  
naranjos en maceta,  
y en su tonel, pintado  
de verde, la palmera.

Un viejecillo dice,  
para su capa vieja:  
"¡El sol, esta hermosura  
de sol!..." Los niños juegan.

El agua de la fuente  
resbala, corre y sueña  
lamiendo, casi muda,  
la verdinosa piedra.

## CAMPOS DE CASTILLA (1907-1917)

### XCVII

#### (RETRATO)

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,  
y un huerto claro donde madura el limonero;  
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;  
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido  
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—,  
mas recibí la flecha que me asignó Cupido,  
y amé cuanto ellas puedan tener de hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,  
pero mi verso brota de manantial sereno;  
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,  
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética  
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;  
mas no amo los afeites de la actual cosmética,  
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Desdeño las romanzas de los tenores huecos  
y el coro de los grillos que cantan a la luna.  
A distinguir me paro las voces de los ecos,  
y escucho solamente, entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera  
mi verso, como deja el capitán su espada:  
famosa por la mano viril que la blandiera,  
no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo  
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;  
mi soliloquio es plática con este buen amigo  
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.  
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago  
el traje que me cubre y la mansión que habito,  
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje,  
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,  
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,  
casi desnudo, como los hijos de la mar.



## XCVIII

### (A ORILLAS DEL DUERO)

Mediaba el mes de julio. Era un hermoso día.  
Yo, solo, por las quiebras del pedregal subía,  
buscando los recodos de sombra, lentamente.  
A trechos me paraba para enjugar mi frente  
y dar algún respiro al pecho jadeante;  
o bien, ahincando el paso, el cuerpo hacia adelante  
y hacia la mano diestra vencido y apoyado  
en un bastón, a guisa de pastoril cayado,  
trepaba por los cerros que habitan las rapaces  
aves de altura, hollando las hierbas montaraces  
de fuerte olor —romero, tomillo, salvia, espliego—.  
Sobre los agrios campos caía un sol de fuego.

Un buitre de anchas alas con majestuoso vuelo  
cruzaba solitario el puro azul del cielo.  
Yo divisaba, lejos, un monte alto y agudo,  
y una redonda loma cual recamado escudo,  
y cárdenos alcores sobre la parda tierra  
—harapos esparcidos de un viejo arnés de guerra—,  
las serrezuelas calvas por donde tuerce el Duero  
para formar la corva ballesta de un arquero  
en torno a Soria. —Soria es una barbacana,  
hacia Aragón, que tiene la torre castellana—.  
Veía el horizonte cerrado por colinas  
obscuras, coronadas de robles y de encinas;  
desnudos peñascales, algún humilde prado  
donde el merino pace y el toro, arrodillado  
sobre la hierba, rumia; las márgenes del río  
lucir sus verdes álamos al claro sol de estío,  
y, silenciosamente, lejanos pasajeros,  
¡tan diminutos! —carros, jinetes y arrieros,  
cruzar el largo puente, y bajo las arcadas  
de piedra ensombrecerse las aguas plateadas  
del Duero.

El Duero cruza el corazón de roble  
de Iberia y de Castilla.

¡Oh tierra triste y noble,  
la de los altos llanos y yermos y roquedas,  
de campos sin arados, regatos ni arboledas;  
decrépitass ciudades, caminos sin mesones,  
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones  
que aun van, abandonando el mortecino hogar,  
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!

Castilla miserable, ayer dominadora,  
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.  
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada  
recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?  
Todo se mueve, fluye, discurre, corre o gira;  
cambian la mar y el monte y el ojo que los mira.  
¿Pasó? Sobre sus campos aun el fantasma yerra  
de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra.

La madre en otro tiempo fecunda en capitanes,  
madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.  
Castilla no es aquella tan generosa un día,  
cuando Mio Cid Rodrigo el de Vivar volvía,  
ufano de su nueva fortuna, y su opulencia,  
a regalar a Alfonso los huertos de Valencia;  
o que, tras la aventura que acreditó sus bríos,  
pedía la conquista de los inmensos ríos  
indianos a la corte, la madre de soldados,  
guerreros y adalides que han de tornar, cargados  
de plata y oro, a España, en regios galeones,  
para la presa cuervos, para la lid leones.  
Filósofos nutridos de sopa de convento  
contemplan impasibles el amplio firmamento;  
y se les llega en sueños, como un rumor distante,  
clamor de mercaderes de muelles de Levante,  
no acudirán siquiera a preguntar: ¿qué pasa?  
Y ya la guerra ha abierto las puertas de su casa.

Castilla miserable, ayer dominadora,  
envuelta en sus harapos desprecia cuanto ignora.

El sol va declinando. De la ciudad lejana  
me llega un armonioso tañido de campana  
—ya irán a su rosario las enlutadas viejas—.  
De entre las peñas salen dos lindas comadreja;  
me miran y se alejan, huyendo, y aparecen  
de nuevo, ¡tan curiosas!... Los campos se obscurecen.  
Hacia el camino blanco está el mesón abierto  
al campo ensombrecido y al pedregal desierto.

## **XCIX**

### **(POR TIERRAS DE ESPAÑA)**

El hombre de estos campos que incendia los pinares  
y su despojo aguarda como botín de guerra,  
antaño hubo raído los negros encinares,  
talado los robustos robledos de la sierra.

Hoy ve a sus pobres hijos huyendo de sus lares;  
la tempestad llevarse los limos de la tierra  
por los sagrados ríos hacia los anchos mares;  
y en páramos malditos trabaja, sufre y yerra.

Es hijo de una estirpe de rudos caminantes,  
pastores que conducen sus hordas de merinos  
a Extremadura fértil, rebaños trashumantes  
que mancha el polvo y dora el sol de los caminos.

Pequeño, ágil, sufrido, los ojos de hombre astuto,  
hundidos, recelosos, movibles; y trazadas  
cual arco de ballesta, en el semblante enjuto  
de pómulos salientes, las cejas muy pobladas.

Abunda el hombre malo del campo y de la aldea,  
capaz de insanos vicios y crímenes bestiales,  
que bajo el pardo sayo esconde un alma fea,  
esclava de los siete pecados capitales.

Los ojos siempre turbios de envidia o de tristeza,  
guarda su presa y libra la que el vecino alcanza;  
ni para su infortunio ni goza su riqueza;  
le hieren y acongojan fortuna y malandanza.

El numen de estos campos es sanguinario y fiero;  
al declinar la tarde, sobre el remoto alcor,  
veréis agigantarse la forma de un arquero,  
la forma de un inmenso centauro flechador.

Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta  
—no fue por estos campos el bíblico jardín—;  
son tierras para el águila, un trozo de planeta  
por donde cruza errante la sombra de Caín.

## C

### (EL HOSPICIO)

Es el hospicio, el viejo hospicio provinciano,  
el caserón ruinoso de ennegrecidas tejas  
en donde los vencejos anidan en verano  
y graznan en las noches de invierno las cornejas.

Con su frontón al Norte, entre los dos torreones  
de antigua fortaleza, el sórdido edificio  
de grietados muros y sucios paredones,  
es un rincón de sombra eterna. ¡El viejo hospicio!

Mientras el sol de enero su débil luz envía,  
su triste luz velada sobre los campos yermos,  
a un ventanuco asoman, al declinar el día,  
algunos rostros pálidos, atónitos y enfermos,  
a contemplar los montes azules de la sierra;  
o, de los cielos blancos, como sobre una fosa,  
caer la blanca nieve sobre la fría tierra,  
sobre la tierra fría la nieve silenciosa!...

## CI

### (EL DIOS IBERO)

Igual que el balletero  
tahúr de la cantiga,  
tuviera una saeta el hombre ibero  
para el Señor que apedreó la espiga  
y malogró los frutos otoñales,  
y un "gloria a ti" para el Señor que grana

centenos y trigales  
que el pan bendito le darán mañana.

"Señor de la ruina,  
adoro porque aguardo y porque temo:  
con mi oración se inclina  
hacia la tierra un corazón blasfemo.

¡Señor, por quien arranco el pan con pena,  
sé tu poder, conozco mi cadena!  
¡Oh dueño de la nube del estío  
que la campiña arrasa,  
del seco otoño, del helar tardío,  
y del bochorno que la mies abrasa!

¡Señor del iris, sobre el campo verde  
donde la oveja pace,  
Señor del fruto que el gusano muerde  
y de la choza que el turbión deshace,

tu soplo el fuego del hogar aviva,  
tu lumbré da sazón al rubio grano,  
y cuaja el hueso de la verde oliva,  
la noche de San Juan, tu santa mano!

¡Oh dueño de fortuna y de pobreza,  
ventura y malandanza,  
que al rico das favores y pereza  
y al pobre su fatiga y su esperanza!

¡Señor, Señor: en la voltaria rueda  
del año he visto mi simiente echada,  
corriendo igual albur que la moneda  
del jugador en el azar sembrada!

¡Señor, hoy paternal, ayer cruento,  
con doble faz de amor y de venganza,  
a ti, en un dado de tahúr al viento  
va mi oración, blasfemia y alabanza!"

Este que insulta a Dios en los altares,  
no más atento al ceño del destino,  
también soñó caminos en los mares  
y dijo: es Dios sobre la mar camino.

¿No es él quien puso a Dios sobre la guerra,  
más allá de la suerte,  
más allá de la tierra,  
más allá de la mar y de la muerte?

¿No dio la encina ibera  
para el fuego de Dios la buena rama,  
que fue en la santa hoguera  
de amor una con Dios en pura llama?

Mas hoy... ¡Qué importa un día!  
Para los nuevos lares

estepas hay en la floresta umbría,  
leña verde en los viejos encinares.

Aun larga patria espera  
abrir el corvo arado sus besanas;  
para el grano de Dios hay sementera  
bajo cardos y abrojos y bardanas.

¡Qué importa un día! Está el ayer alerta  
al mañana, mañana al infinito,  
hombre de España, ni el pasado ha muerto,  
ni está el mañana —ni el ayer— escrito.

¿Quién ha visto la faz al Dios hispano?  
Mi corazón aguarda  
al hombre ibero de la recia mano,  
que tallará en el roble castellano  
el Dios adusto de la tierra parda.

## CII

### (ORILLAS DEL DUERO)

¡Primavera soriana, primavera  
humilde, como el sueño de un bendito,  
de un pobre caminante que durmiera  
de cansancio en un páramo infinito!

¡Campillo amarillento,  
como tosco sayal de campesina,  
pradera de velludo polvoriento  
donde pace la escuálida merina!

¡Aquellos diminutos peguajales  
de tierra dura y fría,  
donde apuntan centenos y trigales  
que el pan moreno nos darán un día!

Y otra vez roca y roca, pedregales  
desnudos y pelados serrijones,  
la tierra de las águilas caudales,  
malezas y jarales,  
hierbas monteses, zarzas y cambrones.

¡Oh tierra ingrata y fuerte, tierra mía!  
¡Castilla, tus decrepitas ciudades!  
¡La agria melancolía  
que puebla tus sombrías soledades!

¡Castilla varonil, adusta tierra.  
Castilla del desdén contra la suerte,  
Castilla del dolor y de la guerra,  
tierra inmortal, Castilla de la muerte!

Era una tarde, cuando el campo huía

del sol, y en el asombro del planeta,  
como un globo morado aparecía  
la hermosa luna, amada del poeta.

En el cárdeno cielo violeta  
alguna clara estrella fulguraba.  
El aire ensombrecido  
oreaba mis sienes, y acercaba  
el murmullo del agua hasta mi oído.

Entre cerros de plomo y de ceniza  
manchados de roídos encinares  
y entre calvas roquedas de caliza,  
iba a embestir los ocho tajamares  
del puente el padre río,  
que surca de Castilla el yermo frío.

¡Oh Duero, tu agua corre  
y correrá mientras las nieves blancas  
de enero el sol de mayo  
haga fluir por hoces y barrancas,  
mientras tengan las sierras su turbante  
de nieve y de tormenta,  
y brille el olifante  
del sol, tras de la nube cenicienta!...

¿Y el viejo romancero  
fue el sueño de un juglar junto a tu orilla?  
¿Acaso como tú y por siempre, Duero,  
irá corriendo hacia la mar Castilla?

### CIII

#### (LAS ENCINAS)

A los Sres. de Masriera

¡Encinares castellanos  
en laderas y altozanos,  
serrijones y colinas  
llenos de obscura maleza  
encinas, pardas encinas;  
humildad y fortaleza!

Mientras que llenándoos va  
el hacha de calvijares,  
¿nadie cantaros sabrá,  
encinares?

El roble es la guerra, el roble  
dice el valor y el coraje,  
rabia inmoble  
en su torcido ramaje;  
y es más rudo  
que la encina, más nervudo,

más altivo y más señor.

El alto roble parece  
que recalca y enmudece  
su robustez como atleta  
que, erguido, afinca en el suelo.

El pino es el mar y el cielo  
y la montaña: el planeta.  
La palmera es el desierto,  
el sol y la lejanía:  
la sed; una fuente fría  
soñada en el campo yerto.

Las hayas son la leyenda.  
Alguien, en las viejas hayas,  
leía una historia horrenda  
de crímenes y batallas.

¿Quién ha visto sin temblar  
un hayedo en un pinar?  
Los chopos son la ribera,  
liras de la primavera,  
Cerca del agua que fluye,  
pasa y huye,  
viva o lenta,  
que se emboca turbulenta  
o en remanso se dilata.  
En su eterno escalofrío  
copian del agua del río  
las vivas ondas de plata.

De los parques las olmedas  
son las buenas arboledas  
que nos han visto jugar,  
cuando eran nuestros cabellos  
rubios y, con nieve en ellos,  
nos han de ver meditar.

Tiene el manzano el olor  
de su poma,  
el eucalipto el aroma  
de sus hojas, de su flor  
el naranjo la fragancia;  
y es del huerto  
la elegancia  
el ciprés oscuro y yerto.

¿Qué tienes tú, negra encina  
campesina,  
con tus ramas sin color  
en el campo sin verdor;  
con tu tronco ceniciento  
sin esbeltez ni altiveza,  
con tu vigor sin tormento,  
y tu humildad que es firmeza?

En tu copa ancha y redonda  
nada brilla,  
ni tu verdiobscura fronda  
ni tu flor verdiamarilla.

Nada es lindo ni arrogante  
en tu porte, ni guerrero,  
nada fiero  
que aderece su talante.  
Brotas derecha o torcida  
con esa humildad que cede  
sólo a la ley de la vida,  
que es vivir como se puede.

El campo mismo se hizo  
árbol en ti, parda encina.  
Ya bajo el sol que calcina,  
ya contra el hielo invernizo,  
el bochorno y la borrasca,  
el agosto y el enero,  
los copos de la nevasca,  
los hilos del aguacero,  
siempre firme, siempre igual,  
impasible, casta y buena,  
¡oh tú, robusta y serena,  
eterna encina rural  
de los negros encinares  
de la raya aragonesa  
y las crestas militares  
de la tierra pamplonesa;  
encinas de Extremadura,  
de Castilla, que hizo a España,  
encinas de la llanura,  
del cerro y de la montaña;  
encinas del alto llano  
que el joven Duero rodea,  
y del Tajo que serpea  
por el suelo toledano;  
encinas de junto al mar  
—en Santander—, encinar  
que pones tu nota arisca,  
como un castellano ceño,  
en Córdoba la morisca,  
y tú, encinar madrileño,  
bajo Guadarrama frío,  
tan hermoso, tan sombrío,  
con tu adustez castellana  
Corrigiendo,  
la vanidad y el atuendo  
y la hetiquez cortesana!...  
Ya sé, encinas  
campesinas  
que os pintaron, con lebreles  
elegantes y corceles,  
los más egregios pinceles,  
y os cantaron los poetas  
augustales,



que os asordan escopetas  
de cazadores reales;  
mas sois el campo y el lar  
y la sombra tutelar  
de los buenos aldeanos  
que visten parda estameña,  
y que cortan vuestra leña  
con sus manos.

#### **CIV**

¿Eres tú, Guadarrama, viejo amigo,  
la sierra gris y blanca,  
la sierra de mis tardes madrileñas  
que yo veía en el azul pintada?

Por tus barrancos hondos  
y por tus cumbres agrias,  
mil Guadarramas y mil soles vienen,  
cabalgando conmigo, a tus entrañas.

Camino de Balsaín, 1911

#### **CV**

##### **(EN ABRIL, LAS AGUAS MIL)**

Son de abril las aguas mil.  
Sopla el viento achubascado,  
y entre nublado y nublado  
hay trozos de cielo añil.

Agua y sol. El iris brilla.  
En una nube lejana,  
zigzaguea  
una centella amarilla.

La lluvia da en la ventana  
y el cristal repiquetea.

A través de la neblina  
que forma la lluvia fina,  
se divisa un prado verde,  
y un encinar se esfumina,  
y una sierra gris se pierde.

Los hilos del aguacero  
sesgan las nacientes frondas,  
y agitan las turbias ondas  
en el remanso del Duero.

Lloviendo está en los habares  
y en las pardas sementeras;

hay sol en los encinares,  
charcos por las carreteras.

Lluvia y sol. Ya se obscurece  
el campo, ya se ilumina;  
allí un cerro desaparece,  
allá surge una colina.

Ya son claros, ya sombríos  
los dispersos caseríos,  
los lejanos torreones.

Hacia la sierra plumiza  
van rodando en pelotones  
nubes de guata y ceniza.

## **CVI**

### **(UN LOCO)**

Es una tarde mustia y desabrida  
de un otoño sin frutos, en la tierra  
estéril y raída  
donde la sombra de un centauro yerra.

Por un camino en la árida llanura,  
entre álamos marchitos,  
a solas con su sombra y su locura  
va el loco, hablando a gritos.

Lejos se ven sombríos estepares,  
colinas con malezas y cambrones,  
y ruinas de viejos encinares,  
coronando los agrios serrijones.

El loco vocifera  
a solas con su sombra y su quimera.  
Es horrible y grotesca su figura:  
flaco, sucio, maltrecho y mal rapado,  
ojos de calentura  
iluminan su rostro demacrado.

Huye de la ciudad... Pobres maldades,  
misérrimas virtudes y quehaceres  
de chulos aburridos, y ruindades  
de ociosos mercaderes.

Por los campos de Dios el loco avanza  
tras la tierra esquelética y sequiza  
—rojo de herrumbre y pardo de ceniza—  
hay un sueño de lirio en lontananza.

Huye de la ciudad. ¡El tedio urbano!  
— ¡carne triste y espíritu villano!—.

No fue por una trágica amargura  
esta alma errante desgajada y rota;  
purga un pecado ajeno: la cordura,  
la terrible cordura del idiota.

## **CVII**

### **(FANTASÍA ICONOGRÁFICA)**

La calva prematura  
brilla sobre la frente amplia y severa;  
bajo la piel de pálida tersura  
se trasluce la fina calavera.

Mentón agudo y pómulos marcados  
por trazos de un punzón adamantino;  
y de insólita púrpura manchados  
los labios que soñara un florentino.

Mientras la boca sonreír parece,  
los ojos perspicaces,  
que un ceño pensativo empequeñece,  
miran y ven, profundos y tenaces.

Tiene sobre la mesa un libro viejo  
donde posa la mano distraída.  
Al fondo de la cuadra, en el espejo,  
una tarde dorada está dormida.

Montañas de violeta  
y grisientos breñales,  
la tierra que ama el santo y el poeta,  
los buitres y las águilas caudales.

Del abierto balcón al blanco muro  
va una franja de sol anaranjada  
que inflama el aire, en el ambiente oscuro  
que envuelve la armadura arrinconada.

## **CVIII**

### **(UN CRIMINAL)**

El acusado es pálido y lampiño.  
Arde en sus ojos una fosca lumbre,  
que repugna a su máscara de niño  
y ademán de piadosa mansedumbre.

Conserva del oscuro seminario  
el talante modesto y la costumbre  
de mirar a la tierra o al breviario.

Devoto de María,  
madre de pecadores,  
por Burgos bachiller en teología,

presto a tomar las órdenes menores.

Fue su crimen atroz. Hartóse un día  
de los textos profanos y divinos,  
sintió pesar del tiempo que perdía  
enderezando hipérbatos latinos.

Enamoróse de una hermosa niña,  
subiósele el amor a la cabeza  
como el zumo dorado de la viña,  
y despertó su natural fiereza.

En sueños vio a sus padres —labradores  
de mediano caudal— iluminados  
del hogar por los rojos resplandores,  
los campesinos rostros atezados.

Quiso heredar. ¡Oh guindos y nogales  
del huerto familiar, verde y sombrío,  
y doradas espigas candeales,  
que colmarán las trojes del estío!

Y se acordó del hacha que pendía  
en el muro luciente y afilada,  
el hacha fuerte que la leña hacía  
de la rama de roble cercenada.

.....

Frente al reo, los jueces con sus viejos  
ropones enlutados;  
y, una hilera de oscuros entrecejos  
y de plebeyos rostros: los jurados.

El abogado defensor perora,  
golpeando el pupitre con la mano;  
emborróna papel un escribano,  
mientras oye el fiscal, indiferente,  
el alegato enfático y sonoro,  
y repasa los autos judiciales  
o, entre sus dedos, de las gafas de oro  
acaricia los límpidos cristales.

Dice un ujier: "Va sin remedio al palo."  
El joven cuervo la clemencia espera.  
Un pueblo, carne de horca, la severa  
justicia aguarda que castiga al malo.

## CIX

### (AMANECER DE OTOÑO)

A Julio Romero de Torres

Una larga carretera  
entre grises peñascales,  
y alguna humilde pradera  
donde pacen negros toros. Zarzas, malezas, jarales.

Está la tierra mojada  
por las gotas del rocío,  
y la alameda dorada,  
hacia la curva del río.

Tras los montes de violeta  
quebrado el primer albor;  
a la espalda la escopeta,  
entre sus galgos agudos, caminando un cazador.

## CX

### (EN TREN)

Yo, para todo viaje  
—siempre sobre la madera  
de mi vagón de tercera—,  
voy ligero de equipaje.  
Si es de noche, porque no  
acostumbro a dormir yo,  
y de día, por mirar  
los arbolitos pasar,  
yo nunca duermo en el tren,  
y, sin embargo, voy bien.  
¡Este placer de alejarse!  
Londres, Madrid, Ponferrada,  
tan lindos... para marcharse.  
Lo molesto es la llegada.  
Luego, el tren, al caminar,  
siempre nos hace soñar;  
y casi, lo olvidamos  
el jamelgo que montamos.  
¡Oh el pollino  
que sabe bien el camino!  
¿Dónde estamos?  
¿Dónde todos nos bajamos?  
¡Frente a mí va una monjita  
tan bonita!  
Tiene esa expresión serena  
que a la pena  
da una esperanza infinita.  
Y yo pienso: Tú eres buena;  
porque diste tus amores  
a Jesús; porque no quieres

ser madre de pecadores.  
Mas tú eres  
maternal,  
bendita entre las mujeres,  
madrecita virginal.  
Algo en tu rostro es divino  
bajo tus cofias de lino.  
Tus mejillas  
—esas rosas amarillas—  
fueron rosadas, y, luego,  
ardió en tus entrañas fuego;  
y hoy, esposa de la Cruz,  
ya eres luz, y sólo luz...  
¡Todas las mujeres bellas  
fueran, como tú, doncellas  
en un convento a encerrarse!...  
Y la niña que yo quiero,  
¡ay!, preferirá casarse  
con un mocito barbero.  
El tren camina y camina,  
y la máquina resuella,  
y tose con tos ferina.  
¡Vamos en una centella!

## **CXI**

### **(NOCHE DE VERANO)**

Es una hermosa noche de verano.  
Tienen las altas casas  
abiertos los balcones  
del viejo pueblo a la anchurosa plaza.  
En el amplio rectángulo desierto,  
bancos de piedra, evónimos y acacias  
simétricos dibujan  
sus negras sombras en la arena blanca.  
En el cenit, la luna, y en la torre,  
la esfera del reloj iluminada.  
Yo en este viejo pueblo paseando  
solo, como un fantasma.

## **CXII**

### **(PASCUA DE RESURRECCIÓN)**

Mirad: el arco de la vida traza  
el iris sobre el campo que verdea.  
Buscad vuestros amores, doncellitas,  
donde brota la fuente de la piedra.  
En donde el agua ríe y sueña y pasa,  
allí el romance del amor se cuenta.  
¿No han de mirar un día, en vuestros brazos,  
atónitos, el sol de primavera,

ojos que vienen a la luz cerrados,  
y que al partirse de la vida ciegan?  
¿No beberán un día en vuestros senos  
los que mañana labrarán la tierra?  
¡Oh, celebrad este domingo claro,  
madrecitas en flor, vuestras entrañas nuevas!  
Gozad esta sonrisa de vuestra ruda madre.  
Ya sus hermosos nidos habitan las cigüeñas,  
y escriben en las torres sus blancos garabatos.  
Como esmeraldas lucen los muscos de las peñas.  
Entre los robles muerden  
los negros toros la menuda hierba,  
y el pastor que apacienta los merinos  
su pardo sayo en la montaña deja.

### **CXIII**

#### **(CAMPOS DE SORIA)**

I

Es la tierra de Soria árida y fría.  
Por las colinas y las sierras calvas,  
verdes pradillos, cerros cenicientos,  
la primavera pasa  
dejando entre las hierbas olorosas  
sus diminutas margaritas blancas.

La tierra no revive, el campo sueña.  
Al empezar abril está nevada  
la espalda del Moncayo;  
el caminante lleva en su bufanda .  
envueltos cuello y boca, y los pastores  
pasan cubiertos con sus luengas capas.

II

Las tierras labrantías,  
como retazos de estameñas pardas,  
el huertecillo, el abejar, los trozos  
de verde oscuro en que el merino pasta,  
entre plumizos peñascales, siembran  
el sueño alegre de infantil Arcadia.  
En los chopos lejanos del camino,  
parecen humear las yertas ramas  
como un glauco vapor —las nuevas hojas—  
y en las quiebras de valles y barrancas  
blanquean los zarzales florecidos,  
y brotan las violetas perfumadas.

III

Es el campo ondulado, y los caminos  
ya ocultan los viajeros que cabalgan  
en pardos borriquillos  
ya al fondo de la tarde arrebolada

elevan las plebeyas figurillas,  
que el lienzo de oro del ocaso manchan.  
Mas si trepáis a un cerro y veis el campo  
desde los picos donde habita el águila,  
son tornasoles de carmín y acero,  
llanos plumizos, lomas plateadas,  
circuidos por montes de violeta,  
con las cumbres de nieve sonrosada.

IV

¡Las figuras del campo sobre el cielo!  
Dos lentos bueyes aran  
en un alcor, cuando el otoño empieza,  
y entre las negras testas doblegadas  
bajo el pesado yugo,  
pende un cesto de juncos y retama,  
que es la cuna de un niño;  
y tras la yunta marcha  
un hombre que se inclina hacia la tierra,  
y una mujer que en las abiertas zanjás  
arroja la semilla.  
Bajo una nube de carmín y llama,  
en el oro fluido y verdinoso  
del poniente, las sombras se agigantan.

V

La nieve. En el mesón al campo abierto  
se ve el hogar donde la leña humea  
y la olla al hervir borbollonea.  
El cierzo corre por el campo yerto,  
alborotando en blancos torbellinos  
la nieve silenciosa.

La nieve sobre el campo y los caminos,  
cayendo está como sobre una fosa.  
Un viejo acurrucado tiembla y tose  
cerca del fuego; su mechón de lana  
la vieja hila, y una niña cose  
verde ribete a su estameña grana.  
Padres los viejos son de un arriero  
que caminó sobre la blanca tierra,  
y una noche perdió ruta y sendero,  
y se enterró en las nieves de la sierra.  
En torno al fuego hay un lugar vacío  
y en la frente del viejo, de hosco ceño,  
como un tachón sombrío  
—tal el golpe de un hacha sobre un leño—.  
La vieja mira al campo, cual si oyera  
pasos sobre la nieve. Nadie pasa.  
Desierta la vecina carretera,  
desierto el campo en torno de la casa.  
La niña piensa que en los verdes prados  
ha de correr con otras doncellitas  
en los días azules y dorados,  
cuando crecen las blancas margaritas.



VI

¡Soria fría, Soria pura,  
cabeza de Extremadura,  
con su castillo guerrero  
arruinado, sobre el Duero;  
con sus murallas roídas  
y sus casas denegridas!

¡Muerta ciudad de señores  
soldados o cazadores;  
de portales con escudos  
de cien linajes hidalgos,  
y de famélicos galgos,  
de galgos flacos y agudos,  
que pululan  
por las sórdidas callejas,  
y a la medianoche ululan,  
cuando graznan las cornejas!

¡Soria fría! La campana  
de la Audiencia da la una.  
Soria, ciudad castellana  
¡tan bella! bajo la luna.

VII

¡Colinas plateadas,  
grises alcores, cárdenas roquedas  
por donde traza el Duero  
su curva de ballesta  
en torno a Soria, oscuros encinares,  
ariscos pedregales, calvas sierras,  
caminos blancos y álamos del río,  
tardes de Soria, mística y guerrera,  
hoy siento por vosotros, en el fondo  
del corazón, tristeza,  
tristeza que es amor! ¡Campos de Soria  
donde parece que las rocas sueñan,  
conmigo vais! ¡Colinas plateadas,  
grises alcores, cárdenas roquedas!..

VIII

He vuelto a ver los álamos dorados,  
álamos del camino en la ribera  
del Duero, entre San Polo y San Saturio,  
tras las murallas viejas  
de Soria —barbacana  
hacia Aragón, en castellana tierra—.

Estos chopos del río, que acompañan  
con el sonido de sus hojas secas  
el son del agua, cuando el viento sopla,  
tienen en sus cortezas  
grabadas iniciales que son nombres  
de enamorados, cifras que son fechas.  
¡Álamos del amor que ayer tuvisteis

de ruiseñores vuestras ramas llenas;  
álamos que seréis mañana liras  
del viento perfumado en primavera;  
álamos del amor cerca del agua  
que corre y pasa y sueña,  
álamos de las márgenes del Duero,  
conmigo vais, mi corazón os lleva!

IX

¡Oh!, sí, conmigo vais, campos de Soria,  
tardes tranquilas, montes de violeta,  
alamedas del río, verde sueño  
del suelo gris y de la parda tierra,  
agria melancolía  
de la ciudad decrepita,  
me habéis llegado al alma,  
¿o acaso estabais en el fondo de ella?  
¡Gentes del alto llano numantino  
que a Dios guardáis como cristianas viejas,  
que el sol de España os llene  
de alegría, del luz y de riqueza!

## CXIV

### (LA TIERRA DE ALVARGONZÁLEZ)

Al poeta Juan Ramón Jiménez

I

Siendo mozo Alvargonzález,  
dueño de mediana hacienda,  
que en otras tierras se dice  
bienestar y aquí, opulencia,  
en la feria de Berlanga  
prendóse de una doncella,  
y la tomó por mujer  
al año de conocerla.  
Muy ricas las bodas fueron,  
y quien las vio las recuerda;  
sonadas las tornabodas  
que hizo Alvar en su aldea;  
hubo gaitas, tamboriles,  
flauta, bandurria y vihuela,  
fuegos a la valenciana  
y danza a la aragonesa.

II

Feliz vivió Alvargonzález  
en el amor de su tierra.  
Nacióronle tres varones,  
que en el campo son riqueza,  
y, ya crecidos, los puso,  
uno a cultivar la huerta,

otro a cuidar los merinos,  
y dio el menor a la Iglesia.

### III

Mucha sangre de Caín  
tiene la gente labriega,  
y en el hogar campesino  
armó la envidia pelea.

Casáronse los mayores;  
tuvo Alvargonzález nueras,  
que le trajeron cizaña,  
antes que nietos le dieran.

La codicia de los campos  
ve tras la muerte la herencia;  
no goza de lo que tiene  
por ansia de lo que espera.

El menor, que a los latines  
prefería las doncellas  
hermosas y no gustaba  
de vestir por la cabeza,  
colgó la sotana un día  
y partió a lejanas tierras.  
La madre lloró; y el padre  
dióle bendición y herencia.

### IV

Alvargonzález ya tiene  
la adusta frente arrugada,  
por la barba le platea  
la sombra azul de la cara.

Una mañana de otoño  
salió solo de su casa;  
no llevaba sus lebreles,  
agudos canes de caza;

iba triste y pensativo  
por la alameda dorada;  
anduvo largo camino  
y llegó a una fuente clara.

Echóse en la tierra; puso  
sobre una piedra la manta,  
y a la vera de la fuente  
durmió al arrullo del agua.

## EL SUEÑO

### I

Y Alvargonzález veía,

como Jacob, una escala  
que iba de la tierra al cielo,  
y oyó una voz que le hablaba.  
Mas las hadas hilanderas,  
entre las vedijas blancas  
y vellones de oro, han puesto  
un mechón de negra lana..

## II

Tres niños están jugando  
a la puerta de su casa;  
entre los mayores brinca  
un cuervo de negras alas.  
La mujer vigila, cose  
y, a ratos, sonríe y canta.  
—Hijos, ¿qué hacéis? —les pregunta.  
Ellos se miran y callan.

—Subid al monte, hijos míos,  
y antes que la noche caiga,  
con un brazado de estepas  
hacedme una buena llama.

## III

Sobre el lar de Alvargonzález  
está la leña apilada;  
el mayor quiere encenderla,  
pero no brota la llama.  
— Padre, la hoguera no prende,  
está la estepa mojada.

Su hermano viene a ayudarle  
y arroja astillas y ramas  
sobre los troncos de roble;  
pero el rescoldo se apaga.  
Acude el menor, y enciende,  
bajo la negra campana  
de la cocina, una hoguera  
que alumbra toda la casa.

## IV

Alvargonzález levanta  
en brazos al más pequeño  
y en sus rodillas lo sienta:  
—Tus manos hacen el fuego;  
aunque el último naciste  
tú eres en mi amor primero.

Los dos mayores se alejan  
por los rincones del sueño.  
Entre los dos fugitivos  
reluce un hacha de hierro.

## AQUELLA TARDE..

### I

Sobre los campos desnudos,  
la luna llena manchada  
de un arrebol purpurino,  
enorme globo asomaba.

Los hijos de Alvargonzález  
silenciosos caminaban,  
y han visto al padre dormido  
junto de la fuente clara.

### II

Tiene el padre entre las cejas  
un ceño que le aborrasca  
el rostro, un tachón sombrío  
como la huella de un hacha.  
Soñando está con sus hijos,  
que sus hijos lo apuñalan;  
y cuando despierta mira  
que es cierto lo que soñaba.

### III

A la vera de la fuente  
quedó Alvargonzález muerto.  
Tiene cuatro puñaladas  
entre el costado y el pecho,  
por donde la sangre brota,  
más un hachazo en el cuello.  
Cuenta la hazaña del campo  
el agua clara corriendo,  
mientras los dos asesinos  
huyen hacia los hayedos.  
Hasta la Laguna Negra,  
bajo las fuentes del Duero,  
llevan el muerto, dejando  
detrás un rastro sangriento;  
y en la laguna sin fondo,  
que guarda bien los secretos,  
con una piedra amarrada,  
a los pies, tumba le dieron.

### IV

Se encontró junto a la fuente  
la manta de Alvargonzález,  
y, camino del hayedo,  
se vio un reguero de sangre.  
Nadie de la aldea ha osado  
a la laguna acercarse,  
y el sonarla inútil fuera,  
que es la laguna insondable.  
Un buhonero, que cruzaba  
aquellas tierras errante,

fue en Dauria acusado, preso  
y muerto en garrote infame.

v

Pasados algunos meses,  
la madre murió de pena.  
Los que muerta la encontraron  
dicen que las manos yertas  
sobre su rostro tenía,  
oculto el rostro con ellas.

vi

Los hijos de Alvargonzález  
ya tienen majada y huerta,  
campos de trigo y centeno  
y prados de fina hierba;  
en el olmo viejo, hendido  
por el rayo, la colmena,  
dos yuntas para el arado,  
un mastín y mil ovejas.

## OTROS DÍAS

I

Ya están las zarzas floridas  
y los ciruelos blanquean;  
ya las abejas doradas  
liban para sus colmenas,  
y en los nidos, que coronan  
las torres de las iglesias,  
asoman los garabatos  
ganchudos de las cigüeñas.  
Ya los olmos del camino  
y chopos de las riberas  
de los arroyos, que buscan  
al padre Duero, verdean.  
El cielo está azul, los montes  
sin nieve son de violeta.  
La tierra de Alvargonzález  
se colmará de riqueza;  
muerto está quien la ha labrado,  
mas no le cubre la tierra.

II

La hermosa tierra de España  
adusta, fina y guerrera  
Castilla, de largos ríos,  
tiene un puñado de sierras  
entre Soria y Burgos como  
reductos de fortaleza,  
como yelmos crestoados,  
y Urbión es una cimera.

### III

Los hijos de Alvargonzález,  
 por una empinada senda,  
 para tomar el camino  
 de Salduero a Corvaleda,  
 cabalgan en pardas mulas,  
 bajo el pinar de Vinuesa.  
 Van en busca de ganado  
 con que volver a su aldea,  
 y por tierra de pinares  
 larga jornada comienzan.  
 Van Duero arriba, dejando  
 atrás los arcos de piedra  
 del puente y el caserío  
 de la ociosa y opulenta  
 villa de indianos. El río,  
 al fondo del valle, suena,  
 y de las cabalgaduras  
 los cascos baten las piedras.  
 A la otra orilla del Duero  
 canta una voz lastimera:  
 "La tierra de Alvargonzález  
 se colmará de riqueza,  
 y el que la tierra ha labrado  
 no duerme bajo la tierra."

### IV

Llegados son a un paraje  
 en donde el pinar se espesa,  
 y el mayor, que abre la marcha,  
 su parda mula espolea,  
 diciendo: —Démonos prisa;  
 porque son más de dos leguas  
 de pinar y hay que apurarlas  
 antes que la noche venga.

Dos hijos del campo, hechos  
 a quebradas y asperezas,  
 porque recuerdan un día  
 la tarde en el monte tiemblan.  
 Allá en lo espeso del bosque  
 otra vez la copla suena:  
 "La tierra de Alvargonzález  
 se colmará de riqueza,  
 y el que la tierra ha labrado  
 no duerme bajo la tierra."

### V

Desde Salduero el camino  
 va al hilo de la ribera;  
 a ambas márgenes del río  
 el pinar crece y se eleva,  
 y las rocas se aborrascan,  
 al par que el valle se estrecha.  
 Los fuertes pinos del bosque

con sus copas gigantescas,  
y sus desnudas raíces  
amarradas a las piedras;  
los de troncos plateados  
cuyas frondas azulean,  
pinos jóvenes; los viejos,  
cubiertos de blanca lepra,  
musgos y líquenes canos  
que el grueso tronco rodean,  
colman el valle y se pierden  
rebasando ambas laderas.  
Juan, el mayor, dice: —Hermano,  
si Blas Antonio apacienta  
cerca de Urbión su vacada,  
largo camino nos queda.  
—Cuando hacia Urbión alarguemos  
se puede acortar de vuelta,  
tomando por el atajo,  
hacia la Laguna Negra  
y bajando por el puerto  
de Santa Inés a Vinuesa.  
— Mala tierra y peor camino.  
Te juro que no quisiera  
verlos otra vez. Cerremos  
los tratos en Covalada;  
hagamos noche y, al alba,  
volvámonos a la aldea  
por este valle, que, a veces,  
quien piensa atajar rodea.  
Cerca del río cabalgan  
los hermanos, y contemplan  
cómo el bosque centenario,  
al par que avanzan, aumenta,  
y la roqueda del monte  
el horizonte les cierra.  
El agua, que va saltando,  
parece que canta o cuenta:  
"La tierra de Alvargonzález  
se colmará de riqueza,  
y el que la tierra ha labrado  
no duerme bajo la tierra."

## CASTIGO

I

Aunque la codicia tiene  
redil que encierre la oveja,  
trojes que guarden el trigo,  
bolsas para la moneda,  
y garras, no tiene manos  
que sepan labrar la tierra.  
Así, a un año de abundancia  
siguió un año de pobreza.

II



En los sembrados crecieron  
las amapolas sangrientas;  
pudrió el tizón las espigas  
de triguales y de avenas;  
hielos tardíos mataron  
en flor la fruta en la huerta,  
y una mala hechicería  
hizo enfermar las ovejas.  
A los dos Alvargonzález  
maldijo Dios en sus tierras,  
y al año pobre siguieron  
largos años de miseria.

### III

Es una noche de invierno.  
Cae la nieve en remolinos.  
Los Alvargonzález velan  
un fuego casi extinguido.  
El pensamiento amarrado  
tienen a un recuerdo mismo,  
y en las ascuas mortecinas  
del hogar los ojos fijos.  
No tienen leña ni sueño.  
Larga es la noche y el frío  
arrecia. Un candil humea  
en el muro ennegrecido.  
El aire agita la llama,  
que pone un fulgor rojizo  
sobre las dos pensativas  
testas de los asesinos.  
El mayor de Alvargonzález,  
lanzando un ronco suspiro,  
rompe el silencio, exclamando:  
— Hermano, ¡qué mal hicimos!  
El viento la puerta bate,  
hace temblar el postigo,  
y suena en la chimenea  
con hueco y largo bramido.  
Después, el silencio vuelve,  
y a intervalos el pabito  
del candil chisporrotea  
en el aire atarecido.  
El segundón dijo: —¡Hermano,  
demos lo viejo al olvido!

### EL VIAJERO

#### I

Es una noche de invierno.  
Azota el viento las ramas  
de los álamos. La nieve  
ha puesto la tierra blanca.  
Bajo la nevada, un hombre  
por el camino cabalga;  
va cubierto hasta los ojos,

embozado en negra capa.  
Entrado en la aldea, busca  
de Alvargonzález la casa,  
y ante su puerta llegado,  
sin echar pie a tierra, llama.

Los dos hermanos oyeron  
una aldabada a la puerta,  
y de una cabalgadura  
los cascos sobre las piedras.  
Ambos los ojos alzaron  
llenos de espanto y sorpresa.  
— ¿Quién es? Responda —gritaron.  
—Miguel —respondieron fuera.  
Era la voz del viajero  
que partió a lejanas tierras.

### III

Abierto el portón, entróse  
a caballo el caballero  
y echó pie a tierra. Venía  
todo de nieve cubierto.  
En brazos de sus hermanos  
lloró algún rato en silencio.  
Después dio el caballo al uno,  
al otro, capa y sombrero,  
y en la estancia campesina  
buscó el arrimo del fuego.

### IV

El menor de los hermanos,  
que niño y aventurero  
fue más allá de los mares  
y hoy torna indiano opulento,  
vestía con negro traje  
de peludo terciopelo,  
ajustado a la cintura  
por ancho cinto de cuero.  
Gruesa cadena formaba  
un bucle de oro en su pecho.  
Era un hombre alto y robusto,  
con ojos grandes y negros  
llenos de melancolía;  
la tez de color moreno,  
y sobre la frente comba  
enmarañados cabellos;  
el hijo que saca porte  
señor de padre labriego,  
a quien fortuna le debe  
amor, poder y dinero.  
De los tres Alvargonzález  
era Miguel el más bello;  
porque al mayor afeaba  
el muy poblado entrecejo  
bajo la frente mezquina,  
y al segundo, los inquietos

ojos que mirar no saben  
de frente, torvos y fieros.

v

Los tres hermanos contemplan  
el triste hogar en silencio;  
y con la noche cerrada  
arrecia el frío y el viento.  
—Hermanos, ¿no tenéis leña?  
—dice Miguel.

—No tenemos  
—responde el mayor.

Un hombre,  
milagrosamente, ha abierto  
la gruesa puerta cerrada  
con doble barra de hierro.  
El hombre que ha entrado tiene  
el rostro del padre muerto.  
Un halo de luz dorada  
orla sus blancos cabellos.  
Lleva un haz de leña al hombro  
y empuña un hacha de hierro.

## EL INDIANO

I

De aquellos campos malditos,  
Miguel a sus dos hermanos  
compró una parte, que mucho  
caudal de América trajo,  
y aun en tierra mala, el oro  
lucir mejor que enterrado,  
y más en mano de pobres  
que oculto en orza de barro.

Dióse a trabajar la tierra  
con fe y tesón el indiano,  
y a laborar los mayores  
sus peguajales tornaron.

Ya con macizas espigas,  
preñadas de rubios granos,  
a los campos de Miguel  
tornó el fecundo verano;  
y ya de aldea en aldea  
se cuenta como un milagro,  
que los asesinos tienen  
la maldición en sus campos.

Ya el pueblo canta una copla  
que narra el crimen pasado:  
"A la orilla de la fuente  
lo asesinaron.  
¡Qué mala muerte le dieron

los hijos malos!  
En la laguna sin fondo  
al padre muerto arrojaron.  
No duerme bajo la tierra  
el que la tierra ha labrado."

## II

Miguel, con sus dos lebreles  
y armado de su escopeta,  
hacia el azul de los montes,  
en una tarde serena,  
caminaba entre los verdes  
chopos de la carretera,  
y oyó una voz que cantaba:  
"No tiene tumba en la tierra.  
Entre los pinos del valle  
del Revinuesa,  
al padre muerto llevaron  
hasta la Laguna Negra."

## LA CASA

### I

La casa de Alvargonzález  
era una casona vieja,  
con cuatro estrechas ventanas,  
separada de la aldea  
cien pasos y entre dos olmos  
que, gigantes centinelas,  
sombra le dan en verano,  
y en el otoño secas.

En casa de labradores,  
gente aunque rica plebeya,  
donde el hogar humeante  
con sus escaños de piedra  
se ve sin entrar, si tiene  
abierta al campo la puerta.

Al arrimo del rescoldo  
del hogar borbollonean  
dos pucherillos de barro,  
que a dos familias sustentan.

A diestra mano, la cuadra  
y el corral; a la siniestra,  
huerto y abejar, y, al fondo,  
una gastada escalera,  
que va a las habitaciones  
partidas en dos viviendas.

Los Alvargonzález moran  
con sus mujeres en ellas.

A ambas parejas que hubieron,  
sin que lograrse pudieran,  
dos hijos, sobrado espacio  
les da la casa paterna.

En una estancia que tiene  
luz al huerto, hay una mesa  
con gruesa tabla de roble,  
dos sillones de vaqueta;  
colgado en el muro, un negro  
ábaco de enormes cuentas,  
y unas espuelas mohosas  
sobre un arcón de madera.

Era una estancia olvidada  
donde hoy Miguel se aposenta.  
Y era allí donde los padres  
veían en primavera  
el huerto en flor, y en el cielo  
de mayo, azul, la cigüeña  
—cuando las rosas se abren  
y los zarzales blanquean —  
que enseñaba a sus hijuelos  
a usar en las alas lentas.

Y en las noches del verano,  
cuando la calor desvela,  
desde la ventana al dulce  
ruiseñor cantar oyeran.

Fue allí donde Alvargonzález,  
del orgullo de su huerta  
y del amor a los suyos,  
sacó sueños de grandeza.

Cuando en brazos de la madre  
vio la figura risueña  
del primer hijo, bruñida  
de rubio sol la cabeza,  
del niño que levantaba  
las codiciosas, pequeñas  
manos a las rojas guindas  
y a las moradas ciruelas,  
o aquella tarde de otoño,  
dorada, plácida y buena,  
él pensó que ser podría  
feliz el hombre en la tierra.

Hoy canta el pueblo una copla  
que va de aldea en aldea:  
"¡Oh casa de Alvargonzález,  
qué malos días te esperan;  
casa de los asesinos,  
que nadie llame a tu puerta!"

Es una tarde de otoño.  
En la alameda dorada  
no quedan ya ruiseñores;  
enmudeció la cigarra.

Las últimas golondrinas,  
que no emprendieron la marcha,  
morirán, y las cigüeñas  
de sus nidos de retamas,  
en torres y campanarios,  
huyeron.

Sobre la casa  
de Alvargonzález, los olmos  
sus hojas que el viento arranca  
van dejando. Todavía  
las tres redondas acacias,  
en el atrio de la iglesia,  
conservan verdes sus ramas,  
y las castañas de Indias  
a intervalos se desgajan  
cubiertas de sus erizos;  
tiene el rosal rosas grana  
otra vez, y en las praderas  
brilla la alegre otoñada.

En laderas y en alcores,  
en ribazos y cañadas,  
el verde nuevo y la hierba,  
aun del estío quemada,  
alternan; los serrijones  
pelados, las lomas calvas,  
se coronan de plumizas  
nubes apelotonadas;  
y bajo el pinar gigante,  
entre las marchitas zarzas  
y amarillentos helechos,  
corren las crecidas aguas  
a engrosar el padre río  
por canchales y barrancas.

Abunda en la tierra un gris  
de plomo y azul de plata,  
con manchas de roja herrumbre,  
todo envuelto en luz violada.

¡Oh tierras de Alvargonzález,  
en el corazón de España,  
tierras pobres, tierras tristes,  
tan tristes que tienen alma!

Páramo que cruza el lobo  
aullando a la luna clara  
de bosque a bosque, baldíos  
llenos de peñas rodadas,  
donde roída de buitres  
brilla una osamenta blanca;  
pobres campos solitarios

sin caminos ni posadas,  
¡oh pobres campos malditos,  
pobres campos de mi patria!

## LA TIERRA

I

Una mañana de otoño,  
cuando la tierra se labra,  
Juan y el indiano aparejan  
las dos yuntas de la casa.  
Martín se quedó en el huerto  
arrancando hierbas malas.

II

Una mañana de otoño,  
cuando los campos se aran,  
sobre un otero, que tiene  
el cielo de la mañana  
por fondo, la parda yunta  
de Juan lentamente avanza.

Cardos, lampazos y abrojos,  
avena loca y cizaña,  
llenan la tierra maldita,  
tenaz a pico y a escarda.

Del corvo arado de roble  
la hundida reja trabaja  
con vano esfuerzo; parece,  
que al par que hiende la entraña  
del campo y hace camino  
se cierra otra vez la zanja.

"Cuando el asesino labre  
será su labor pesada;  
antes que un surco en la tierra,  
tendrá una arruga en su cara."

III

Martín, que estaba en la huerta  
cavando, sobre su azada  
quedó apoyado un momento;  
frío sudor le bañaba  
el rostro.

Por el Oriente,  
la luna llena, manchada,  
de un arrebol purpurino,

lucía tras de la tapia  
del huerto.

Martín tenía  
la sangre de horror helada.  
La azada que hundió en la tierra  
teñida de sangre estaba.

#### IV

En la tierra en que ha nacido  
supo afincar el indiano;  
por mujer a una doncella  
rica y hermosa ha tomado.

La hacienda de Alvargonzález  
ya es suya, que sus hermanos  
todo le vendieron: casa,  
huerto, colmenar y campo.

#### LOS ASESINOS

##### I

Juan y Martín, los mayores  
de Alvargonzález, un día  
pesada marcha emprendieron  
con el alba, Duero arriba.

La estrella de la mañana  
en el alto azul ardía.  
Se iba tiñendo de rosa  
la espesa y blanca neblina  
de los valles y barrancos,  
y algunas nubes plumizas  
a Urbión, donde el Duero nace,  
como un turbante ponían.

Se acercaban a la fuente.  
El agua clara corría,  
sonando cual si contara  
una vieja historia, dicha  
mil veces y que tuviera  
mil veces que repetirla.

Agua que corre en el campo  
dice en su monotonía:  
Yo sé el crimen, ¿no es un crimen  
cerca del agua, la vida?

Al pasar los dos hermanos  
relataba el agua limpia:  
"A la vera de la fuente  
Alvargonzález dormía."



II

—Anoche, cuando volvía  
a casa —Juan a su hermano  
dijo—, a la luz de la luna  
era la huerta un milagro.

Lejos, entre los rosales,  
divisé un hombre inclinado  
hacia la tierra; brillaba  
una hoz de plata en su mano.

Después irguióse y, volviendo  
el rostro, dio algunos pasos  
por el huerto, sin mirarme,  
y a poco lo vi encorvado  
otra vez sobre la tierra.  
Tenía el cabello blanco.  
La luna llena brillaba,  
y era la huerta un milagro.

III

Pasado habían el puerto  
de Santa Inés, ya mediada  
la tarde, una tarde triste  
de noviembre, fría y parda.  
Hacia la Laguna Negra  
silenciosos caminan.

IV

Cuando la tarde caía,  
entre las vetustas hayas  
y los pinos centenarios,  
un rojo sol se filtraba.

Era un paraje de bosque  
y peñas aborascadas;  
aquí bocas que bostezan  
o monstruos de fieras garras;  
allí una informe joroba,  
allá una grotesca panza,  
torvos hocicos de fieras  
y dentaduras melladas,  
rocas y rocas, y troncos  
y troncos, ramas y ramas.  
En el hondón del barranco  
la noche, el miedo y el agua.

V

Un lobo surgió, sus ojos  
lucían como dos ascuas.  
Era la noche, una noche  
húmeda, oscura y cerrada.

Los dos hermanos quisieron

volver. La selva ululaba.  
Cien ojos fieros ardían  
en la selva, a sus espaldas.

Llegaron los asesinos  
hasta la Laguna Negra,  
agua transparente y muda  
que enorme muro de piedra,  
donde los buitres anidan  
y el eco duerme, rodea;  
agua clara donde beben  
las águilas de la sierra,  
donde el jabalí del monte  
y el ciervo y el corzo abreven;  
agua pura y silenciosa  
que copia cosas eternas;  
agua imposible que guarda  
en su seno las estrellas.  
¡Padre!, gritaron; al fondo  
de la laguna serena  
Cayeron, y el eco ¡padre!  
repitió de peña en peña.

## **CXV**

### **(A UN OLMO SECO)**

Al olmo viejo, hendido por el rayo  
y en su mitad podrido,  
con las lluvias de abril y el sol de mayo,  
algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina  
que lame el Duero! Un musgo amarillento  
le mancha la corteza blanquecina  
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores  
que guardan el camino y la ribera,  
habitado de pardos ruiseñores.  
Ejército de hormigas en hilera  
va trepando por él, y en sus entrañas  
urden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,  
con su hacha el leñador, y el carpintero  
te convierta en melena de campana,  
lanza de carro o yugo de carreta;  
antes que rojo en el hogar, mañana,  
ardas de alguna mísera caseta,  
al borde de un camino;  
antes que te descuaje un torbellino  
y tronche el soplo de las sierras blancas;  
antes que el río hasta la mar te empuje  
por valles y barrancas,

olmo, quiero anotar en mi cartera  
la gracia de tu rama verdecida.  
Mi corazón espera  
también, hacia la luz y hacia la vida,  
otro milagro de la primavera.

Soria 1912

## CXVI

### (RECUERDOS)

¡Oh Soria, cuando miro los frescos naranjales  
cargados de perfume, y el campo enverdecido,  
abiertos los jazmines, maduros los trigales,  
azules las montañas y el olivar florido;  
Guadalquivir corriendo al mar entre vergeles;  
y al sol de abril los huertos colmados de azucenas,  
y los enjambres de oro, para libar sus mieles  
dispersos en los campos, huir de sus colmenas;  
yo sé la encina roja crujiendo en tus hogares,  
barriendo el cierzo helado tu campo empedernido;  
y en sierras agrias sueño — ¡Urbión, sobre pinares!  
¡Moncayo blanco, al cielo aragonés, erguido!—  
Y pienso: Primavera, como un escalofrío  
irá a cruzar el alto solar del romancero,  
ya verdearán de chopos las márgenes del río.  
¿Dará sus verdes hojas el olmo aquel del Duero?  
Tendrán los campanarios de Soria sus cigüeñas,  
y la roqueda parda más de un zarzal en flor;  
y a los rebaños blancos, por entre grises peñas,  
hacia los altos prados conducirá el pastor.

¡Oh, en el azul, vosotras viajeras golondrinas  
que vais al joven Duero, rebaños de merinos,  
con rumbo hacia las altas praderas numantinas,  
por las cañadas hondas y al sol de los caminos;  
hayedos y pinares que cruza el ágil ciervo,  
montañas, serrijones, lomazos, parameras,  
en donde reina el águila, por donde busca el cuervo  
su infecto expoliario; menudas sementeras  
cual sayos cenicientos, casetas y majadas  
entre desnuda roca, arroyos y hontanares  
donde a la tarde beben las yuntas fatigadas,  
dispersos huertecillos, humildes abejas!...

¡Adiós, tierra de Soria; adiós el alto llano  
cercado de colinas y crestas militares,  
alcores y roquedas del yermo castellano,  
fantasmas de robledos y sombras de encinares!

En la desesperanza y en la melancolía  
de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abreva.  
Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía,  
por los floridos valles, mi corazón te lleva.

## CXVII

### (AL MAESTRO "AZORIN" POR SU LIBRO "CASTILLA")

La venta de Cidones está en la carretera  
que va de Soria a Burgos. Leonarda, la ventera,  
que llaman la Ruipérez, es una viejecita  
que aviva el fuego donde borolla la marmita.  
Ruipérez, el ventero, un viejo diminuto  
—bajo las cejas grises, dos ojos de hombre astuto—,  
contempla silencioso la lumbre del hogar.  
Se oye la marmita al fuego borollar.  
Sentado ante una mesa de pino, un caballero  
escribe. Cuando moja la pluma en el tintero,  
dos ojos tristes lucen en un semblante enjuto.  
El caballero es joven, vestido va de luto.  
El viento frío azota los chopos del camino.  
Se ve pasar de polvo un blanco remolino.  
La tarde se va haciendo sombría. El enlutado,  
la mano en la mejilla, medita ensimismado.  
Cuando el correo llegue, que el caballero aguarda,  
la tarde habrá caído sobre la tierra parda  
de Soria. Todavía los grises serrijones,  
con ruina de encinares y mellas de aluviones,  
las lomas azuladas, las agrias barranqueras,  
picotas y colinas, ribazos y laderas  
del páramo sombrío por donde cruza el Duero,  
darán al sol de ocaso su resplandor de acero.  
La venta se obscurece. El rojo lar humea.  
La mecha de un mohoso candil arde y chispea.  
El enlutado tiene clavados en el fuego  
los ojos largo rato; se los enjuga luego  
con un pañuelo blanco. ¿Por qué le hará llorar  
el son de la marmita, el ascua del hogar?  
Cerró la noche. Lejos se escucha el traqueteo  
y el galopar de un coche que avanza. Es el correo.

## CXVIII

### (CAMINOS)

De la ciudad moruna  
tras las murallas viejas,  
yo contemplo la tarde silenciosa,  
a solas con mi sombra y con mi pena.

El río va corriendo,  
entre sombrías huertas  
y grises olivares,  
por los alegres campos de Baeza.

Tienen las vides pámpanos dorados  
sobre las rojas cepas.  
Guadalquivir, como un alfanje roto  
y disperso, reluce y espejea.

Lejos, los montes duermen  
envueltos en la niebla,  
niebla de otoño, maternal; descansan  
las rudas moles de su ser de piedra  
en esta tibia tarde de noviembre,  
tarde piadosa, cárdena y violeta.

El viento ha sacudido  
los mustios olmos de la carretera,  
levantando en rosados torbellinos  
el polvo de la tierra.  
La luna está subiendo  
amoratada, jadeante y llena.

Los caminitos blancos  
se cruzan y se alejan,  
buscando los dispersos caseríos  
del valle y de la sierra.  
Caminos de los campos...  
¡Ay, ya no puedo caminar con ella!

## **CXIX**

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.  
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.  
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.  
Señor, ya estamos solos mi corazón, y el mar.

## **CXX**

Dice la esperanza: un día  
la verás, si bien esperas.  
Dice la desesperanza:  
sólo tu amargura es ella.  
Late, corazón... No todo  
se lo ha tragado la tierra.

## **CXXI**

Allá, en las tierras altas,  
por donde traza el Duero  
su curva de ballesta  
en torno a Soria, entre plumizos cerros  
y manchas de raídos encinares,  
mi corazón está vagando, en sueños...

¿No ves, Leonor, los álamos del río  
con sus ramajes yertos?  
Mira el Moncayo azul y blanco; dame  
tu mano y paseemos.  
Por estos campos de la tierra mía,  
bordados de olivares polvorientos,  
voy caminando solo,  
triste, cansado, pensativo y viejo.

## CXXII

Soñé que tú me llevabas  
por una blanca vereda,  
en medio del campo verde,  
hacia el azul de las sierras,  
hacia los montes azules,  
una mañana serena.

Sentí tu mano en la mía,  
tu mano de compañera,  
tu voz de niña en mi oído  
como una campana nueva,  
como una campana virgen  
de un alba de primavera.  
¡Eran tu voz y tu mano,  
en sueños, tan verdaderas!...  
Vive, esperanza, ¡quién sabe  
lo que se traga la tierra!

## CXXIII

Una noche de verano  
—estaba abierto el balcón  
y la puerta de mi casa—  
la muerte en mi casa entró.  
Se fue acercando a su lecho  
—ni siquiera me miró—,  
con unos dedos muy finos,  
algo muy tenue rompió.  
Silenciosa y sin mirarme,  
la muerte otra vez pasó  
delante de mí. ¿Qué has hecho?  
La muerte no respondió.  
¡Mi niña quedó tranquila,  
dolido mi corazón.  
¡Ay, lo que la muerte ha roto  
era un hilo entre los dos!

#### CXXIV

Al borrarse la nieve, se alejaron  
los montes de la sierra.

La vega ha verdecido  
al sol de abril, la vega  
tiene la verde llama,  
la vida, que no pesa;  
y piensa el alma en una mariposa,  
atlas del mundo, y sueña.  
Con el ciruelo en flor y el campo verde,  
con el glauco vapor de la ribera,  
en torno de las ramas,  
con las primeras zarzas que blanquean,  
con este dulce soplo  
que triunfa de la muerte y de la piedra,  
esta amargura que me ahoga fluye  
en esperanza de Ella...

#### CXXV

En estos campos de la tierra mía,  
y extranjero en los campos de mi tierra  
—yo tuve patria, donde corre el Duero  
por entre grises peñas,  
y fantasmas de viejos encinares,  
allá en Castilla, mística y guerrera,  
Castilla la gentil, humilde y brava,  
Castilla del desdén y de la fuerza—,  
en estos campos de mi Andalucía,  
¡oh tierra en que nací!, cantar quisiera.  
Tengo recuerdos de mi infancia, tengo  
imágenes de luz y de palmeras,  
y en una gloria de oro,  
de lueños campanarios con cigüeñas,  
de ciudades con calles sin mujeres  
bajo un cielo de añil, plazas desiertas  
donde crecen naranjos encendidos  
con sus frutas redondas y bermejas;  
y en un huerto sombrío, el limonero  
de ramas polvorientas  
y pálidos limones amarillos,  
que el agua clara de la fuente espeja,  
un aroma de nardos y claveles  
y un fuerte olor de albahaca y hierbabuena;  
imágenes de grises olivares  
bajo un tórrido sol que aturde y ciega,  
y azules y dispersas serranías  
con arreboles de una tarde inmensa;  
mas falta el hilo que el recuerdo anuda  
el corazón, el ancla en su ribera,  
o estas memorias no son alma. Tienen,  
en sus abigarradas vestimentas,  
señal de ser despojos del recuerdo,

la carga bruta que el recuerdo lleva.  
Un día tornarán, con luz del fondo ungidos,  
los cuerpos virginales a la orilla vieja.

Lora del Río, 4 abril 1913

## CXXVI

### (A JOSÉ MARÍA PALACIO)

Palacio, buen amigo,  
¿está la primavera  
vistiendo ya las ramas de los chopos  
del río y los caminos? En la estepa  
del alto Duero, primavera tarda,  
¡pero es tan bella y dulce cuando llega!...  
¿Tienen los viejos olmos  
algunas hojas nuevas?  
Aun las acacias estarán desnudas  
y nevados los montes en las sierras.  
¡Oh mole del Moncayo blanca y rosa,  
allá, en el cielo de Aragón, tan bella!  
¿Hay zarzas florecidas  
entre las grises peñas,  
y blancas margaritas  
entre la fina hierba?  
por esos campanarios  
ya habrán ido llegando las cigüeñas.  
Habrá trigales verdes,  
y mulas pardas en las sementeras,  
y labriegos que siembran los tardíos  
con las lluvias de abril. Ya las abejas  
libarán del tomillo y el romero.  
¿Hay ciruelas en flor? ¿Quedan violetas?  
Furtivos cazadores, los reclamamos  
de la perdiz bajo las capas luengas,  
no faltarán. Palacio, buen amigo,  
¿tienen ya ruiseñores las riberas?  
Con los primeros lirios  
y las primeras rosas de las huertas,  
en una tarde azul, sube al Espino,  
al alto Espino donde está su tierra...

Baeza, 29 abril 1913

## CXXVII

### (OTRO VIAJE)

Ya en los campos de Jaén,  
amanece. Corre el tren  
por sus brillantes rieles,  
devorando matorrales,  
alcaceles,



terraplenes, pedregales,  
olivares, caseríos,  
praderas y cardizales,  
montes y valles sombríos.  
Tras la turbia ventanilla,  
pasa la devanadera  
del campo de primavera.  
La luz en el techo brilla  
de mi vagón de tercera.  
Entre nubarrones blancos,  
oro y grana;  
la niebla de la mañana  
huyendo por los barrancos.  
¡Este insomne sueño mío!  
¡Este frío

de un amanecer en vela!...  
Resonante,  
jadeante,  
marcha el tren. El campo vuela.  
Enfrente de mí, un señor  
sobre su manta dormido;  
un fraile y un cazador  
—el perro a sus pies tendido—.  
Yo contemplo mi equipaje,  
mi viejo saco de cuero;  
y recuerdo otro viaje  
hacia las tierras del Duero.  
Otro viaje de ayer  
por la tierra castellana  
— ¡pinos del amanecer  
entre Almazán y Quintana!—,  
¡Y alegría  
de un viajar en compañía!  
¡Y la unión  
que ha roto la muerte un día!  
¡Mano fría  
que aprietas mi corazón!  
Tren, camina, silba, humea,  
acarrea  
tu ejército de vagones,  
ajetrea  
maletas y corazones.  
Soledad,  
sequedad.  
Tan pobre me estoy quedando  
que ya ni siquiera estoy  
conmigo, ni sé si voy  
conmigo a solas viajando.

## CXXVII

### (POEMA DE UN DÍA)

#### MEDITACIONES RURALES

He aquí ya, profesor  
de lenguas vivas (ayer  
maestro de gay-saber,  
aprendiz de ruiseñor),  
en un pueblo húmedo y frío,  
destartalado y sombrío,  
entre andaluz y manchego.

Invierno. Cerca del fuego.  
Fuera llueve un agua fina,  
que ora se trueca en neblina,  
ora se torna aguanieve.

Fantástico labrador,  
pienso en los campos. ¡Señor,  
qué bien haces! Llueve, llueve  
tu agua constante y menuda  
sobre alcaceles y habares,  
tu agua muda,  
en viñedos y olivares.

Te bendecirán conmigo  
los sembradores del trigo;  
los que viven de coger  
la aceituna;  
los que esperan la fortuna  
de comer;  
los que hogaño,  
como antaño,  
tienen toda su moneda  
en la rueda,  
traidora rueda del año.

¡Llueve, llueve; tu neblina  
que se torne en aguanieve,  
y otra vez en agua fina!

¡Llueve, Señor, llueve, llueve!

En mi estancia, iluminada  
por esta luz invernal,  
—la tarde gris tamizada  
por la lluvia y el cristal—,  
sueño y medito.

Clarea  
el reloj arrinconado,  
y su tic-tac, olvidado  
por repetido, golpea.

Tic-tic, tic-tic... Ya te he oído.

Tic-tic, tic-tic... Siempre igual  
monótono y aburrido.

Tic-tic, tic-tic, el latido  
de un corazón de metal.

En estos pueblos, ¿se escucha  
el latir del tiempo? No.  
En estos pueblos se lucha  
sin tregua con el reloj,  
con esa monotonía  
que mide un tiempo vacío.  
Pero ¿tu hora es la mía?  
¿Tu tiempo, reloj, el mío?  
(Tic-tic, tic-tic...) Era un día  
(Tic-tic, tic-tic) que pasó,  
y lo que yo más quería  
la muerte se lo llevó.

Lejos suena un clamoreo  
de campanas...

Arrecia el repiqueteo  
de la lluvia en las ventanas.

Fantástico labrador,  
vuelvo a mis campos. ¡Señor,  
cuánto te bendecirán  
los sembradores del pan!  
Señor, ¿no es tu lluvia ley,  
en los campos que ara el buey,  
y en los palacios del rey?  
¡Oh, agua buena, deja vida  
en tu huida!

¡Oh, tú, que vas gota a gota,  
fuente a fuente y río a río,  
como este tiempo de hastío  
corriendo a la mar remota,  
con cuanto quiere nacer,  
cuanto espera  
florecer  
al sol de la primavera,  
sé piadosa,  
que mañana  
serás espiga temprana,  
prado verde, carne rosa,  
y más: razón y locura  
y amargura  
de querer y no poder  
creer, creer y creer!

Anochece;  
el hilo de la bombilla  
se enrojece,  
luego brilla,  
resplandece,

poco más que una cerilla.  
Dios sabe dónde andarán  
mis gafas... entre librotos,  
revistas y papelotes,  
¿quién las encuentra?... Aquí están.  
Libros nuevos. Abro uno  
de Unamuno.  
¡Oh, el dilecto,  
predilecto  
de esta España que se agita,  
porque nace o resucita!  
Siempre te ha sido, ¡oh Rector  
de Salamanca!, leal  
este humilde profesor  
de un instituto rural.  
Ésa tu filosofía  
que llamas diletantesca,  
voltaria y funambulesca,  
gran Don Miguel, es la mía.  
Agua del buen manantial,  
siempre viva,  
fugitiva;  
poesía, cosa cordial.  
¿Constructora?  
—No hay cimiento  
ni en el alma ni el viento—.  
Bogadora,  
marinera,  
hacia la mar sin ribera.

Enrique Bergson: *Los datos  
inmediatos  
de la conciencia*, ¿Esto es  
otro embeleco francés?  
Este Bergson es un tuno;  
¿verdad, maestro Uhamuno?  
Bergson no da como aquel  
Immamuel  
él volatín Inmortal;  
este endiablado judío  
ha hallado el libre albedrío  
dentro de su mechinal.  
No está mal:  
cada sabio, su problema  
y cada loco, su tema.

Algo importa  
que en la vida mala y corta  
que llevamos  
libres o siervos seamos;  
mas, si vamos  
a la mar,  
lo mismo nos han de dar.

¡Oh, estos pueblos! Reflexiones,  
lecturas y acotaciones  
pronto dan en lo que son:

bostezos de Salomón.  
¿Todo es  
soledad de soledades,  
vanidad de vanidades,  
que dijo el Eclesiastés?  
Mi paraguas, mi sombrero,  
mi gabán... El aguacero  
amaina... Vámonos, pues.

Es de noche. Se platica  
al fondo de una botica.

—Yo no sé,  
Don José,  
cómo son los liberales  
tan perros, tan inmorales.  
— ¡Oh, tranquilícese usted!  
Pasados los carnavales;  
vendrán los conservadores,  
buenos administradores,  
de su casa.  
Todo llega y todo pasa.  
Nada eterno:  
ni gobierno  
que perdure,  
ni mal que cien años dure.  
—Tras estos tiempos, vendrán  
otros tiempos y otros y otros,  
y lo mismo que nosotros  
otros se jorobarán.

Así es la vida Don Juan.  
—Es verdad, así es la vida.  
—La cebada está crecida.  
—Con estas lluvias...

Y van  
las habas que es un primor.  
—Cierto; para marzo, en flor.  
Pero la escarcha, los hielos...  
— Y además, los olivares  
están pidiendo a los cielos  
agua a torrentes.

— A mares.  
¡Las fatigas, los sudores  
que pasan los labradores!  
En otro tiempo...

Llovía  
también cuando Dios quería.  
—Hasta mañana, señores.  
Tic-tic, tic-tic... Ya pasó  
un día como otro día,  
dice la monotonía  
del reló.

Sobre mi mesa *Los datos  
de la conciencia*, inmediatos.

No está mal  
este yo fundamental,  
contingente y libre, a ratos,  
creativo, original;  
este yo que vive y siente  
dentro la carne mortal,  
¡ay!, por saltar impaciente  
las bardas de su corral.

Baeza, 1918

## **CXXIX**

### **(NOVIEMBRE 1913)**

Un año más. El sembrador va echando  
la semilla en los surcos de la tierra.  
Dos lentas yuntas aran,  
mientras pasan las nubes cenicientas  
ensombreciendo el campo,  
las pardas sementeras,  
los grises olivares. Por el fondo  
del valle el río el agua turbia lleva.  
Tiene Cazorla nieve,  
su montera, Aznaitín. Hacia Granada,  
montes con sol, montes de sol y piedra.

## **CXXX**

### **(LA SAETA)**

¿Quién me presta una escalera,  
para subir al madero,  
para quitarle los clavos  
a Jesús el Nazareno?

SAETA POPULAR

¡Oh, la saeta, el cantar  
al Cristo de los gitanos,  
siempre con sangre en las manos,  
siempre por desenclavar!  
¡Cantar del pueblo andaluz,  
que todas las primaveras  
anda pidiendo escaleras  
para subir a la cruz!  
¡Cantar de la tierra mía,  
que echa flores  
al Jesús de la agonía,  
y es la fe de mis mayores!

¡Oh, no eres tú mi cantar!  
¡No puedo cantar, ni quiero  
a ese Jesús del madero,

sino al que anduvo en el mar!

#### **CXXXI**

##### **(DEL PASADO EFÍMERO)**

Este hombre del casino provinciano  
que vio a Carancha recibir un día,  
tiene mustia la tez, el pelo cano,  
ojos velados por melancolía;  
bajo el bigote, gris, labios de hastío,  
y una triste expresión, que no es tristeza  
sino algo más y menos: el vacío  
del mundo en la oquedad de su cabeza.  
Aun luce de corinto terciopelo  
chaqueta y pantalón abotinado,  
y un cordobés color de caramelo,  
pulido y torneado.  
Tres veces heredó; tres ha perdido  
al monte su caudal: dos ha enviudado.  
Sólo se anima ante el azar prohibido,  
sobre el verde tapete reclinado,  
o al evocar la tarde de un torero,  
la suerte de un tahúr, o si alguien cuenta  
la hazaña de un gallardo bandolero,  
o la proeza de un matón, sangrienta.  
Bosteza de política banales  
dicterios al gobierno reaccionario,  
y augura que vendrán los liberales,  
cual torna la cigüeña al campanario.  
Un poco labrador, del cielo aguarda  
y al cielo teme; alguna vez suspira,  
pensando en su olivar, y al cielo mira  
con ojo inquieto, si la lluvia tarda.  
Lo demás, taciturno, hipocondríaco,  
prisionero en la Arcadia del presente  
le aburre; sólo el humo del tabaco,  
simula algunas sombras en su frente.  
Este hombre no es de ayer ni es de mañana,  
sino de nunca; de la cepa hispana  
no es el fruto maduro ni podrido,  
es una fruta vana  
de aquella España que pasó y no ha sido,  
esa que hoy tiene la cabeza cana.

#### **CXXXII**

##### **(LOS OLIVOS)**

I

¡Viejos olivos sedientos  
bajo el claro sol del día,

olivares polvorientos  
del campo de Andalucía!  
¡El campo andaluz, peinado  
por el sol canicular,  
de loma en loma rayado  
de olvidar y de olvidar!  
Son las tierras  
soleadas,  
anchas lomas, lueños sierras  
de olivares recamadas.  
Mil senderos. Con sus machos,  
abrumados de capachos,  
van gañanes y arrieros.  
De la venta del camino  
a la puerta, soplan vino  
trabucaires bandoleros!  
Olivares y olivares  
de loma en loma prendidos  
cual bordados alamares.  
Olivares coloridos  
de una tarde anaranjada;  
olivares rebruñidos  
bajo la luna argentada.  
Olivares centellados  
en las tardes cenicientas,  
bajo los cielos preñados  
de tormentas...  
Olivares, Dios os dé  
los eneros  
de aguaceros,  
los agostos de agua al pie,  
los vientos primaverales  
vuestras flores racimadas;  
y las lluvias otoñales,  
vuestras olivas moradas.  
Olivar, por cien caminos,  
tus olivitas irán  
caminando a cien molinos.  
Ya darán  
trabajo en las alquerías  
a gañanes y braceros,  
¡oh buenas frentes sombrías  
bajo los anchos sombreros!...  
¡Olivar y olivareros,  
bosque y raza,  
campo y plaza  
de los fieles al terruño  
y al arado y al molino,  
de los que muestran el puño  
al destino,  
los benditos labradores,  
los bandidos caballeros,  
los señores  
devotos y matuteros...  
Ciudades y caseríos  
en la margen de los ríos,  
en los pliegues de la sierra!...



Venga Dios a los hogares  
y a las almas de esta tierra  
de olivares y olivares!

## II

A dos leguas de Ubeda, la Torre  
de Pero Gil, bajo este sol de fuego,  
triste burgo de España. El coche rueda  
entre grises olivos polvorientos.  
Allá, el castillo heroico.  
En la plaza, mendigos y chicuelos:  
una orgía de harapos...  
Pasamos frente al atrio del convento  
de la Misericordia.  
¡Los blancos muros, los cipreses negros!  
¡Agria melancolía  
como asperón de hierro  
que raspa el corazón! ¡Amurallada  
piedad, erguida en este basurero!...  
Esta casa de Dios, decid, hermanos,  
esta casa de Dios, ¿qué guarda dentro?  
Y ese pálido joven,  
asombrado y atento,  
que parece mirarnos con la boca,  
será el loco del pueblo,  
de quien se dice: es Lucas,  
Blas o Ginés, el tonto que tenemos.  
Seguimos. Olivares. Los olivos  
están en flor. El carricoche lento,  
al paso de dos pencos matalones,  
camina hacia Peal. Campos ubérrimos.  
La tierra da lo suyo; el sol trabaja;  
el hombre es para el suelo:  
genera, siembra y labra  
y su fatiga unce la tierra al cielo.  
Nosotros enturbiamos  
la fuente de la vida, el sol primero,  
con nuestros ojos tristes,  
con nuestro amargo rezo,  
con nuestra mano ociosa,  
con nuestro pensamiento  
—se engendra en el pecado,  
se vive en el dolor. ¡Dios está lejos!—  
Esta piedad erguida  
sobre este burgo sórdido, sobre este basurero,  
esta casa de Dios, decid, ¡oh santos  
cañones de von Kluck, ¿qué guarda dentro?

## CXXXIII

### (LLANTO DE LAS VIRTUDES Y COPLAS POR LA MUERTE DE DON GUIDO)

Al fin, una pulmonía  
mató a don Guido, y están

las campanas todo el día  
doblando por él ¡din-dán!

Murió don Guido, un señor  
de mozo muy jaranero,  
muy galán y algo torero;  
de viejo, gran rezador.

Dicen que tuvo un serrallo  
este señor de Sevilla;  
que era diestro  
en manejar el caballo,  
y un maestro  
en refrescar manzanilla.

Cuando mermó su riqueza,  
era su monomanía  
pensar que pensar debía  
en asentar la cabeza.

Y asentóla  
de una manera española,  
que fue casarse con una  
doncella de gran fortuna;  
y repintar sus blasones,  
hablar de las tradiciones  
de su casa,  
a escándalos y amoríos  
poner tasa,  
sordina a su desvaríos.

Gran pagano,  
se hizo hermano  
de una santa cofradía;  
el Jueves Santo salía,  
llevando un cirio en la mano  
— ¡aquel trueno!—,  
vestido de nazareno.  
Hoy nos dice la campana  
que han de llevarse mañana  
al buen don Guido, muy serio,  
camino del cementerio.

Buen don Guido, ya eres ido  
y para siempre jamás...  
Alguien dirá: ¿Qué dejaste?  
Yo pregunto: ¿Qué llevaste  
al mundo donde hoy estás?

¿Tu amor a los alamares  
y a las sedas y a los oros,  
y a la sangre de los toros  
y al humo de los altares?

Buen don Guido y equipaje,

¡buen viaje!...

El acá  
y el allá  
caballero,  
se ve en tu rastro marchito,  
lo infinito:  
cero, cero.

¡Oh las enjutas mejillas,  
amarillas,  
y los párpados de cera,  
y la fina calavera  
en la almohada del lecho!

¡Oh fin de una aristocracia!  
La barba canosa y lacia  
sobre el pecho;  
metido en tosco sayal,  
las yertas manos en cruz,  
¡tan formal!,  
el caballero andaluz.

#### **CXXIV**

##### **(LA MUJER MANCHEGA)**

La Mancha y sus mujeres... Argamasilla, Infantes,  
Esquivias, Valdepeñas. La novia de Cervantes,  
y del manchego heroico, el ama y la sobrina  
(el patio, la alacena, la cueva y la cocina,  
la rueca y la costura, la cuna y la pitanza),  
la esposa de Don Diego y la madre de Panza,  
la hija del ventero, y tantas como están  
bajo la tierra y tantas que son y que serán  
encanto de manchegos y madres de españoles  
por tierras de lagares, molinos y arreboles.  
Es la mujer manchega garrida y bien plantada,  
muy sobre sí doncella, perfecta de casada.

El sol de la caliente llanura vinariega  
quemó su piel, mas guarda fresca en bodega  
su corazón: Devota, sabe rezar con fe  
para que Dios nos libre de cuanto no se ve.  
Su obra es la casa —menos celada que en Sevilla,  
más gineceo y menos castillo que en Castilla—.  
Y es del hogar manchego la musa ordenadora;  
alinea los vasares, los lienzos alcanfora;  
las cuentas de la plaza anota en su diario,  
cuenta garbanzos, cuenta las cuentas del rosario.

¿Hay más? Por estos campos hubo un amor de fuego  
dos ojos abasaron un corazón manchego.  
¿No tuvo en esta Mancha su cuna Dulcinea?  
¿No es el Toboso patria de la mujer idea  
del corazón, engendro e imán de corazones,  
a quien varón no impregna y aún parirá varones?

Por esta Mancha —prados, viñedos y molinos—  
que so el igual del cielo iguala sus caminos,  
de cepas arrugadas en el tostado suelo  
y mustios pastos como raído terciopelo;  
por este seco llano de sol y lejanía,  
en donde el ojo alcanza su pleno mediodía  
(un diminuto bando de pájaros puntea  
el índigo del cielo sobre la blanca aldea,  
y allá se yergue un soto de verdes alamillos,  
tras leguas y más leguas de campos amarillos),  
por esta tierra, lejos del mar y la montaña,  
el ancho reverbero del claro sol de España,  
anduvo un pobre hidalgo ciego de amor un día  
—amor nublóle el juicio; su corazón veía—.

Y tú, la cerca y lejos, por el inmenso llano  
eterna compañera y estrella de Quijano,  
lozana labradora fincada en tus terrones  
—oh madre de manchegos y numen de visiones—,  
viviste, buena Aldonza, tu vida verdadera,  
cuando tu amante erguía su lanza justiciera,  
y en tu casona blanca echando el rubio trigo.  
Aquel amor de fuego era por ti y contigo.

Mujeres de la Mancha, con el sagrado mote  
de Dulcinea, os salve la gloria de Quijote.

## CXXXV

### (EL MAÑANA EFÍMERO)

A Roberto Castrovido

La España de charanga y pandereta,  
cerrado y sacristía,  
devota de Frascuelo y de María,  
de espíritu burlón y de alma quieta,  
ha de tener su mármol y su día,  
su infalible mañana y su poeta.  
El vano ayer engendrará un mañana  
vacío y ¡por ventura! pasajero.  
Será un joven lechuzo y tarambana,  
un sayón con hechuras de bolero,  
a la moda de Francia realista,  
un poco al uso de París pagano,  
y al estilo de España especialista  
en el vicio al alcance de la mano.  
Esa España inferior que ora y bosteza,  
vieja y tahúr, zaragatera y triste;  
esa España inferior que ora y embiste,  
cuando se digna usar de la cabeza,  
aun tendrá luengo parto de varones  
amantes de sagradas tradiciones  
y de sagradas formas y maneras;  
florecerán las barbas apostólicas,

y otras calvas en otras calaveras  
brillarán, venerables y católicas.  
El vano ayer engendrará un mañana  
vacío y ¡por ventura! pasajero,  
la sombra de un lechuzo tarambana,  
de un sayón con hechuras de bolero,  
el vacuo ayer dará un mañana huero.  
Como la náusea de un borracho ahíto  
de vino malo, un rojo sol corona  
de heces turbias, las cumbres de granito;  
hay un mañana estomagante escrito  
en la tarde pragmática y dulzona.  
Mas otra España nace,  
la España del cincel y de la maza,  
con esa eterna juventud que se hace  
del pasado macizo de la raza.  
Una España implacable y redentora,  
España que alborea  
con un hacha en la mano vengadora,  
España de la rabia y de la idea.

## **CXXXVI**

### **(PROVERBIOS Y CANTARES)**

I

Nunca perseguí la gloria  
ni dejar en la memoria  
de los hombres mi canción;  
yo amo los mundos sutiles,  
ingrávidos y gentiles  
como pompas de jabón.  
Me gusta verlos pintarse  
de sol y grana, volar  
bajo el cielo azul, temblar  
súbitamente y quebrarse.

II

¿Para qué llamar caminos  
a los surcos del azar?...  
Todo el que camina anda,  
como Jesús, sobre el mar.

III

A quien nos justifica nuestra desconfianza  
llamamos enemigo, ladrón de una esperanza.  
Jamás perdona el necio si ve la nuez vacía  
que dio a cascar el diente de la sabiduría.

IV

Nuestras horas son minutos  
cuando esperamos saber,

y siglos cuando sabemos  
lo que se puede aprender.

V

Ni vale nada el fruto  
cogido sin sazón...  
Ni aunque te elogie un bruto  
ha de tener razón.

VI

De lo que llaman los hombres  
virtud, justicia y bondad,  
una mitad es envidia,  
y la otra no es caridad.

VII

Yo he visto garras fieras en las pulidas manos;  
conozco grajos mélicos y líricos marranos...  
El más truhán se lleva la mano al corazón,  
y el bruto más espeso se carga de razón.

VIII

En preguntar lo que sabes  
el tiempo no has de perder...  
Y a preguntas sin respuesta  
¿quién te podrá responder?

IX

El hombre, a quien el hambre de la rapiña acucia,  
de ingénita malicia y natural astucia,  
formó la inteligencia y acaparó la tierra.  
¡Y aun la verdad proclama! ¡Supremo ardid de guerra!

X

La envidia de la virtud  
hizo a Caín criminal.  
¡Gloria a Caín! Hoy el vicio  
es lo que se envidia más.

XI

La mano del piadoso nos quita siempre honor;  
mas nunca ofende al darnos su mano el lidiador.  
Virtud es fortaleza, ser bueno es ser valiente;  
escudo, espada y maza llevar bajo la frente;  
porque el valor honrado de todas armas viste;  
no sólo para, hiere, y más que aguarda, embiste.  
Que la piqueta arruine, el látigo flagele;  
la espada punce y hienda y el gran martillo aplaste.

XII

¡Ojos que a la luz se abrieron

un día para, después,  
ciegos tornar a la tierra,  
hartos de mirar sin ver!

XIII

Es el mejor de los buenos  
quien sabe que en esta vida  
todo es cuestión de medida:  
un poco más, algo menos...

XIV

Virtud es la alegría que alivia el corazón  
más grave y desarruga el ceño de Catón.  
El bueno es el que guarda, cual venta del camino,  
el sediento el agua, para el borracho el vino.

XV

Cantad conmigo en coro: Saber, nada sabemos,  
de arcano mar vinimos, a ignota mar iremos...  
Y entre los dos misterios está el enigma grave;  
tres arcas cierra una desconocida llave.  
La luz nada ilumina y el sabio nada enseña.  
¿Qué dice la palabra? ¿Qué el agua de la peña?

XVI

El hombre es por natura la bestia paradójica,  
un animal absurdo que necesita lógica.  
Creó de nada un mundo y, su obra terminada,  
"Ya estoy en el secreto —se dijo—, todo es nada."

XVII

El hombre sólo es rico en hipocresía.  
En sus diez mil disfraces para engañar confía;  
y con la doble llave que guarda su mansión  
para la ajena hace ganzúa de ladrón.

XVIII

¡Ah, cuando yo era niño  
soñaba con los héroes de la Iliada!  
Ajax era más fuerte que Diomedes,  
Héctor, más fuerte que Ajax,  
y Aquiles el más fuerte; porque era  
el más fuerte... ¡Inocencias de la infancia!  
¡Ah, cuando yo era niño  
soñaba con los héroes de la Iliada!

XIX

El casca-nueces-vacías,  
Colón de cien vanidades  
vive de supercherías  
que vende como verdades.

XX

¡Teresa, alma de fuego,  
Juan de la Cruz, espíritu de llama,  
por aquí hay mucho frío, padres nuestros  
corazoncitos de Jesús se apagan!

XXI

Ayer soñé que veía  
a Dios y que a Dios hablaba;  
y soñé que Dios me oía...  
Después soñé que soñaba.

XXII

Cosas de hombres y mujeres,  
los amoríos de ayer,  
casi los tengo olvidados,  
si fueron alguna vez.

XXIII

No extrañéis, dulces amigos,  
que esté mi frente arrugada;  
yo vivo en paz con los hombres  
y en guerra con mis entrañas.

XXIV

De diez cabezas, nueve  
embisten y una piensa.  
Nunca extrañéis que un bruto  
Se descuerne luchando por la idea.

XXV

Las abejas de las flores  
sacan miel, y melodía  
del amor, los ruiñeñores;  
Dante y yo — perdón, señores-  
trocamos —perdón, Lucía—,  
el amor en Teología.

XXVI

Poned sobre los campos  
un carbonero, un sabio y un poeta.  
Veréis cómo el poeta admira y calla,  
el sabio mira y piensa...  
Seguramente, el carbonero busca  
las moras o las setas.  
Llevadlos al teatro  
y sólo el carbonero no bosteza.  
Quien prefiere lo vivo a lo pintado  
es el hombre que piensa, canta o sueña.  
El carbonero tiene  
llena de fantasías la cabeza.



XXVII

¿Dónde está la utilidad  
de nuestras utilidades?  
Volvamos a la verdad:  
vanidad de vanidades.

XXVIII

Todo hombre tiene dos  
batallas que pelear:  
en sueños lucha con Dios;  
y despierto, con el mar.

XXIX

Al andar se hace camino  
y al volver la vista atrás  
se ve la senda que nunca  
se ha de volver a pisar.  
Caminante, no hay camino,  
sino estelas en la mar.

Caminante, son tus huellas  
el camino, y nada más;  
caminante, no hay camino,  
se hace camino al andar.

XXX

El que espera desespera,  
dice la voz popular.  
¡Qué verdad tan verdadera!

La verdad es lo que es,  
y sigue siendo verdad  
aunque se piense al revés.

XXXI

Corazón, ayer sonoro,  
¿ya no suena  
tu monedilla de oro?  
Tu alcancía,  
antes que el tiempo la rompa,  
¿se irá quedando vacía?  
Confiemos  
en que no será verdad  
nada de lo que sabemos.

XXXII

¡Oh fe del meditabundo!  
¡Oh fe después del pensar!  
Sólo si viene un corazón al mundo  
rebosa el vaso humano y se hincha el mar.

XXIII

Soñé a Dios como una fragua  
de fuego, que ablanda el hierro,  
como un forjador de espadas,  
como un bruñidor de aceros,  
que iba firmando en las hojas  
de luz: Libertad. — Imperio.

xxxiv

Yo amo a Jesús, que nos dijo:  
Cielo y tierra pasarán.  
Cuando cielo y tierra pasen  
mi palabra quedará.  
¿Cuál fue, Jesús, tu palabra?  
¿Amor? ¿Perdón? ¿Caridad?  
Todas tus palabras fueron  
una palabra: Velad.

xxxv

Hay dos modos de conciencia:  
una es luz, y otra, paciencia.  
Una estriba en alumbrar  
un poquito el hondo mar;  
otra, en hacer penitencia  
con caña o red, y esperar  
el pez, como pescador.  
Dime tú: ¿Cuál es mejor?  
¿Conciencia de visionario  
que mira en el hondo acuario  
peces vivos,  
fugitivos,  
que no se pueden pescar,  
o esa maldita faena  
de ir arrojando a la arena,  
muertos, los peces del mar?

xxxvi

Fe empirista. Ni somos ni seremos.  
Todo nuestro vivir es prestado.  
Nada trajimos; nada llevaremos.

xxxvii

¿Dices que nada se crea?  
No te importe, con el barro  
de la tierra, haz una copa  
para que beba tu hermano.

xxxviii

¿Dices que nada se crea?  
Alfarero, a tus cacharros.  
Haz tu copa y no te importe  
si no puedes hacer barro.

xxxix

Dicen que el ave divina,  
trocada en pobre gallina,  
por obra de las tijeras  
de aquel sabio profesor  
(fue Kant un esquilador  
de las aves altaneras;  
toda su filosofía,  
un sport de cetrería),  
dicen que quiere saltar  
las tapias del corralón,  
y volar  
otra vez, hacia Platón.  
¡Hurra! ¡Sea!  
¡Feliz será quien lo vea!

XL

Sí, cada uno y todos sobre la tierra iguales:  
el ómnibus que arrastran dos pencos matalones,  
por el camino, a tumbos, hacia las estaciones,  
el ómnibus completo de viajeros banales,  
y en medio un hombre mudo, hipocondríaco, austero,  
a quien se cuentan cosas y a quien se ofrece vino...  
y allá, cuando se llegue, ¿descenderá un viajero  
no más? ¿O habránse todos quedado en el camino?

XLI

Bueno es saber que los vasos  
nos sirven para beber;  
lo malo es que no sabemos  
para qué sirve la sed.

XLII

¿Dices que nada se pierde?  
Si esta copa de cristal  
se me rompe, nunca en ella  
beberé, nunca jamás.

XLIII

Dices que nada se pierde  
y acaso dices verdad,  
pero todo lo perdemos  
y todo nos perderá.

XLIV

Todo pasa y todo queda,  
pero lo nuestro es pasar,  
pasar haciendo caminos,  
caminos sobre la mar.

XLV

Morir... ¿Caer como gota  
de mar en el mar inmenso?

¿O ser lo que nunca he sido:  
uno, sin sombra y sin sueño,  
un solitario que avanza,  
sin camino y sin espejo?

XLVI

Anoche soñé que oía  
a Dios, gritándome: ¡Alerta!  
Luego era Dios quien dormía,  
y yo gritaba: ¡Despierta!

XLVII

Cuatro cosas tiene el hombre  
que no sirven en la mar:  
ancla, gobernalle y remos,  
y miedo de naufragar.

XLVIII

Mirando mi calavera  
un nuevo Hamlet dirá:  
He aquí un lindo fósil de una  
careta de carnaval.

XLIX

Ya noto, al paso que me torno viejo  
que en el inmenso espejo,  
donde orgulloso me miraba un día,  
era el azogue lo que yo ponía.  
Al espejo del fondo de mi casa  
una mano fatal  
va rayendo el azogue, y todo pasa  
por él como la luz por el cristal.

L

Nuestro español bosteza.  
¿Es hambre? ¿Sueño? ¿Hastío?  
Doctor, ¿tendrá el estómago vacío!  
—El vacío es más en la cabeza.

LI

Luz del alma, luz divina,  
faro, antorcha, estrella, sol...  
Un hombre a tientas camina;  
lleva a la espalda un farol.

LII

Discutiendo están dos mozos  
si a la fiesta del lugar  
irán por la carretera  
o campo a traviesa irán.  
Discutiendo y disputando  
empiezan a pelear.

Ya con las trancas de pino  
furiosos golpes se dan;  
ya se tiran de las barbas,  
que se las quieren pelar.  
Ha pasado un carretero,  
que va cantando un cantar:  
"Romero, para ir a, Roma,  
lo que importa es caminar;  
a Roma por todas partes,  
por todas partes se va."

LIII

Ya hay un español que quiere  
vivir y a vivir empieza,  
entre una España que muere  
y otra España que bosteza.  
Españolito que vienes  
al mundo, te guarde Dios.  
Una de las dos Españas  
ha de helarte el corazón.

## **CXXVII**

### **(PARÁBOLAS)**

I

Era un niño que soñaba  
un caballo de cartón.  
Abrió los ojos el niño  
y el caballito no vio.  
Con un caballito blanco  
el niño volvió a soñar;  
y por la crin lo cogía...  
¡Ahora no te escaparás!  
Apenas lo hubo cogido,  
el niño se despertó.  
Tenía el puño cerrado.  
¡El caballito voló!  
Quedóse el niño muy serio  
pensando que no es verdad  
un caballito soñado.  
Y ya no volvió a soñar.  
Pero el niño se hizo mozo  
y el mozo tuvo un amor,  
y a su amada le decía:  
¿Tú eres de verdad o no?  
Cuando el mozo se hizo viejo  
pensaba: Todo es soñar,  
el caballito soñado  
y el caballo de verdad.  
Y cuando vino la muerte,  
el viejo a su corazón  
preguntaba: ¿Tú eres sueño?  
¡Quién sabe si despertó!

Sobre la limpia arena, en el tartesio llano  
 por donde acaba España y sigue el mar,  
 hay dos hombres que apoyan la cabeza en la mano;  
 uno duerme, y el otro parece meditar.  
 El uno, en la mañana de tibia primavera,  
 junto a la mar tranquila,

ha puesto entre sus ojos y el mar que reverbera,  
 los párpados, que borran el mar en la pupila.  
 Y se ha dormido, y sueña con el pastor Proteo,  
 que sabe los rebaños del marino guardar;  
 y sueña que le llaman las hijas de Nereo,  
 y ha oído a los caballos de Poseidón hablar.  
 El otro mira al agua. Su pensamiento flota;  
 hijo del mar, navega — o se pone a volar.  
 Su pensamiento tiene un vuelo de gaviota,  
 que ha visto un pez de plata en el agua saltar.  
 Y piensa: "Es esta vida una ilusión marina  
 de un pescador que un día ya no puede pescar."  
 El soñador ha visto que el mar se le ilumina,  
 y sueña que es la muerte una ilusión del mar.

## III

Erase de un marinero  
 que hizo un jardín junto al mar,  
 y se metió a jardinero.  
 Estaba el jardín en flor,  
 y el jardinero se fue  
 por esos mares de Dios.

## IV

## (CONSEJOS)

Sabe esperar, aguarda que la marea fluya  
 — así en la costa, un barco— sin que el partir te inquiete.  
 Todo el que aguarda sabe que la victoria es suya;  
 porque la vida es larga y el arte es un juguete.

Y si la vida es corta  
 y no llega la mar a tu galera,  
 aguarda sin partir y siempre espera,  
 que el arte es largo y, además, no importa.

## V

## (PROFESIÓN DE FE)

Dios no es el mar, está en el mar, riela  
 como luna en el agua, o aparece  
 como una blanca vela;  
 en el mar se despierta o se adormece.

Creó la mar, y nace  
 de la mar cual la nube y la tormenta;

es el Criador y la criatura lo hace;  
su aliento es alma, y por el alma alienta.  
Yo he de hacerte, mi Dios, cual tú me hiciste,  
y para darte el alma que me diste  
en mí te he de crear. Que el puro río  
de caridad que fluye eternamente,  
fluya en mi corazón. ¡Seca, Dios mío,  
de una fe sin amor la turbia fuente!

VI

El Dios que todos llevamos,  
el Dios que todos hacemos,  
el Dios que todos buscamos  
y que nunca encontraremos.  
Tres dioses o tres personas  
del solo Dios verdadero.

VII

Dice la razón: Busquemos  
la verdad.  
Y el corazón: Vanidad.  
La verdad ya la tenemos.  
La razón: ¡Ay, quién alcanza  
la verdad!  
El corazón: Vanidad.  
La verdad es la esperanza.  
Dice la razón: Tú mientes,  
Y contesta el corazón:  
Quien miente eres tú, razón,  
que dices lo que no sientes.  
La razón: Jamás podremos  
entendernos, corazón.  
El corazón: Lo veremos.

VIII

Cabeza meditadora,  
¡qué lejos se oye el zumbido  
de la abeja libadora!

Echaste un velo de sombra  
sobre el bello mundo y vas  
creyendo ver, porque mides  
la sombra con un compás.

Mientras la abeja fabrica,  
melifica,  
con jugo de campo y sol,  
yo voy echando verdades  
que nada son, vanidades  
al fondo de mi crisol.  
De la mar al percepto,  
del percepto al concepto,  
del concepto a la idea  
— ¡oh, la linda tarea!—,  
de la idea a la mar.

¡Y otra vez a empezar!

## **CXXXVII**

### **(MI BUFÓN)**

El demonio de mis sueños  
ríe con sus labios rojos,  
sus negros y vivos ojos,  
sus dientes finos, pequeños.  
Y jovial y picaresco  
se lanza a un baile grotesco,  
luciendo el cuerpo deforme  
y su enorme  
joroba. Es feo y barbudo,  
y chiquitín y panzudo.  
Yo no sé por qué razón,  
de mi tragedia, bufón,  
te ríes... Mas tú eres vivo  
por tu danzar sin motivo.



## ELOGIOS

### CXXXIX

#### (A DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS)

Como se fue el maestro,  
la luz de esta mañana  
me dijo: Van tres días  
que mi hermano Francisco no trabaja.  
¿Murió?... Sólo sabemos  
que se nos fue por una senda clara,  
diciéndonos: Hacedme  
un duelo de labores y esperanzas.  
Sed buenos y no más, sed lo que he sido  
entre vosotros: alma.  
Vivid, la vida sigue,  
los muertos mueren y las sombras pasan,  
lleva quien deja y vive el que ha vivido.  
¡Yunques, sonad: enmudeced, campanas!

Y hacia otra luz más pura  
partió el hermano de la luz del alba,  
del sol de los talleres,  
el viejo alegre de la vida santa.  
...¡Oh, sí, llevad, amigos,  
su cuerpo a la montaña,  
a los azules montes  
del ancho Guadarrama!  
Allí hay barrancos hondos  
de pinos verdes donde el viento canta.  
Su corazón repose  
bajo una encina casta,  
en tierra de tomillos, donde juegan  
mariposas doradas...  
Allí el maestro un día  
soñaba un nuevo florecer de España.

Baeza, 21 de febrero de 1915

### CXL

#### (AL JOVEN MEDITADOR JOSÉ ORTEGA Y GASSET)

A ti laurel y hiedra  
corónente, dilecto  
de Sofía, arquitecto.  
Cincel, martillo y piedra  
y masones te sirvan; las montañas  
de Guadarrama frío  
te brinden el azul de sus entrañas,

meditador de otro Escorial sombrío.  
Y que Felipe austero,  
al borde de su regia sepultura,  
asome a ver la nueva arquitectura,  
y bendiga la prole de Lutero.

## CXLI

### (A XAVIER VALCARCE)

"... En el intermedio de la primavera"

Valcarce, dulce amigo, si tuviera  
la voz que tuve antaño, cantaría  
el intermedio de tu primavera  
—porque aprendiz he sido de ruiñón un día—,  
y el rumor de tu huerto —entre las flores  
el agua oculta corre, pasa y suena  
por acequias, regatos y atanores—,  
y el inquieto bullir de tu colmena,  
y esa doliente juventud que tiene  
ardores de faunalias,  
y que pisando viene  
la huella a mis sandalias.

Mas hoy... ¿será porque el enigma grave  
me tentó en la desierta galería,  
y abrí con una diminuta llave  
el ventanal del fondo que da a la mar sombría?  
¿Será porque se ha ido  
quien asentó mis pasos en la tierra,  
y en este nuevo ejido  
sin rubia mies, la soledad me aterra?

No sé, Valcarce, mas cantar no puedo;  
se ha dormido la voz en mi garganta,  
y tiene el corazón un salmo quedo.  
Ya sólo reza el corazón, no canta.

Mas hoy, Valcarce, como un fraile viejo  
puedo hacer confesión, que es dar consejo.  
En este día claro, en que descansa  
tu carne de quimeras y amoríos  
—así en amplio silencio se remansa  
el agua bullidora de los ríos—,  
no guardes en tu cofre la galana  
veste dominical, el limpio traje,  
para llenar de lágrimas mañana  
la mustia seda y el marchito encaje,  
sino viste, Valcarce, dulce amigo,  
gala de fiesta para andar contigo.

Y cíñete la espada rutilante,  
y lleva tu armadura,  
el peto de diamante

debajo de la blanca vestidura.

¡Quién sabe! Acaso tu domingo sea  
la jornada guerrera y laboriosa,  
el día del Señor, que no reposa,  
el claro día que el Señor pelea.

## CXLII

### (MARIPOSA DE LA SIERRA)

A Juan Ramón Jiménez, por su libro *Platero y yo*

¿No eres tú, mariposa,  
el alma de estas sierras solitarias,  
de sus barrancos, hondos,  
y de sus cumbres agrias?  
Para que tú nacieras,  
con su varita mágica  
a las tormentas de la piedra, un día,  
mandó callar un hada,  
y encadenó los montes,  
para que tú volaras.  
Anaranjada y negra,  
morenita y dorada,  
mariposa montés, sobre el romero  
plegadas las alillas, o, voltarias,  
jugando con el sol, o sobre un rayo  
de sol crucificadas.  
¡Mariposa montés y campesina,  
mariposa serrana,  
nadie ha pintado tu color; tú vives  
tu color y tus alas  
en el aire, en el sol, sobre el romero,  
tan libre, tan salada!...  
Que Juan Ramón Jiménez  
pulse por ti su lira franciscana.

Sierra de Cazorla, 28 mayo 1915

## CXLIII

### (DESDE MI RINCÓN)

ELOGIOS

Al libro *Castilla*, del maestro "Azorín",  
con motivos del mismo.

Con este libro de melancolía  
toda Castilla a mi rincón me llega;  
Castilla la gentil y la bravía  
la parda y la manchega.  
¡Castilla, España de los largos ríos

que el mar no ha visto y corre hacia los mares;  
 Castilla de los páramos sombríos,  
 Castilla de los negros encinares!  
 Labriegos transmarinos y pastores  
 trashumantes —arados y merinos—,  
 labriegos con talante de señores,  
 pastores de color de los caminos.  
 Castilla de grisientos peñascales,  
 pelados serrijones,  
 barbechos y trigales,  
 malezas y cambrones.  
 Castilla azafranada y polvorienta,  
 sin montes, de arreboles purpurinos.  
 Castilla visionaria y soñolienta  
 de llanuras, viñedos y molinos.  
 Castilla —hidalgos de semblante enjuto,  
 rudos jaques y orondos bodegueros—,  
 Castilla —trajinantes y arrieros  
 de ojos inquietos, de mirar astuto—,  
 mendigos rezadores,  
 y frailes pordioseros,  
 boteros, tejedores,  
 arcadores, perailles, chicarreros,  
 lechuzos y rufianes,  
 fulleros y truhanes,  
 caciques y tahúres y logreros.  
 ¡Oh venta de los montes! — Fuencebada,  
 Fonfría, Oncala, Manzanal, Robledo—.  
 ¡Mesón de los caminos y posada  
 de Esquivias, Salas, Almazán, Olmedo!  
 La ciudad diminuta y la campana  
 de las monjas que tañe, cristalina...  
 ¡Oh, dueña doñeguil tan de mañana  
 y amor de Juan Ruiz a doña Endrina!  
 Las comadres —Gerarda y Celestina—.  
 Los amantes —Fernando y Dorotea—.  
 ¡Oh casa, oh huerto, oh sala silenciosa!  
 ¡Oh divino vasar en donde posa  
 sus dulces ojos verdes Melibea!  
 ¡Oh jardín de cipreses y rosales,  
 donde Calisto ensimismado piensa,  
 que tornan con las nubes inmortales  
 las mismas olas de la mar inmensa!  
 ¡Y este hoy que mira a ayer; y este mañana  
 que nacerá tan viejo!  
 ¡Y esta esperanza vana  
 de romper el encanto del espejo!  
 ¡Y esta agua amarga de la fuente ignota!  
 ¡Y este filtrar la gran hipocondría  
 de España siglo a siglo y gota a gota!  
 ¡Y esta alma de *Azorín*... y esta alma mía  
 que está viendo pasar, bajo la frente,  
 de una España la inmensa galería,  
 cual pasa del ahogado en la agonía  
 todo su ayer, vertiginosamente!  
 Basta, *Azorín*, yo creo  
 en el alma sutil de tu Castilla,

y en esa maravilla  
de tu hombre triste del balcón, que veo  
siempre añorar, la mano en la mejilla.  
¡Contra el gesto del persa, que azotaba  
la mar con su cadena;  
contra la flecha que el tahúr tiraba  
al cielo, creo en la palabra buena.  
Desde un pueblo que ayuna y se divierte,  
ora y eructa, desde un pueblo impío  
que juega al mus, de espaldas a la muerte,  
creo en la libertad y en la esperanza,  
y en una fe que nace  
cuando se busca a Dios y no se alcanza,  
y en el Dios que se lleva y que se hace.

#### ENVÍO

¡Oh tú, *Azorín*, que de la mar de Ulises  
viniste al ancho llano  
en donde el gran Quijote, el buen Quijano,  
soñó con Esplandianes y Amadisese;  
buen *Azorín*, por adopción manchego,  
que guardas tu alma ibera,  
tu corazón de fuego  
bajo el recio almidón de tu pechera  
—un poco libertario  
de cara a la doctrina,  
¡admirable *Azorín*, el reaccionario  
por asco de la greña jacobina!—;  
pero tranquilo, varonil —la espada  
ceñida a la cintura  
y con santo rencor acicalada—,  
sereno en el umbral de tu aventura!  
¡Oh, tú, *Azorín*, escucha: España quiere  
surgir, brotar, toda una España empieza!  
¿Y ha de helarse en la España que se muere?  
¿Ha de ahogarse en la España que bosteza?  
¡Para salvar la nueva epifanía  
hay que acudir, ya es hora,  
con el hacha y el fuego al nuevo día.  
Oye cantar los gallos de la aurora.

Baeza, 1915

#### CXLIV

##### (UNA ESPAÑA JOVEN)

... Fue un tiempo de mentira, de infamia. A España toda,  
la malherida España, de Carnaval vestida  
nos la pusieron, pobre y escuálida y beoda,  
para que no acertara la mano con la herida.

Fue ayer; éramos casi adolescentes; era  
con tiempo malo, encinta de lúgubres presagios,

cuando montar quisimos en pelo una quimera,  
mientras la mar dormía ahíta de naufragios.

Dejamos en el puerto la sórdida galera,  
y en una nave de oro nos plugo navegar  
hacia los altos mares, sin aguardar ribera,  
lanzando velas y anclas y gobernalle al mar.

Ya entonces, por el fondo de nuestro sueño —herencia  
de un siglo que vencido sin gloria se alejaba—  
una alba entrar quería; con nuestra turbulencia  
la luz de las divinas ideas batallaba.

Mas cada cual el rumbo siguió de su locura;  
agilitó su brazo, acreditó su brío;  
dejó como un espejo bruñida su armadura  
y dijo: "El hoy es malo, pero el mañana... es mío."

Y es hoy aquel mañana de ayer... Y España toda,  
con sucios oropeles de Carnaval vestida  
aun la tenemos: pobre y escuálida y beoda;  
mas hoy de un vino malo: la sangre de su herida.

Tú juventud más joven, si de más alta cumbre  
la voluntad te llega, irás a tu ventura  
despierta y transparente a la divina lumbre,  
como el diamante clara, como el diamante pura.

#### **CXLV (ESPAÑA EN PAZ)**

En mi rincón moruno, mientras repiquetea  
el agua de la siembra bendita en los cristales,  
yo pienso en la lejana Europa que pelea,  
el fiero Norte, envuelto en lluvias otoñales.

Donde combaten galos, ingleses y teutones,  
allá, en la vieja Flandes y en una tarde fría,  
sobre jinetes, carros, infantes y cañones  
pondrá la lluvia el velo de su melancolía.

Envolverá la niebla el rojo expolario  
—sordina gris al férreo claror del campamento—,  
las brumas de la mancha caerán como un sudario  
de la flamenca duna sobre el fangal sangriento.

Un César ha ordenado las tropas de Germania  
contra el francés avaro y el triste moscovita,  
y osó hostigar la rubia pantera de Britania.  
Medio planeta en armas contra el teutón milita.

¡Señor! La guerra es mala y bárbara; la guerra,  
odiada por las madres, las almas entigrece;  
mientras la guerra pasa, ¿quién sembrará la tierra?  
¿Quién segará la espiga que junio amarillece?

Albi3n acecha y caza las quillas en los mares;  
Germania arruina templos, moradas y talleres;  
la guerra pone un soplo de hielo en los hogares,  
y el hambre en los caminos, y el llanto en las mujeres.

Es b3rbara la guerra y torpe y regresiva;  
¿Por qu3 otra vez a Europa esta sangrienta racha  
que siega el alma y esta locura acometiva?  
¿Por qu3 otra vez el hombre de sangre se emborracha?

La guerra nos devuelve las podres y las pestes  
del Ultramar cristiano; el v3rtigo de horrores  
que trajo Atila a Europa con sus feroces huestes;  
las hordas mercenarias, los p3nicos rencores;  
la guerra nos devuelve los muertos milenarios  
de c3clopes, centauros, Heracles y T3seos;  
la guerra resucita los sueos cavernarios  
del hombre con peludos mammuthes giganteos.

¿Y bien? El mundo en guerra y en paz Espa3a sola.  
¡Salud, oh buen Quijano! Por si este gesto es tuyo,  
yo te saludo. ¡Salve! Salud, paz espa3ola,  
si no eres paz cobarde, sino desd3n y orgullo.

Si eres desd3n y orgullo, valor de ti, si bru3es  
en esa paz, valiente, la enmohecida espada,  
para tenerla limpia, sin tacha, cuando empu3es  
el arma de tu vieja panoplia arrinconada;  
si pules y acicalas tus hierros para, un d3a,  
vestir de luz, y erguida: *heme aqu3, pues, Espa3a,  
en alma y cuerpo, toda, para una guerra m3a,  
heme aqu3 pues, vestida para la propia haza3a,*  
decir, para que diga quien oiga: *es voz, no es eco,  
el buen manchego habla palabras de cordura;  
parece que el hidalgo amojamado y seco  
entr3 en raz3n, y tiene espada a la cintura;*  
entonces, paz de Espa3a, yo te saludo.

Si eres  
verg3enza humana de esos rencores cabezudos  
con que se matan miles de avaros mercaderes,  
sobre la madre tierra que los pari3 desnudos;  
si sabes como Europa entera se anegaba  
en una paz sin alma, en un af3n sin vida,  
y que una calentura cruel la aniquilaba,  
que es hoy la fiebre de esta pelea fratricida;  
si sabes que esos pueblos arrojan sus riquezas  
al mar y al fuego —todos— para sentirse hermanos  
un d3a ante el divino altar de la pobreza,  
gabachos y tudescos, latinos y britanos,  
entonces, paz de Espa3a, tambi3n yo te saludo,  
y a ti, la Espa3a fuerte, s3, en esta paz bendita,  
en tu desdeo esculpes como sobre un escudo,  
dos ojos que avizoran y un ceo que medita.

Baeza, 10 de noviembre de 1914

## CXLVI

"Flor de santidad". — Novela milenaria,  
por D. Ramón del Valle-Inclán.

Esta leyenda en sabio romance campesino,  
ni arcaico ni moderno, por Valle-Inclán escrita,  
revela en los halagos de un viento vespertino,  
la santa flor de alma que nunca se marchita.

Es la leyenda campo y campo. Un peregrino  
que vuelve solitario de la sagrada tierra  
donde Jesús morara, camina sin camino,  
entre los agrios montes de la galaica sierra.

Hilando, silenciosa, la rueca a la cintura,  
Adega, en cuyos ojos la llama azul fulgura  
de la piedad humilde, en el romero ha visto

al declinar la tarde, la pálida figura,  
la frente gloriosa de luz y la amargura  
de amor que tuvo un día el SALVADOR DOM. CRISTO.

## CXLVII

### (AL MAESTRO RUBÉN DARÍO)

Este noble poeta, que ha escuchado  
los ecos de la tarde y los violines  
del otoño en Verlaine, y que ha cortado  
las rosas de Ronsard en los jardines  
de Francia, hoy, peregrino  
de un Ultramar de Sol, nos trae el oro  
de su verbo divino.  
¡Salterios del loor vibran en coro!  
La nave bien guarnida,  
con fuerte casco y acerada proa,  
de viento y luz la blanca vela henchida  
surca, pronta a arribar, la mar sonora.  
Y yo le grito: ¡Salve! a la bandera  
flamígera que tiene  
esta hermosa galera  
que de una nueva España a España viene.

## CXLVIII

### (A LA MUERTE DE RUBÉN DARÍO)

Si era toda en su verso la armonía del mundo,  
¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?  
Jardinero de Hesperia, ruiñeñor de los mares,  
corazón asombrado de la música astral,  
¿te ha llevado Dionysos de su mano al infierno  
y con las nuevas rosas triunfantes volverás?



¿Te han herido buscando la soñada Florida,  
la fuente de la eterna juventud, capitán?  
Que en esta lengua madre la clara historia quede;  
corazones de todas las Españas, llorad.  
Rubén Darío ha muerto en sus tierras de Oro,  
esta nueva nos vino atravesando el mar.  
Pongamos, españoles, en un severo mármol,  
su nombre, flauta y lira, y una inscripción no más:  
Nadie esta lira pulse, si no es el mismo Apolo,  
nadie esta flauta suene, si no es el mismo Pan.

1916

## CXLIX

### (A NARCISO ALONSO CORTÉS, POETA DE CASTILLA)

"Jam senior, sed creada deo viridisque senectu.  
VIRGILIO (Eneida)

Tus versos me han llegado a este rincón manchego,  
regio presente en arcas de rica taracea,  
que guardan, entre ramos de castellano espliego,  
narciso de Citeres y lirios de Judea,

En tu árbol viejo anida un canto adolescente,  
del ruiseñor de antaño la dulce melodía.  
Poeta, que declaras arrugas en tu frente,  
tu musa es la más noble: se llama Todavía.

Al corazón del hombre con red sutil envuelve  
el tiempo, como niebla de río una arboleda,  
¡No mires: todo pasa; olvida: nada vuelve!  
Y el corazón del hombre se angustia... ¡Nada queda!

El tiempo rompe el hierro y gasta los marfiles.  
Con limas y barrenas, buriles y tenazas,  
el tiempo lanza obreros a trabajar febriles,  
enanos con punzones y cíclopes con mazas.

El tiempo lame y roe y pule y mancha y muerde;  
socava el alto muro, la piedra agujerea;  
apaga la mejilla y abrasa la hoja verde:  
sobre las frentes cava los surcos de la idea.

Pero el poeta afronta el tiempo inexorable,  
como David al fiero gigante filisteo;  
de su armadura busca la pieza vulnerable,  
y quiere obrar la hazaña a que no osó Teseo.

Vencer al tiempo quiere. ¡Al tiempo! ¿Hay un seguro  
donde afincar la lucha? ¿Quién lanzará el venablo  
que cace esa alimaña? ¿Se sabe de un conjuro  
que ahuyente ese enemigo, como la cruz al diablo?

El alma. El alma vence — ¡la pobre cenicienta,

que en este siglo vano, cruel, empedernido,  
por esos mundos vaga escuálida y hambrienta!—  
el ángel de la muerte y al agua del olvido.

Su fortaleza opone al tiempo, como el puente  
al ímpetu del río sus pétreos tajamares;  
bajo ella el tiempo lleva bramando su torrente,  
sus aguas cenagosas huyendo hacia los mares.

Poeta, el alma sólo es ancla en la ribera,  
dardo cruel y doble escudo adamantino;  
y en el diciembre helado, rosal de primavera;  
y sol del caminante y sombra del camino.

Poeta, que declaras arrugas en tu frente,  
tu noble verso sea más joven cada día;  
que en tu árbol viejo suene el canto adolescente,  
del ruiseñor eterno la dulce melodía.

Venta de Cárdenas, 24 de octubre.

**CL**

#### **(MIS POETAS)**

El primero es Gonzalo de Berceo llamado,  
Gonzalo de Berceo, poeta y peregrino,  
que yendo en romería acaeció en un prado,  
y a quien los sabios pintan copiando un pergamino.

Trovó a Santo Domingo, trovó a Santa María,  
y a San Millán, y a San Lorenzo y Santa Oría,  
y dijo: Mi dictado non es de juglaría:  
escrito lo tenemos; es verdadera historia.

Su verso es dulce y grave; monótonas hileras  
de chopos invernales en donde nada brilla;  
renglones como surcos en pardas sementeras,  
y lejos, las montañas azules de Castilla.

El nos cuenta el repaire del romero cansado;  
leyendo en santorales y libros de oración,  
copiando historias viejas, nos dice su dictado,  
mientras le sale afuera la luz del corazón.

**CLI**

#### **(A DON MIGUEL DE UNAMUNO)**

Por su libro *Vida de Don Quijote y Sancho*

Este donquijotesco  
don Miguel de Unamuno, fuerte vasco,  
lleva el arnés grotesco

y el irrisorio casco  
del buen manchego. Don Miguel camina,  
jinete de quimérica montura,  
metiendo espuela de oro a su locura,  
sin miedo de la lengua que malsina.

A un pueblo de arrieros,  
lechuzos y tahúres y logreros  
dicta lecciones de Caballería.

Y el alma desalmada de su raza,  
que bajo el golpe de su férrea maza  
aun duerme, puede que despierte un día.

Quiere enseñar el ceño de la duda,  
antes de que cabalgue, al caballero;  
cual nuevo Hamlet, a mirar desnuda  
cerca del corazón la hoja de acero.

Tiene el aliento de una estirpe fuerte  
que sonó más allá de sus hogares,  
y que el oro buscó tras de los mares.  
El señala la gloria tras la muerte.  
Quiere ser fundador, y dice: Creo;  
Dios y adelante el ánima española...  
Y es tan bueno y mejor que fue Loyola:  
sabe a Jesús y escupe al fariseo.

## CLII

### (A JUAN RAMÓN JIMÉNEZ)

Por su libro *Arias tristes*

Era una noche del mes  
de mayo, azul y serena.  
Sobre el agudo ciprés  
brillaba la luna llena,

iluminando la fuente  
en donde el agua surtía  
sollozando intermitente.  
Sólo la fuente se oía.

Después, se escuchó el acento  
de un oculto ruiñeñor.  
Quebró una racha de viento  
la curva del surtidor.

Y una dulce melodía  
vagó por todo el jardín:  
entre los mirtos tañía  
un músico su violín.

Era un acorde lamento

de juventud y de amor  
para la luna y el viento,  
el agua y el ruiseñor.

"El jardín tiene una fuente  
y la fuente una quimera..."  
Cantaba una voz doliente,  
alma de la primavera.

Calló la voz y el violín  
apagó su melodía.  
Quedó la melancolía  
vagando por el jardín.  
Sólo la fuente se oía.

## NUEVAS CANCIONES (1917-1930)

### CLIII

#### (OLIVO DEL CAMINO)

A la memoria de D. Cristóbal Torro

I

Parejo de la encina castellana  
crecida sobre el páramo, seño  
en los campos de Córdoba la llana  
que dieron su caballo al Romancero,  
lejos de tus hermanos  
que vela el ceño campesino —enjutos  
pobladores de lomas y altozanos,  
horros de sombra, grávidos de frutos—,  
sin caricia de mano labradora  
que limpie tu ramaje, y por olvido,  
viejo olivo, del hacha leñadora,  
¡cuán bello estás junto a la fuente erguido,  
bajo este azul cobalto  
como un árbol silvestre, espeso y alto!

II

Hoy, a tu sombra, quiero  
ver estos campos de mi Andalucía,  
como a la vera ayer del Alto Duero  
la hermosa tierra de encinar veía.  
Olivo solitario,  
lejos del olivar, junto a la fuente,  
olivo hospitalario  
que das tu sombra a un hombre pensativo  
y a un agua transparente,  
al borde del camino que blanquea,  
guarde tus verdes ramas, viejo olivo,  
la diosa de ojos glaucos, Atenea.

III

Busque tu rama verde el suplicante  
para el templo de un dios, árbol sombrío;  
Demeter jadeante  
pose a tu sombra, bajo el sol de estío.

Que florezca el día  
en que la diosa huyó del ancho Urano,  
cruzó la espalda de la mar bravía,  
llegó a la tierra en que madura el grano,  
y en su querida Eleusis, fatigada,  
sentóse a reposar junto al camino,

ceñido el peplo, yerta la mirada,  
lleno de angustia el corazón divino...  
Bajo tus ramas, viejo olivo, quiero  
un día recordar del sol de Homero.

#### IV

Al palacio de un rey llegó la dea,  
sólo divina en el mirar sereno,  
ocultando su forma gigantea  
de joven talle y de redondo seno,  
trocado el manto azul por burda lana,  
como sierva propicia a la tarea  
de humilde oficio con que el pan se gana.

De Keleos la esposa venerable,  
que daba al hijo en su vejez nacido,  
a Demofón, un pecho miserable,  
la reina de los bucles de ceniza,  
del niño bien amado  
a Demeter tomó para nodriza.

Y el niño floreció como criado  
en brazos de una diosa,  
o en las selvas feraces  
—así el bastardo de Afrodita hermosa—  
al seno de las ninfas montaraces.

#### V

Mas siempre el ceño maternal espía,  
y una noche, celando a la extranjera,  
vio la reina una llama. En roja hoguera  
a Demofón, el príncipe lozano.  
Demeter impasible resolvía,  
y al cuello, al torso, al vientre, con su mano  
una sierpe de fuego le ceñía.  
Del regio lecho, en la aromada alcoba,  
saltó la madre; al corredor sombrío  
salió gritando, aullando, como loba  
herida en las entrañas: ¡hijo mío!

#### VI

Demeter la miró con faz severa.  
—Tal es, raza mortal, tu cobardía.  
Mi llama el fuego de los dioses era.  
Y al niño, que en sus brazos sonreía:  
Yo soy Demeter que los frutos grana,  
¡oh príncipe nutrido por mi aliento,  
y en mis brazos más rojo que manzana  
maduraba el otoño al sol y al viento!...  
Vuelve al halda materna, y tu nodriza  
no olvides, Demofón, que fue una diosa;  
ella trocó en maciza  
tu floja carne y la tiñó de rosa,  
y te dio el ancho torso, el brazo fuerte,  
y más te quiso dar y más te diera:

con la llama que libra de la muerte,  
la eterna juventud por compañera.

VII

La madre de la bella Proserpina  
trocó en moreno grano,  
para el sabroso pan de blanca harina,  
aguas de abril y soles del verano.

Trigales y trigales ha corrido  
la rubia diosa de la hoz dorada,  
y del campo a las eras del ejido,  
con sus montes de mies agavillada,  
llegaron los huesudos bueyes rojos,  
la testa dolorida al yugo atada,  
y con la tarde ubérrima en los ojos.

De segados trigales y alcaceles  
hizo el fuego sequizos rastrojales;  
en el huerto rezuma el higo mieles,  
cuelga la oronda pera en los perales,  
hay en las vides rubios moscateles,  
y racimos de rosa en los parrales  
que festonan la blanca almacería  
de los huertos. Ya irá de glauca a bruna,  
por llano, loma, alcor y serranía,  
de los verdes olivos la aceituna...

Tu fruto, ¡oh polvoriento del camino  
árbol ahíto de la estiva llama!,  
no estrujarán las piedras del molino,  
aguardará la fiesta, en la alta rama,  
del alegre zorzal, o el estornino  
lo llevará en su pico, alborozado.

Que en tu ramaje luzca, árbol sagrado,  
bajo la luna llena,  
el ojo encandilado  
del búho insomne de la sabia Atena.

Y que la diosa de la hoz bruñida  
y de la adusta frente  
materna sed y angustia de uranida  
traiga a tu sombra, olivo de la fuente.

Y con tus ramas la divina hoguera  
encienda en un hogar del campo mío,  
por donde tuerce perezoso un río  
que toda la campiña hace ribera  
antes que un pueblo, hacia la mar, navío.

## CLIV

### (APUNTES)

I

Desde mi ventana,  
¡campo de Baeza,  
a la luna clara!

¡Montes de Cazorla,  
Aznaitín y Mágina!

¡De luna y de piedra  
también los cachorros  
de Sierra Morena!

II

Sobre el olivar,  
se vió a la lechuza  
volar y volar.

Campo, campo, campo.  
Entre los olivos,  
los cortijos blancos.

Y la encina negra,  
a medio camino  
de Úbeda a Baeza.

III

Por un ventanal,  
entró la lechuza  
en la catedral.  
San Cristobalón  
la quiso espantar,  
al ver que bebía  
del velón de aceite  
de Santa María.

La Virgen habló:  
Déjala que beba,  
San Cristobalón.

IV

Sobre el olivar,  
se vio a la lechuza  
volar y volar.

A Santa María  
un ramito verde  
volando traía.

¡Campo de Baeza  
soñaré contigo



cuando no te vea!

V

Dondequiera vaya,  
José de Mairena  
lleva su guitarra.

Su guitarra lleva,  
cuando va a caballo,  
a la bandolera.

Y lleva al caballo  
con la rienda corta,  
la cerviz en alto:

VI

¡Pardos borriquillos  
de ramón cargados,  
entre los olivos!

VII

¡Tus sendas de cabras  
y tus madroñeras,  
Córdoba serrana!

VIII

¡La del Romancero,  
Córdoba la llana!...  
Guadalquivir hace vega,  
el campo relincha y brama.

IX

Los olivos grises,  
los caminos blancos.  
El sol ha sorbido  
la calor del campo;  
y hasta tu recuerdo  
me lo va secando  
esta alma de polvo  
de los días malos.

**CLV**

**(HACIA TIERRA BAJA)**

I

Rejas de hierro; rosas de grana.  
¿A quién esperas,  
con esos ojos y esas ojeras  
enjauladita como las fieras,  
tras de los hierros de tu ventana?

Entre las rejas y los rosales,  
¿sueñas amores  
de bandoleros galanteadores,  
fieros amores entre puñales?

Rondar tu calle nunca verás  
ese que esperas; porque se fue  
toda la España de Mérimée.

Por esta calle —tú elegirás—  
pasa un notario  
que va al tresillo del boticario,  
y un usurero, a su rosario.

También yo paso, viejo y tristón.  
Dentro del pecho llevo un león.

II

Aunque me ves por la calle,  
también yo tengo mis rejas,  
mis rejas y mis rosales.

III

Un mesón de mi camino.  
Con un gesto de vestal,  
tú sirves el rojo vino  
de una orgía de arrabal.

Los borrachos  
de los ojos vivarachos  
y la lengua fanfarrona  
te requiebran, ¡oh varona!

Y otros borrachos suspiran  
por tus ojos de diamante,  
tus ojos que a nadie miran.

A la altura de tus senos,  
la batea rebosante  
llega en tus brazos morenos.

¡Oh mujer,  
dame también de beber!

IV

Una noche de verano.  
El tren hacia el puerto va,  
devorando aire marino.  
Aun no se ve la mar.

\*

Cuando lleguemos al puerto,  
niña, verás  
un abanico de nácar

que brilla sobre la mar.

\*

A una japonesa  
le dijo Sokán:  
con la blanca luna  
te abanicarás,  
con la blanca luna,  
a orillas del mar.

v

Una noche de verano,  
en la playa de Sanlúcar,  
oí una voz que cantaba:  
Antes que salga la luna.

Antes que salga la luna,  
a la vera de la mar,  
dos palabritas a solas  
contigo tengo de hablar.

¡Playa de Sanlúcar,  
noche de verano.  
copla solitaria  
junto al mar amargo!

¡A la orillita del agua,  
por donde nadie nos vea,  
antes que la luna salga!

## CLVI

### (GALERÍAS)

I

En el azul la banda  
de unos pájaros negros  
que chillan, aletean y se posan  
en el álamo yerto.  
...En el desnudo álamo,  
las graves chovas quietas y en silencio,  
cual negras, frías notas  
escritas en la pauta de febrero.

II

El monte azul, el río, las erectas  
varas cobrizas de los finos álamos,  
y el blanco del almendro en la colina,  
¡oh nieve en flor y mariposa en árbol!  
Con el aroma del habar, el viento  
corre en la alegre soledad del campo.

III

Una centella blanca  
 en la nube de plomo culebrea.  
 ¡Los asombrados ojos  
 del niño, y juntas cejas  
 —está el salón obscuro— de la madre!..  
 ¡Oh cerrado balcón de la tormenta!  
 El viento aborascado y el granizo  
 en el limpio cristal repiquetea.

IV

El iris y el balcón.  
     Las siete cuerdas  
 de la lira del sol vibran en sueños.  
 Un tímpano infantil da siete golpes  
 —agua y cristal—.  
     Acacias con jilgueros.  
 Cigüeñas en las torres.

En la plaza,  
 lavó la lluvia el mirto polvoriento.  
 En el amplio rectángulo ¿quién puso  
 ese grupo de vírgenes risueño,  
 y arriba, ¡hosanna!, entre la rota nube,  
 la palma de oro y el azul sereno?

V

Entre montes de almagre y peñas grises  
 el tren devora su rail de acero.  
 La hilera de brillantes ventanillas  
 lleva un doble perfil de camafeo,  
 tras el cristal de plata, repetido...  
 ¿Quién ha punzado el corazón del tiempo?

VI

¿Quién puso, entre las rocas de ceniza,  
 para la miel del sueño,  
 esas retamas de oro  
 y esas azules flores del romero?  
 La sierra de violeta  
 y, en el poniente, el azafrán del cielo,  
 ¿quién ha pintado? ¡El abejar, la ermita,  
 el tajo sobre el río, el sempiterno  
 rodar del agua entre las hondas peñas,  
 y el rubio verde de los campos nuevos,  
 y todo, hasta la tierra blanca y rosa  
 al pie de los almendros!

VII

En el silencio sigue  
 la lira pitagórica vibrando,  
 el iris en la luz, la luz que llena  
 mi estereoscopio vano.

Han cegado mis ojos las cenizas  
del fuego heraclitano.  
El mundo es, un momento,  
transparente, vacío, ciego, alado.

## **CLVII**

### **(LA LUNA, LA SOMBRA Y EL BOTÓN)**

I

Fuera, la luna platea  
cúpulas, torres, tejados;  
dentro, mi sombra pasea  
por los muros encalados.  
Con esta luna, parece  
que hasta la sombra envejece.

Ahorremos la serenata  
de una cenestesia ingrata,  
y una vejez intranquila,  
y una luna de hojalata.  
Cierra tu balcón, Lucila.

II

Se pinta panza y joroba  
en la pared de mi alcoba.  
Canta el bufón:  
                                  ¡Qué bien van,  
en un rostro de cartón,  
unas barbas de azafrán!  
Lucila, cierra el balcón.

## **CLVIII**

### **(CANCIONES DE TIERRAS ALTAS)**

Por la sierra blanca...  
La nieve menuda  
y el viento de cara.

Por entre los pinos...  
con la blanca nieve  
se borra el camino.

Recio viento sopla  
de Urbión a Moncayo.  
¡Páramos de Soria!

II

Ya habrá cigüeñas al sol,  
mirando la tarde roja,

entre Moncayo y Urbión.

III

Se abrió la puerta que tiene  
gonces en mi corazón,  
y otra vez la galería  
de mi historia apareció.

Otra vez la plazoleta  
de las acacias en flor,  
y otra vez la fuente clara  
cuenta un romance de amor.

IV

En la parda encina  
y el yermo de piedra.  
Cuando el sol tramonta,  
el río despierta.

¡Oh montes lejanos  
de malva y violeta!  
En el aire en sombra  
sólo el río suena.

¡Luna amoratada  
de una tarde vieja,  
en un campo frío,  
más luna que tierra!

V

Soria de montes azules  
y de yermos de violeta,  
¡cuántas veces te he soñado  
en esta florida vega  
por donde se va,  
entre naranjos de oro,  
Guadalquivir a la mar!

VI

¡Cuántas veces me borraste,  
tierra de ceniza,  
estos limonares verdes  
con sombras de tus encinas!

¡Oh campos de Dios,  
entre Urbión el de Castilla  
y Moncayo el de Aragón!

VII

En Córdoba, la serrana,  
en Sevilla, marinera  
y labradora, que tiene  
hinchada, hacia el mar, la vela;

y en el ancho llano  
por donde la arena sorbe  
la baba del mar amargo,  
hacia la fuente del Duero  
mi corazón, ¡Soria pura!  
se tornaba... ¡Oh, fronteriza  
entre la tierra y la luna!

¡Alta paramera  
donde corre el Duero niño,  
tierra donde está su tierra!

VIII

El río despierta.  
En el aire obscuro,  
sólo el río suena.

¡Oh canción amarga  
del agua en la piedra!  
...Hacia el alto Espino,  
bajo las estrellas.

Sólo suena el río  
al fondo del valle,  
bajo el alto Espino.

IX

En medio del campo,  
tiene la ventana abierta  
la ermita sin ermitaño.

Un tejadillo verdoso.  
Cuatro muros blancos.

Lejos relumbra la piedra  
del áspero Guadarrama.  
Agua que brilla y no suena.

En el aire claro,  
¡los alamillos del soto,  
sin hojas, liras de marzo!

X  
(IRIS DE LA NOCHE)

A D. Ramón del Valle-Inclán

Hacia Madrid, una noche,  
va el tren por el Guadarrama.  
En el cielo, el arco iris  
que hacen la luna y el agua.  
¡Oh luna de abril, serena,  
que empuja las nubes blancas!

La madre lleva a su niño,  
dormido, sobre la falda.

Duerme el niño y, todavía,  
ve el campo verde que pasa,  
y arbolillos soleados,  
y mariposas doradas.

La madre, ceño sombrío  
entre un ayer y un mañana,  
ve unas ascuas mortecinas  
y una hornilla con arañas.

Hay un trágico viajero,  
que debe ver cosas raras,  
y habla solo y, cuando mira,  
nos borra con la mirada.

Yo pienso en campos de nieve  
y en pinos de otras montañas.

Y tú, Señor, por quien todos  
vemos y que ves las almas,  
dinos si todos, un día,  
hemos de verte la cara.

## **CLIX**

### **(CANCIONES)**

I

Junto a la sierra florida,  
bulle el ancho mar.  
El panal de mis abejas  
tiene granitos de sal.

II

Junto al agua negra.  
Olor de mar y jazmines.  
Noche malagueña.

III

La primavera ha venido.  
Nadie sabe como ha sido.

IV

La primavera ha venido.  
¡Aleluyas blancas  
de los zarzales floridos!

V

¡Luna llena, luna llena,  
tan oronda, tan redonda  
en esta noche serena



de marzo, panal de luz  
que labran blancas abejas!

VI

Noche castellana;  
la canción se dice,  
o, mejor, se calla.  
Cuando duerman todos,  
saldré a la ventana.

VII

Canta, canta en claro rimo,  
el almendro en verde rama  
y el doble sauce del río.

Canta de la parda encina  
la rama que el hacha corta,  
y la flor que nadie mira.

De los perales del huerto  
la blanca flor, la rosada  
flor del melocotonero.

Y este olor  
que arranca el viento mojado  
a los habares en flor.

VIII

La fuente y las cuatro  
acacias en flor  
de la plazoleta.  
Ya no quema el sol.  
¡Tardecita alegre!  
Canta, ruiseñor.  
Es la misma hora  
de mi corazón.

IX

¡Blanca hospedería,  
celda de viajero,  
con la sombra mía!

X

El acuerdo romano  
—canta una voz de mi tierra—  
y el querer que nos tenemos,  
chiquilla, ¡vaya firmeza!

XI

A las palabras de amor  
les sienta bien su poquito  
de exageración.

XII

En Santo Domingo  
la misa mayor.  
Aunque me decían  
hereje y masón,  
rezando contigo,  
¡cuánta devoción!

XIII

Hay fiesta en el prado verde  
—pífano y tambor—.  
Con su cayado florido  
y abarcas de oro vino un pastor.

Del monte bajé,  
sólo por bailar con ella;  
al monte me tornaré.

En los árboles del huerto  
hay un ruiñón;  
canta de noche y de día,  
canta a la luna y al sol.

Ronca de cantar;  
al huerto vendrá la niña  
y una rosa cortará.

Entre las negras encinas,  
hay una fuente de piedra,  
y un cantarillo de barro  
que nunca se llena.

Por el encinar,  
con la blanca luna,  
ella volverá.

XIV

Contigo en Valosadero,  
fiesta de San Juan,  
mañana en la Pampa,  
del otro lado del mar.  
Guárdame la fe,  
que yo volveré.

Mañana seré pampero,  
y se me irá el corazón  
a orillas del Alto Duero.

XV

Mientras danzáis en corro,  
niñas, cantad:  
Ya están los prados verdes,  
ya vino abril galán.

A la orilla del río,  
por el negro encinar,  
sus abarcas de plata  
hemos visto brillar.  
Ya están los prados verdes,  
ya vino abril galán.

## CLX

### (CANCIONES DEL ALTO DUERO)

Canción de mozas

I

Molinero es mi amante,  
tiene un molino  
bajo los pinos verdes,  
cerca del río.  
Niñas, cantad:  
"Por la orilla del Duero  
yo quisiera pasar."

II

Por las orillas de Soria  
va mi pastor.  
¡Si yo fuera una encina  
sobre un alcor!  
Para la siesta,  
si yo fuera una encina  
sombra le diera.

III

Colmenero es mi amante  
y, en su abejar,  
abejicas de oro  
vienen y van.  
De tu colmena,  
colmenero del alma,  
yo colmenera.

IV

En las tierras de Soria,  
azul y nieve.  
Leñador es mi amante  
de pinos verdes.

¡Quién fuera el águila  
para ver a mi dueño  
cortando ramas!

v

Hortelano es mi amante  
tiene su huerto,  
en la tierra de Soria,  
cerca del Duero.  
¡Linda hortelana!  
Llevaré saya verde,  
monjil de grana.

vi

A la orilla del Duero,  
lindas peonzas,  
bailad, coloraditas  
como amapolas.

¡Ay, garabí!...  
Bailad, suene la flauta  
y el tamboril.

## CLXI

### (PROVERBIOS Y CANTARES)

A José Ortega y Gasset

I

El ojo que ves no es  
ojo porque tú lo veas;  
es ojo porque te ve.

II

Para dialogar,  
preguntad, primero;  
después... escuchad.

III

Todo narcisismo  
es un vicio feo,  
y ya viejo vicio.

IV

Mas busca en tu espejo al otro,  
al otro que va contigo.

v

Entre el vivir y el soñar  
hay una tercera cosa.  
Adivínala.

VI

Ese tu Narciso  
ya no se ve en el espejo  
porque es el espejo mismo.

VII

¿Siglo nuevo? ¿Todavía  
llamea la misma fragua?  
¿Corre todavía el agua  
por el cauce que tenía?

VIII

Hoy es siempre todavía.

IX

Sol en Aries. Mi ventana  
está abierta al aire frío.  
—¡Oh rumor de agua lejana!-  
La tarde despierta al río.

X

En el viejo caserío  
—¡oh anchas torres con cigüeñas!-  
enmudece el son gregario,  
y en el campo solitario  
suena el agua entre las peñas.

XI

Como otra vez, mi atención  
está del agua cautiva;  
pero del agua en la viva  
roca de mi corazón.

XII

¿Sabes, cuando el agua suena,  
si es agua de cumbre o valle,  
de plaza, jardín o huerta?

XIV

Encuentro lo que no busco:  
las hojas del toronjil  
huelen a limón maduro.

XIV

Nunca traces tu frontera,  
ni cuides de tu perfil;  
todo es cosa de fuera.

xv

Busca a tu complementario,  
que marcha siempre contigo,  
y suele ser tu contrario.

xvi

Si vino la primavera  
volad a las flores;  
no chupéis cera.

xvii

En mi soledad  
he visto cosas muy claras,  
que no son verdad.

xviii

Buena es el agua y la sed;  
buena es la sombra y el sol;  
la miel de flor de romero,  
la miel de campo sin flor.

xix

A la vera del camino  
hay una fuente de piedra,  
y un cantarillo de barro  
—glu-glu— que nadie se lleva.

xx

Adivina adivinanza,  
qué quieren decir la fuente,  
el cantarico y el agua.

xxi

...Pero yo he visto beber  
hasta en los charcos del suelo.  
Caprichos tiene la sed...

xxii

Sólo quede un símbolo:  
*quod elixum est ne asato.*  
No aséis lo que está cocido.

xxiii

Canta, canta, canta,  
junto a su tomate,  
el grillo en su jaula.

xxiv

Despacito y buena letra:

el hacer las cosas bien  
importa más que el hacerlas.

xxv

Sin embargo...  
¡Ah!, sin embargo,  
importa avivar los remos,  
dijo el caracol al galgo.

xxvi

¡Ya hay hombres activos!  
Soñaba la charca  
con sus mosquitos.

xxvii

¡Oh calavera vacía!  
¡Y pensar que todo era  
dentro de ti, calavera!,  
otro Pandolfo decía.

xxviii

Cantores, dejad  
palmas y jaleo  
para los demás.

xxix

Despertad, cantores:  
acaben los ecos,  
empiecen las voces.

xxx

Mas no busquéis disonancias;  
porque, al fin, nada disuena,  
siempre al son que tocan, bailan.

xxxi

Luchador superfluo  
ayer lo más noble,  
mañana lo más plebeyo.

xxxii

Camorrista, boxeador,  
zúrratelas con el viento.

xxxiii

—Sin embargo...  
¡Oh!, sin embargo,  
queda un fetiche que aguarda  
ofrenda de puñetazos.

XXXIV

*O rinnovarsi o perire...*  
No me suena bien  
*Navigare é necessario...*  
Mejor: ¡vivir para ver!

XXXV

Ya maduró un nuevo cero,  
que tendrá su devoción:  
un ente de acción tan huero  
como un ente de razón.

XXXVI

No es el yo fundamental  
eso que busca el poeta,  
sino el tú esencial.

XXXVII

Viejo como el mundo es  
—dijo un doctor—, olvidado,  
por sabido y enterrado  
cual la momia de Ramsés.

XXXVIII

Mas el doctor no sabía  
Que hoy es siempre todavía.

XXXIX

Busca en tu prójimo espejo;  
pero no para afeitarte,  
ni para teñirte el pelo.

XL

Los ojos por que suspiras,  
sábelo bien,  
los ojos en que te miras  
son ojos porque te ven.

XLI

—Ya se oyen palabras viejas.  
—Pues aguzad las orejas.

XLII

Enseña el Cristo: a tu prójimo  
amarás como a ti mismo,  
mas nunca olvides que es otro.

XLIII

Dijo otra verdad:



busca el tú que nunca es tuyo  
ni puede serlo jamás.

XLIV

No desdeñéis la palabra;  
el mundo es ruidoso y mudo,  
poetas, sólo Dios habla.

XLV

¿Todo para los demás?  
Mancebo, llena tu jarro,  
que ya te lo beberán.

XLVI

Se miente más de la cuenta  
por falta de fantasía:  
también la verdad se inventa.

XLVII

Autores, la escena acaba  
con un dogma de teatro:  
En el principio era la máscara.

XLVIII

Será el peor de los malos  
bribón que olvide  
su vocación de diablo.

XLIX

¿Dijiste media verdad?  
Dirán que mientes dos veces  
si dices la otra mitad.

L

Con el tú de mi canción  
no te aludo, compañero;  
ese tú soy yo.

LI

Demos tiempo al tiempo:  
para que el vaso rebose  
hay que llenarlo primero.

LII

Hora de mi corazón:  
la hora de una esperanza  
y una desesperación.

LIII

Tras el vivir y el soñar,  
está lo que más importa:  
despertar.

LIV

Le tiembla al cantar la voz.  
Ya no le silban sus coplas;  
que silba su corazón.

LV

Ya hubo quien pensó:  
*cogito ergo non sum*,  
¡Qué exageración!

LVI

Conversación de gitanos:  
—¿Cómo vamos, compadrito?  
—Dando vueltas al atajo.

LVII

Algunos desesperados  
sólo se curan con soga;  
otros con siete palabras:  
la fe se ha puesto de moda.

LVIII

Creí mi hogar apagado,  
y revolví la ceniza...  
Me quemé la mano.

LIX

¡Reventó de risa!  
¡Un hombre tan serio!  
...Nadie lo diría.

LX

Que se divida el trabajo:  
los malos unten la flecha;  
los buenos tiendan el arco.

LXI

Como don San Tob,  
se tiñe las canas,  
y con más razón.

LXII

Por dar al viento trabajo,  
cosía con hilo doble

las hojas secas del árbol.

LXIII

Sentía los cuatro vientos,  
en la encrucijada  
de su pensamiento.

LXIV

¿Conoces los invisibles  
hiladores de los sueños?  
Son dos: la verde esperanza  
y el torvo miedo.

Apuesta tienen de quien  
hile más y más ligero,  
ella, su copo dorado;  
él, su copo negro.

Con el hilo que nos dan  
tejemos, cuando tejemos.

LXV

Siembra la malva:  
pero no la comas,  
dijo Pitágoras.

Responde al hachazo  
—ha dicho el Buda ¡y el Cristo!—  
con tu aroma, como el sándalo.

Bueno es recordar  
las palabras viejas  
que han de volver a sonar.

LXVI

Poned atención:  
un corazón solitario  
no es un corazón.

LXVII

Abejas, cantores,  
no a la miel, sino a las flores.

LXVIII

Todo necio  
confunde valor y precio.

LXIX

Lo ha visto pasar en sueños..  
Buen cazador de sí mismo,  
siempre en acecho.

LXX

Cazó a su hombre malo,  
el de los días azules,  
siempre cabizbajo.

LXXI

Da doble luz a tu verso,  
para leído de frente  
y al sesgo.

LXXII

Mas no te importe si rueda  
y pasa de mano en mano:  
del oro se hace moneda.

LXXIII

De un "Arte de Bien Comer"  
primera lección:  
No has de coger la cuchara  
con el tenedor.

LXXIV

Señor de San Jerónimo,  
suelte usted la piedra  
con que se machaca.  
Me pegó con ella.

LXXV

Conversación de gitanos:  
—Para rodear,  
toma la calle de en medio;  
nunca llegarás.

LXXVI

El tono lo da la lengua,  
ni más alto ni más bajo;  
sólo acompáñate de ella.

LXXVII

¡Tartarín en Koenigsberg!  
Con el puño en la mejilla,  
todo lo llegó a saber.

LXXVIII

Crisolad oro en copela,  
y burilad lira y arco  
no en joya, sino en moneda.

LXXIX

Del romance castellano  
no busques la sal castiza;  
mejor que romance viejo,  
poeta, cantar de niñas.

Déjale lo que no puedes  
quitarle: su melodía  
de cantar que canta y cuenta  
un ayer que es todavía.

LXXX

Concepto mondo y lirondo  
suele ser cáscara hueca;  
puede ser caldera al rojo.

LXXXI

Si vivir es bueno,  
es mejor soñar,  
y mejor que todo  
madre, despertar.

LXXXII

No el sol, sino la campana,  
cuando te despierta, es  
lo mejor de la mañana.

LXXXIII

¡Qué gracia! En la Hesperia triste,  
promontorio occidental,  
en este cansino rabo  
de Europa, por desollar,  
y en una ciudad antigua,  
chiquita como un dedal,  
¡el hombrecillo que fuma  
y piensa, y ríe al pensar:  
cayeron las altas torres;  
en un basurero están  
la corona de Guillermo,  
la testa de Nicolás!

Baeza, 1919

LXXXIV

Entre las brevas soy blando;  
entre las rocas, de piedra.  
¡Malo!

LXXXV

¿Tu verdad? No, la Verdad,  
y ven conmigo a buscarla.  
La tuya, guárdatela.

LXXXVI

Tengo a mis amigos  
en mi soledad;  
cuando estoy con ellos  
¡qué lejos están!

LXXXVII

¡Oh Guadalquivir!  
Te vi en Cazorla nacer;  
hoy, en Sanlúcar morir.

Un borbollón de agua clara,  
debajo de un pino verde,  
eras tú, ¡qué bien sonabas!

Como yo, cerca del mar,  
río de barro salobre,  
¿sueñas con tu manantial?

LXXXVIII

El pensamiento barroco  
pinta virutas de fuego,  
hincha y complica el decoro.

LXXXIX

Sin embargo...  
— Oh, sin embargo,  
hay siempre un ascua de veras  
en su incendio de teatro.

XC

¿Ya de su color se avergüenzan  
las hojas de la albahaca,  
salvias y alhucemas?

XCI

Siempre en alto, siempre en alto.  
¿Renovación? Desde arriba.  
Dijo la cucaña al árbol.

XCII

Dijo el árbol: Teme al hacha,  
palo clavado en el suelo:  
contigo la poda es tala.

XCIII

¿Cuál es la verdad? ¿El río  
que fluye y pasa  
donde el barco y el barquero  
son también ondas del agua?  
¿O este soñar del marino

siempre con ribera y ancla?

XCIV

Doy consejo, a fuer de viejo:  
nunca sigas mi consejo.

XCV

Pero tampoco es razón  
desdeñar  
consejo que es confesión.

XCVI

¿Ya sientes la savia nueva?  
Cuida, arbolillo,  
que nadie lo sepa.

XCVII

Cuida de que no se entere  
la cucaña seca  
de tus ojos verdes.

XCVIII

Tu profecía, poeta.  
—Mañana hablarán los mudos:  
el corazón y la piedra.

XCIX

— ¿Mas el arte?...  
—Es puro juego,  
que es igual a pura vida,  
que es igual a puro fuego.  
Veréis el ascua encendida.

**CLXII**

**(PARERGON)**

Al gigante ibérico Miguel de  
Unamuno, por quien la España  
actual alcanza proceridad en el  
mundo.

LOS OJOS

I

Cuando murió su amada  
pensó en hacerse viejo  
en la mansión cerrada,  
solo, con su memoria y el espejo  
donde ella se miraba un claro día.  
Como el oro en el arca del avaro,

pensó que guardaría  
todo un ayer en el espejo claro.  
Ya el tiempo para él no correría.

II

Mas, pasado el primer aniversario,  
¿cómo eran —preguntó—, pardos o negros,  
sus ojos? ¿Glaucos?... ¿Grisés?  
¿Cómo eran, ¡Santo Dios!, que no recuerdo?...

III

Salió a la calle un día  
de primavera, y paseó en silencio  
su doble luto, el corazón cerrado...  
De una ventana en el sombrío hueco  
vio unos ojos brillar. Bajó los suyos  
y siguió su camino... ¡Como éstos!

### CLXIII

#### (EL VIAJE)

—Niña, me voy a la mar.  
—Si no me llevas contigo  
te olvidaré, capitán.

En el puente de su barco  
quedó el capitán dormido;  
durmió soñando con ella:  
¡Si no me llevas contigo!...

Cuando volvió de la mar  
trajo un papagayo verde.  
¡Te olvidaré, capitán!

Y otra vez la mar cruzó  
con su papagayo verde,  
¡Capitán, ya te olvidó!

### CLXIV

#### GLOSANDO A RONSARD Y OTRAS RIMAS

Un poeta manda su retrato a  
una bella dama, que le había en-  
viado el suyo.

I

Cuando veáis esta sumida boca  
que ya la sed no inquieta, la mirada  
tan desvalida (su mitad, guardada  
en viejo estuche, es de cristal de roca),



la barba que platea, y el estrago  
del tiempo en la mejilla, hermosa dama,  
diréis: ¿a qué volver sombra por llama,  
negra moneda de joyel en pago?

¿Y qué esperáis de mí? Cuando a deshora  
pasa un alba, yo sé que bien quisiera  
el corazón su flecha más certera

arrancar de la aljaba vengadora.  
¿No es mejor saludar la primavera,  
y devolver sus alas a la aurora?

## II

Como fruta arrugada, ayer madura,  
o como mustia rama, ayer florida,  
y aun menos, en el árbol de mi vida,  
es la imagen que os lleva esa pintura.

Porque el árbol ahonda en tierra dura,  
en roca tiene su raíz prendida,  
y si al labio no da fruta sabrida,  
aun quiere dar al sol la que perdura.

Ni vos gritéis desilusión, señora,  
negando al día ese carmín risueño,  
ni a la manera usada, en el ahora

pongáis, cual negra tacha, el turbio ceño.  
Tomad arco y aljaba —¡oh cazadora! —  
que ya es el alba: despertad del sueño.

## III

Pero si os place amar vuestro poeta,  
que vive en la canción, no en el retrato,  
¿no encontraréis en su perfil beato  
conjuro de esa fúnebre careta?

Buscad del hondo cauce agua secreta,  
del campanil que enronqueció a rebato  
la víspera dormida, el timorato  
pausado amor en hora recoleta.

Desdeñad lo que soy; de lo que he sido  
trazad con firme mano la figura:  
galán de amor soñado, amor fingido,

por anhelo inventor de la aventura.  
Y en vuestro sabio espejo —luz y olvido —  
algo seré también vuestra criatura.

## ESTO SOÑÉ

Que el caminante es suma del camino,  
y en el jardín, junto del mar sereno,  
le acompaña el aroma montesino,  
ardor de seco henil en campo ameno;

que de lengua jornada peregrino  
ponía al corazón un duro freno,  
para aguardar el verso adamantino  
que maduraba el alma en su hondo seno.

Esto soñé. Y del tiempo, el homicida,  
que nos lleva a la muerte o fluye en vano,  
que era un sueño no más del adanida.

Y un hombre vi que en la desnuda mano  
mostraba al mundo el ascua de la vida,  
sin cenizas el fuego heraclitano.

## EL AMOR Y LA SIERRA

Cabalgaba por agria serranía,  
una tarde, entre roca cenicienta.  
El plumizo balón de la tormenta  
de monte en monte rebotar se oía.

Súbito, al vivo resplandor del rayo,  
se encabritó, bajo de un alto pino,  
al borde de una peña, su caballo.  
A dura rienda le tornó al camino.

Y hubo visto la nube desgarrada,  
y, dentro, la afilada crestería  
de otra sierra más lueña y levantada

—relámpago de piedra parecía—.  
¿Y vio el rostro de Dios? Vio el de su amada.  
Gritó: ¡Morir en esta sierra fría!

## PÍO BAROJA

En Londres o Madrid, Ginebra o Roma,  
ha sorprendido, ingenuo paseante,  
el mismo taedium vitae en varios idiomas,  
en múltiple careta igual semblante.

Atrás las manos enlazadas lleva,  
y hacia la tierra, al pasear, se inclina;  
todo el mundo a su paso es senda nueva,  
camino por desmonte o por ruina.

Dio, aunque tardío, el siglo diecinueve

un ascua de su fuego al gran Baroja,  
y otro siglo, al nacer, guerra le mueve,

que enceniza su cara pelirroja.  
De la rosa romántica, en la nieve,  
él ha visto caer la última hoja.

#### AZORIN

La roja tierra del trugal de fuego,  
y del habar florido la fragancia,  
y el lindo cáliz de azafrán manchego  
amó, sin mengua de la lis de Francia.

¿Cuya es la doble faz, candor, y hastío,  
y la trémula voz y el gesto llano  
y esa noble apariencia de hombre frío  
que corrige la fiebre de la mano?

No le pongáis, al fondo, la espesura  
de aborrascado monte o selva huraña,  
sino, en la luz de una mañana pura,

lueñe espuma de piedra, la montaña,  
y el diminuto pueblo en la llanura,  
¡la aguda torre en el azul de España!

#### RAMÓN PÉREZ DE AYALA

Lo recuerdo... Un pintor me lo retrata,  
no en el lino, en el tiempo. Rostro enjuto,  
sobre el rojo manchón de la corbata,  
bajo el amplio sombrero; resolutivo

el ademán, y el gesto petulante  
—un si es no es— de mayorazgo en corte;  
de bachelor de Oxford, o estudiante  
en Salamanca, señorial el porte.

Gran poeta, el pacífico sendero  
cantó que lleva a la asturiana aldea;  
el mar polisonoro y el sol de Homero

le dieron ancho ritmo, clara idea;  
su innúmero camino el mar ibero  
su propio navegar, propia Odisea.

## EN LA FIESTA DE GRANDMONTAGNE

Leído en el Mesón del Segoviano

I

Cuenta la historia que un día,  
buscando mejor España,  
Grandmontagne se partía  
de una tierra de montaña,  
de una tierra  
de agria sierra.

¿Cuál? No sé. ¿La serranía  
de Burgos? ¿El Pirineo?  
¿Urbión donde el Duero nace?  
Averiguadlo. Yo veo  
un prado en que el negro tono  
reposa, y la oveja pace  
entre ginestas de oro;  
y unos altos, verdes pinos;  
más arriba, peña y peña,  
y un rubio mozo que sueña  
con caminos,  
en el aire, de cigüeña  
entre montes, de merinos,  
con rebaños trashumantes  
y vapores de emigrantes  
a pueblos ultramarinos.

II

Grandmontagne saludaba  
a los suyos, en la popa  
de un barco que se alejaba  
del triste rabo de Europa.

Tras de mucho devorar  
caminos del mar profundo,  
vio las estrellas brillar  
sobre la panza del mundo.

Arribado a un ancho estuario  
dio en la argentina Babel.  
El llevaba un diccionario  
y siempre leía en él:  
era su devocionario.

Y en la ciudad —no en el hampa—  
y en la Pampa  
hizo su propia conquista.

El cronista  
de dos mundos, bajo el sol,  
el duro pan se ganaba  
y, de noche, fabricaba  
su magnífico español.

La faena trabajosa,  
y la mar y la llanura,  
caminata o singladura,  
siempre larga,  
diéronle, para su prosa,  
viento recio, sal amarga,  
y la amplia línea armoniosa  
del horizonte lejano.

Llevó del monte dureza,  
calma le dio el oceano  
y grandeza;  
y de un pueblo americano  
donde florece la hombría  
nos trae la fe y la alegría  
que ha perdido el castellano.

III

En este remolino de España, rompeolas  
de las cuarenta y nueve provincias españolas  
(Madrid del cucañista, Madrid del pretendiente)  
y en un mesón antiguo, y entre la poca gente  
—¡tan poca!— sin librea, que sufre y que trabaja,  
y aun corta solamente su pan con su navaja,  
por Grandmontagne alcemos la copa. Al suelo indiano,  
ungido de las letras embajador hispano,  
*"ayant pour tout laquais votre ombre seulement"*  
os vais, buen caballero... Que Dios os dé su mano,  
que el mar y el cielo os sean propicios, capitán.

A DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

Yo era en mis sueños, don Ramón, viajero  
del áspero camino, y tú, Caronte  
de ojos de llama, el fúnebre barquero  
de las revueltas aguas de Aqueronte.

Plúrima barba al pecho te caía.  
(Yo quise ver tu manquedad en vano).  
Sobre la negra barca aparecía  
tu verde senectud de dios pagano.

Habla, dijiste, y yo: cantar quisiera  
loor de tu Don Juan y tu paisaje,  
en esta hora de verdad sincera.

Porque faltó mi voz en tu homenaje,  
permite que en la pálida ribera  
te pague en áureo verso mi barcaje.

## AL ESCULTOR EMILIANO BARRAL

... Y tu cincel me esculpía  
en una piedra rosada,  
que lleva una aurora fría  
eternamente encantada.  
Y la agria melancolía  
de una soñada grandeza,  
que es lo español (fantasía  
con que adobar la pereza),  
fue surgiendo de esa roca,  
que es mi espejo,  
línea a línea, plano a plano,  
y mi boca de sed poca,  
y, so el arco de mi cejo,  
dos ojos de un ver lejano,  
que yo quisiera tener  
como están en tu escultura:  
cavados en piedra dura,  
en piedra, para no ver.

## A JULIO CASTRO

Desde las altas tierras donde nace  
un largo río, de la triste Iberia,  
del ancho promontorio de Occidente  
—vasta lira, hacia el mar, de sol y piedra—,  
con el milagro de tu verso, he visto  
mi infancia marinera,  
que yo también, de niño, ser quería  
pastor de olas, capitán de estrellas.  
Tú vives, yo soñaba;  
pero a los dos, hermano, el mar nos tienta.  
En cada verso tuyo  
hay un golpe de mar, que me despierta  
a sueños de otros días,  
con regalo de conchas y de perlas.  
Estrofa tienes como vela hinchada  
de viento y luz, y copla donde suena  
la caracola de un tritón, y el agua  
que le brota al delfín en la cabeza.  
¡Roncas sirenas en la bruma! ¡Faros  
de puerto que en la noche parpadean!  
¡Trajín de muelle y algo más! Tu libro  
dice lo que la mar nunca revela:  
la historia de riberas florecidas  
que cuenta el río al anegarse en ella.  
De buen marino, ¡oh Julio!  
—no de marino en tierra,  
sino a bordo—, bitácora es tu verso  
donde sonríe el norte a la tormenta.

Dios a tu copla y a tu barco guarde  
seguro el ritmo, firmes las cuadernas,  
y que del mar y del olvido triunfen,

poeta y capitán, nave y poema.

## EN TREN

### FLOR DE VERBASCO

A los jóvenes poetas que me honraron  
con su visita en Segovia.

Sanatorio del alto Guadarrama,  
más allá de la roca cenicienta  
donde el chivo barbudo se encarama,  
mansión de noche larga y fiebre lenta.  
¿guardáis mullida cama,  
bajo seguro techo,  
donde repose el huésped dolorido  
del labio exangüe y el angosto pecho,  
amplio balcón al campo florecido?  
¡Hospital de la sierra!...

El tren, ligero,  
rodea el monte y el pinar; emboca  
por un desfiladero,  
ya pasa al borde de tajada roca,  
ya enarca, enhila o su convoy ajusta  
al serpear de un carril de acero.  
Por donde el tren avanza, sierra augusta,  
yo te sé peña a peña y rama a rama;  
conozco el agrio olor de tu romero,  
vi la amarilla flor de la retama;  
los cantuesos morados, los jarales  
blancos de primavera; muchos soles  
incendiar tus desnudos berrocales,  
reverberar en tus macizas moles.  
Mas hoy, mientras camina  
el tren, en el saber de tus pastores  
pienso no más y —perdonad, doctores—  
rememoro la vieja medicina.  
¿Ya no se cuecen flores de verbasco?  
¿No hay milagros de hierba montesina?  
¿No brota el agua santa del peñasco?

\*

Hospital de la sierra, en tus mañanas  
de auroras sin campanas,  
cuando la niebla va por los barrancos  
o, desgarrada en el azul, enreda  
sus guedejones blancos  
en los picos de la áspera roqueda;  
cuando el doctor —sienes de plata— advierte  
los gráficos del muro y examina  
los diminutos pasos de la muerte,  
del áureo microscopio en la platina,  
oirán en tus alcobas ordenadas,  
orejas bien sutiles,  
hundidas en las tibias almohadas,

el trajinar de estos ferrocarriles.

.....

Lejos, Madrid se otea.  
Y la locomotora  
resuella, silba, humea  
y su riel metálico devora,  
ya sobre el ancho campo que verdea.  
Mariposa montés, negra y dorada,  
al azul de la abierta ventanilla  
ha asomado un momento, y remozada,  
una encina, de flor verdiamarilla...  
Y pasan chopo y chopo en larga hilera,  
los almendros del huerto junto al río...  
Lejos quedó la amarga primavera  
de la alta casa en Guadarrama frío.

#### BODAS DE FRANCISCO ROMERO

Porque leídas fueron  
las palabras de Pablo,  
y en este claro día  
hay ciruelos en flor y almendros rosados  
y torres con cigüeñas,  
y es aprendiz de ruiseñor todo pájaro,  
y porque son las bodas de Francisco Romero,  
cantad conmigo: *Gaudeamus!*  
Ya el ceño de la turbia soltería  
se borrará en dos frentes *fortunati ambo!*  
De hoy más sabréis, esposos,  
cuánto la sed apaga el limpio jarro,  
y cuánto lienzo cabe  
dentro de un cofre, y cuántos  
son minutos de paz, si el ahora vierte  
su eternidad menuda grano a grano.  
Fundación del querer vuestros amores  
—nunca olvidéis la hipérbole del vándalo—  
y un mundo cada día, pan moreno  
sobre manteles blancos.

De hoy más la tierra sea  
vega florida a vuestro doble paso.

#### SOLEDADES A UN MAESTRO

I

No es profesor de energía  
Francisco de Icaza,  
sino de melancolía.



II

De su raza vieja  
tiene la palabra corta,  
honda la sentencia.

III

Como el olivar,  
mucho fruto lleva,  
poca sombra da.

IV

En su claro verso  
se canta y medita  
sin grito ni ceño.

V

Y en perfecto rimo  
—así a la vera del agua  
el doble chopo del río—.

VI

Sus cantares llevan  
agua de remanso,  
que parece quieta.

Y que no lo está;  
mas no tiene prisa  
por ir a la mar.

VII

Tienen sus canciones  
aromas y acíbar  
de viejos amores.

Y del indio sol  
madurez de fruta  
de rico sabor.

VIII

Francisco de Icaza,  
de la España vieja  
y de Nueva España,

que en áureo centén  
se graben tu lira  
y tu perfil de virrey.

A EUGENIO D'ORS

Un amor que conversa y que razona,

sabio y antiguo —diálogo y presencia—,  
nos trajo de su ilustre Barcelona;  
y otro, distancia y horizonte: ausencia,  
que es alma, a nuestro modo, le ofrecimos.  
Y él aceptó la oferta, porque sabe  
cuánto de lejos cerca le tuvimos,  
y cuanto exilio en la presencia cabe.

Hoy, Xenius, hacia ti, viejo milano  
las anchas alas en el aire ha abierto,  
y una mata de espliego castellano  
lleva en el pico a tu jardín deserto  
—mirto y laureles— desde el alto llano  
en donde el viento cimbra el chopo yerto.

Ávila, 1921

## LOS SUEÑOS DIALOGADOS

I

¡Cómo en alto llano tu figura  
se me aparece!... Mi palabra evoca  
el prado verde y la árida llanura,  
la zarza en flor, la cenicienta roca.

Y al recuerdo obediente, negra encina  
brota en el cerro, baja el chopo al río;  
el pastor va subiendo a la colina;  
brilla un balcón de la ciudad: el mío.

El maestro. ¿Ves? Hacia Aragón, lejana,  
la sierra de Moncayo, blanca y rosa...  
Mira el incendio de esa nube grana,

y aquella estrella en el azul, esposa.  
Tras el Duero, la loma de Santana  
se amorata en la tarde silenciosa.

II

¿Por qué, decidme, hacia los altos llanos  
huye mi corazón de esta ribera,  
y en esta tierra labradora y marinera  
suspiro por los yermos castellanos?

Nadie elige su amor. Llevóme un día  
mi destino a los grises calvijares  
donde ahuyenta al caer la nieve fría  
las sombras de los muertos encinares.

De aquel trozo de España, alto y roquero,  
hoy traigo a ti, Guadalquivir florido,  
una mata del áspero romero.

Mi corazón está donde ha nacido

no a la vida, al amor, cerca del Duero...  
¡El muro blanco y el ciprés erguido!

### III

Las ascuas de un crepúsculo, señora,  
rota la parda nube de tormenta,  
han pintado en la roca cenicienta  
de lueñe cerro un resplandor de aurora.

Una aurora cuajada en roca fría  
que es asombro y pavor del caminante  
más que fiero león en claro día,  
o en garganta de monte osa gigante.

Con el incendio de un amor, prendido  
al turbio sueño de esperanza y miedo,  
yo voy hacia la mar, hacia el olvido

—y no como a la noche ese roquedo,  
al girar del planeta ensombrecido—.  
No me llaméis, porque tornar no puedo.

### IV

¡Oh soledad, mi sola compañía,  
oh musa del portento, que el vocablo  
diste a mi voz que nunca te pedía!,  
responde a mi pregunta: ¿con quién hablo?

Ausente de ruidosa mascarada,  
divierto mi tristeza sin amigo,  
contigo, dueña de la faz velada,  
siempre velada al dialogar conmigo.

Hoy pienso: este que soy será quien sea;  
no es ya mi grave enigma este semblante  
que en el íntimo espejo se recrea,

sino el misterio de tu voz amante.  
Descúbreme tu rostro, que yo vea  
fijos en mí tus ojos de diamante.

## DE MI CARTERA

### I

Ni mármol duro y eterno,  
ni música ni pintura,  
sino palabra en el tiempo.

### II

Canto y cuento es la poesía.  
Se canta una viva historia,  
contando su melodía.

III

Crea el alma sus riberas;  
montes de ceniza y plomo,  
sotillos de primavera.

IV

Toda la imaginería  
que no ha brotado del río,  
barata bisutería.

V

Prefiere la rima pobre,  
la asonancia indefinida.  
Cuando nada cuenta el canto,  
acaso huelga la rima.

VI

Verso libre, verso libre...  
Líbrate, mejor del verso  
cuando te esclavice.

VII

La rima verbal y pobre,  
y temporal, es la rica.  
El adjetivo y el nombre  
remansos del agua limpia,  
son accidentes del verbo  
en la gramática lírica,  
del Hoy que será Mañana,  
del Ayer que es Todavía.

1924

**CLXV**

**(SONETOS)**

I

Tuvo mi corazón, encrucijada  
de cien caminos, todos pasajeros,  
un gentío sin cita ni posada,  
como en andén ruidoso de viajeros.

Hizo a los cuatro vientos su jornada,  
disperso el corazón por cien senderos  
de llana tierra o piedra aborrascada,  
y a la suerte, en el mar, de cien veleros.

Hoy, enjambre que torna a su colmena  
cuando el bando de cuervos enronquece  
en busca de su peña denegrida,

vuelve mi corazón a su faena,  
con néctares del campo que florece  
y el luto de la tarde desabrida.

II

Verás la maravilla del camino,  
camino de soñada Compostela  
—¡oh monte lila y flavo!—, peregrino  
en un llano, entre chopos y candela.

Otoño con dos ríos ha dorado  
el cerco del gigante centinela  
de piedra y luz, prodigio torreado  
que en el azul sin mancha se modela.

Verás en la llanura una jauría  
de agudos galgos y un señor de caza,  
cabalgando a lejana serranía,

vano fantasma de una vieja raza.  
Debes entrar cuando en la tarde fría  
brille un balcón de la desierta plaza.

III

¿Empañé tu memoria? ¡Cuántas veces!  
La vida baja como un ancho río,  
y cuando lleva al mar alto navío  
va con cieno verdoso y turbias heces.

Y más si hubo tormenta en sus orillas,  
y él arrastra el botín de la tormenta,  
si en su cielo la nube cenicienta  
se incendió de centellas amarillas.

Pero aunque fluya hacia la mar ignota,  
es la vida también agua de fuente  
que de claro venero, gota a gota,

o ruidoso penacho de torrente,  
bajo el azul, sobre la piedra brota.  
Y allí suena tu nombre ¡eternamente!

IV

Esta luz de Sevilla... Es el palacio  
donde nací, con su rumor de fuente.  
Mi padre, en su despacho. —La alta frente,  
la breve mosca, y el bigote lacio—.

Mi padre, aun joven. Lee, escribe, hojea  
sus libros y medita. Se levanta;  
va hacia la puerta del jardín. Pasea,  
A veces habla solo, a veces canta.

Sus grandes ojos de mirar inquieto  
ahora vagar parecen, sin objeto

donde puedan posar, en el vacío.

Ya escapan de su ayer a su mañana;  
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,  
piadosamente mi cabeza cana.

v

Huye del triste amor, amor pacato,  
sin peligro, sin venda ni aventura,  
que espera del amor prenda segura,  
porque en amor locura es lo sensato.

Ese que el pecho esquivaba al niño ciego  
y blasfemó del fuego de la vida,  
de una brasa pensada, y no encendida,  
quiere ceniza que le guarde el fuego.

Y ceniza hallará, no de su llama,  
cuando descubra el torpe desvarío  
que pendía, sin flor, fruto en la rama.

Con negra llave el aposento frío  
de su tiempo abrirá. ¡Desierta cama,  
y turbio espejo y corazón vacío!

## CLXVI

### (VIEJAS CANCIONES)

I

A la hora del rocío,  
de la niebla salen  
sierra blanca y prado verde.  
¡El sol en los encinares!

Hasta borrarse en el cielo,  
suben las alondras.  
¿Quién puso plumas al campo?  
¿Quién hizo alas de tierra loca?

Al viento, sobre la sierra,  
tiene el águila dorada  
las anchas alas abiertas.

Sobre la picota  
donde nace el río,  
sobre el lago de turquesa  
y los barrancos de verdes pinos;  
sobre veinte aldeas,  
sobre cien caminos...

Por los senderos del aire,  
señora águila,  
¿dónde vais a todo vuelo tan de mañana?

## II

Ya había un albor de luna  
en el cielo azul.  
¡La luna en los espartales,  
cerca de Alicún!  
Redonda sobre el alcor,  
y rota en las turbias aguas  
del Guadiana menor.

Entre Ubeda y Baeza  
—loma de las dos hermanas:  
Baeza, pobre y señora;  
Ubeda, reina y gitana—.  
Y en el encinar  
¡luna redonda y beata,  
siempre conmigo a la par!

## III

Cerca de Ubeda la grande,  
cuyos cerros nadie verá,  
me iba siguiendo la luna  
sobre el olivar.

Una luna jadeante,  
siempre conmigo a la par.

Yo pensaba: ¡bandoleros  
de mi tierra!, al caminar  
en mi caballo ligero.  
¡Alguno conmigo irá!

Que esta luna me conoce  
y, con el miedo, me da  
el orgullo de haber sido  
alguna vez capitán.

## IV

En la sierra de Quesada  
hay un águila gigante,  
verdosa, negra y dorada,  
siempre las alas abiertas.  
Es de piedra y no se cansa.

Pasado Puerto Lorente,  
entre las nubes galopa  
el caballo de los montes.  
Nunca se cansa: es de roca.

En el hondón del barranco  
se ve al jinete caído,  
que alza los brazos al cielo.  
Los brazos son de granito.

Y allí donde nadie sube  
hay una virgen risueña

con un río azul en brazos.  
Es la Virgen de la Sierra.



## DE UN CANCIONERO APÓCRIFO

### CLXVII

#### (ABEL MARTÍN)

Abel Martín, poeta y filósofo. Nació en Sevilla (1840). Murió en Madrid (1898)

#### LA OBRA

Abel Martín dejó una importante obra filosófica (*Las cinco formas de la objetividad, De lo uno a lo otro, Lo Universal cualitativo, De la esencia heterogeneidad del ser*) y una colección de poesías, publicada en 1884 con el título de *Los complementarios*.

Digamos algo de su filosofía, tal como aparece, más o menos explícita, en su obra poética, dejando para otros el análisis sistemático de sus tratados puramente doctrinales.

Su punto de partida está, acaso, en la filosofía de Leibnitz. Con Leibnitz concibe lo real, la substancia, como algo constantemente activo. Piensa Abel Martín la substancia como energía, fuerza que puede engendrar el movimiento y es siempre su causa; pero que también subsiste sin él. El movimiento no es para Abel Martín nada esencial. La fuerza puede ser inmóvil —lo es en su estado de pureza—; mas no por ello deja de ser activa. La actividad de la fuerza pura o substancia se llama conciencia. Ahora bien, esta actividad consciente, por la cual se revela la pura substancia, no por ser inmóvil es inmutable y rígida, sino que se encuentra en perpetuo cambio.. Abel Martín distingue el *movimiento* de la *mutabilidad*. El movimiento supone el espacio, es un cambio de lugar en él, que deja intacto el objeto móvil; no es un cambio real, sino aparente. "Sólo se mueven —dice Abel Martín— las cosas que no cambian." Es decir, que sólo podemos percibir el movimiento de las cosas en cuanto en dos puntos distintos del espacio permanecen iguales a sí mismas. Su cambio real, íntimo, no puede ser percibido —ni pensado— como movimiento. La mutabilidad, o cambio substancial es, por el contrario, inespacial. Abel Martín confiesa que el cambio substancial no puede ser pensado conceptualmente —porque todo pensamiento conceptual supone el espacio, *esquema de la movilidad de lo inmutable*—; pero sí intuido como el hecho más inmediato por el cual la conciencia, o actividad pura de la substancia, se reconoce a sí misma. A la objeción del sentido común que afirma como necesario el movimiento donde cree percibir el cambio, contesta Abel Martín que el movimiento no ha sido pensado lógicamente, sin contradicción, por nadie; y que si es intuido, caso innegable, lo es *siempre* a condición de la inmutabilidad del objeto móvil. No hay, pues, razón para establecer relación alguna entre cambio y movimiento. El sentido común, o común sentir, puede ser en este caso, como en otros muchos, invocar su derecho a juzgar real lo aparente y afirmar, pues, la realidad del movimiento, pero nunca a sostener la identidad del movimiento y cambio substancial, es decir, del movimiento y cambio que no sea mero cambio de lugar.

No sigue Abel Martín a Leibnitz en la concepción de las mónadas como pluralidad de substancias. El concepto de pluralidad es inadecuado a la substancia. "Cuando Leibnitz —dice Abel Martín— supone multiplicidad de mónadas y pretende que cada

una de ellas sea el espejo del universo entero, no piensa las mónadas como substancias, fuerzas activas conscientes, sino que se coloca fuera de ellas y se las representa como seres pasivos que forman por refracción, a la manera de los espejos, que nada tienen que ver con las conciencias, la imagen del universo." La mónada de Abel Martín, porque también Abel Martín habla de mónadas, no sería ni un espejo ni una representación del universo, sino el universo mismo como actividad consciente: el gran ojo que todo lo ve al verse a si mismo. Esta mónada puede ser pensada, por substracción, en cualquiera de los infinitos puntos de la total esfera que construye nuestra representación especial del universo (representación grosera y aparential); pero en cada uno de ellos sería una autoconciencia integral del universo entero. El universo pensado como substancia, fuerza activa consciente, supone una sola y única mónada, que sería como el alma universal de Giordano Bruno. (*Anima tota in toto et qualibet totius parte.*)

En la primera página de su libro de poesías *Los complementarios*, dice Abel Martín:

Mis ojos en el espejo  
son ojos ciegos que miran  
los ojos con que los veo.

En una nota, hace constar Abel Martín que fueron estos tres versos los primeros que compuso, y que los publica, no obstante su aparente trivialidad o su marcada perogrullez, porque de ellos sacó, más tarde, por reflexión y análisis, toda su metafísica.

La segunda composición del libro dice así:

Gracias, Petenera mía;  
por tus ojos me he perdido;  
era lo que yo quería.

Y añade, algunas páginas más adelante:

Y en la cosa nunca vista  
de tus ojos me he buscado:  
en el ver con que me miras.

En las coplas de Abel Martín se adivina cómo, dada su concepción de la substancia, unitaria y mudable, quieta y activa, preocupan al poeta los problemas de las cuatro experiencias: el movimiento, la materia extensa, la limitación cognoscitiva y la multiplicidad de sujetos. Este último es para Abel Martín, poeta, el apasionante problema del amor.

Que fue Abel Martín hombre en extremo erótico lo sabemos por testimonio de cuantos le conocieron, y algo también por su propia lírica, donde abundan expresiones, más o menos hiperbólicas, de un apasionado culto a la mujer.

Ejemplos:

La mujer  
es el anverso del ser.

(Página 22.)

Sin el amor, las ideas  
son como mujeres feas,  
o copias dificultosas

de los cuerpos de las diosas.

(Página 59.)

Sin mujer  
no hay engendrar ni saber.

(Página 125.)

Y otras sentencias menos felices, aunque no menos interesantes, como ésta:

...Aunque a veces sabe Onán  
mucho que ignora Don Juan.

(Página 207.)

Que fue Abel Martín hombre mujeriego lo sabemos, y, acaso, también onanista; hombre, en suma, a quien la mujer inquieta y desazona por presencia o ausencia. Y fue, sin duda, el amor a mujer el que llevó a Abel Martín a formularse esta pregunta: ¿Cómo es posible el objeto erótico?

De las cinco formas de la objetividad que estudia Abel Martín en su obra más extensa de metafísica, a cuatro disputa aparentes, es decir, apariencias de objetividad y, en realidad, actividades del sujeto mismo. Así, pues, la primera, en el orden de su estudio, la *x* constante del conocimiento considerado como problema infinito, sólo tiene de objetiva la pretensión de serlo. La segunda, el llamado mundo objetivo de la ciencia, descolorido y descualificado, mundo de puras relaciones cuantitativas, es el fruto de un trabajo de desobjetivación del sujeto sensible, que no llega —claro es— a plena realización y que, aunque a tal llegara, sólo conseguiría agotar el sujeto, pero nunca revelar objeto alguno, es decir, algo opuesto o distinto del sujeto. La tercera es el mundo de nuestra representación como vivos, el mundo fenoménico propiamente dicho. La cuarta forma de la objetividad corresponde al mundo que se representan otros sujetos vitales. "Éste —dice Abel Martín— aparece, en verdad, englobado en el mundo de mi representación; pero, dentro de él, se le reconoce por una vibración propia, por voces que pretendo distinguir de la mía. Estos dos mundos que tendemos a unificar en una representación homogénea, el niño los diferencia muy bien, antes de poseer el lenguaje. Mas esta cuarta forma la objetividad no es, en última instancia, objetiva tampoco, sino una aparente escisión del sujeto único que engendra, por intersección e interferencia, al par, todo el elemento tópico y conceptual de nuestra psique, la moneda de curso en cada grupo viviente."

Mas existe —según Abel Martín— una quinta forma de objetividad, mejor diremos una quinta pretensión a lo objetivo, que se da tan en las fronteras del sujeto mismo, que parece referirse a un *otro* real, objeto, no de conocimiento, sino de amor.

Vengamos a las rimas eróticas de Abel Martín.

El amor comienza a revelarse como un súbito incremento del caudal de la vida, sin que, en verdad, aparezca objeto concreto al cual tienda.

Nubes, sol, prado verde y caserío  
 en la loma, revueltos. Primavera  
 puso en el aire de este campo frío  
 la gracia de sus chopos de ribera.

Los caminos del valle van al río  
 y allí, junto del agua, amor espera.

¿Por ti se ha puesto el campo ese atavío  
 de joven, oh invisible compañera?

¿Y ese perfume del habar al viento?  
 ¿Y esa primera blanca margarita?  
 ¿Tú me acompañas? En mi mano siento

doble latido; el corazón me grita,  
 que en las sienes me asorda el pensamiento:  
 eres tú quien florece y resucita.

"La amada —dice Abel Martín— acompaña antes que aparezca o se oponga como objeto de amor; es, en cierto modo, una con el amante, no al término, como en los místicos, del proceso erótico, sino en su principio."

En un largo capítulo de su libro *De lo uno a lo otro*, dedicado al amor, desarrolla Abel Martín el contenido de este soneto. No hemos de seguirle en el camino de una pura especulación, que le lleva al fondo de su propia metafísica, allí donde pretende demostrar que es precisamente el amor la autorrevelación de la esencial heterogeneidad de la sustancia única. Sigámoslo, por ahora, en sus rimas, tan sencillas en apariencia, y tan claras que, según nos confiesa el propio Martín, hasta las señoras de su tiempo creían comprenderlas mejor que él mismo las comprendía. Sigámosle también en las notas que acompañan a sus rimas eróticas.

En una de ellas dice Abel Martín: "Ya algunos pedagogos comienzan a comprender que los niños no deben ser educados como meros aprendices de hombres, que hay algo sagrado en la infancia para vivido plenamente por ella. Pero ¡qué lejos estamos todavía del respeto a lo sagrado juvenil! Se quiere a todo trance apartar a los jóvenes del amor. Se ignora o se aparenta ignorar que la castidad es, por excelencia, la virtud de los jóvenes, y la lujuria, siempre, cosa de viejos; y que ni la Naturaleza ni la vida social ofrecen los peligros que los pedagogos temen para sus educandos. Más perversos acaso, y más errados, sin duda, que los frailes y las beatas, pretenden hacer del joven un niño estúpido que juegue, no como el niño, para quien el juego es la vida misma, sino con la edad de quien cumple un rito solemne. Se quiere hacer de la fatiga muscular beleño adormecedor del sexo. Se aparta al joven de la galantería, a que es naturalmente inclinado, y se le lleva al deporte, al juego extemporáneo. Esto es perverso. Y no olvidemos —añade— que la pederastía, actividad erótica, desviada y superflua, es la compañera inseparable de la gimnástica."

Tejidos sois de primavera, amantes,  
de tierra y agua y viento y sol tejidos.  
La sierra en vuestros pechos jadeantes,  
en los ojos los campos florecidos,

pasead vuestra mutua primavera,  
y aun bebed sin temor la dulce leche  
que os brinda hoy la lúbrica pantera,  
antes que, torva, en el camino aceche.

Caminad, cuando el eje del planeta  
se vence hacia el solsticio de verano,  
verde el almendro y mustia la violeta,

cerca la sed y el hontanar cercano,  
hacia la tarde del amor, completa,  
con la rosa de fuego, en vuestra mano.

("Los complementarios", pág. 250.)

Abel Martín tiene muy escasa simpatía por el sentido erótico de nuestros místicos, a quienes llama *frailecillos y monjucas tan inquietos como ignorantes*. Comete en esto una grave injusticia, que acusa escasa comprensión de nuestra literatura mística, tal vez escaso trato con ella. Conviene, sin embargo, recordar, para explicarnos este desvío, que Abel Martín no cree que el espíritu avance un ápice en el camino de su perfección, ni que se adentre en lo esencial por apartamiento y eliminación del mundo sensible. Este, aunque pertenezca al sujeto, no por ello deja de ser una realidad firme e indestructible; sólo su objetividad es, a fin de cuentas, aparental; pero, aun como forma de la objetividad —léase pretensión a lo objetivo—, es, por cercano al sujeto consciente, más sustancial que el mundo de la ciencia y de la teología de escuela; está más cerca que ellos del corazón de lo absoluto.

Pero sigamos con las rimas eróticas de Abel Martín.

#### GUERRA DE AMOR

El tiempo que la barba me platea,  
cavó mis ojos y agrandó mi frente,  
va siendo en mi recuerdo transparente,  
y mientras más al fondo, más clarea.

Miedo infantil, amor adolescente,  
¡cuánto esta luz de otoño os hermosea!,  
¡agrios caminos de la vida fea,  
que también os devoráis al sol poniente!

¡Cómo en la fuente donde el agua mora  
resalta en piedra una leyenda escrita:  
al ábaco del tiempo falta una hora!

¡Y cómo aquella ausencia en una cita,  
bajo las olmas que noviembre dora,  
del fondo de mi historia resucita!

"La amada —explica Abel Martín— no acude a la cita; es en la cita ausencia." "No se interprete esto —añade— en un sentido literal." El poeta no alude a ninguna anécdota amorosa de pasión no correspondida o desdeñada. El amor mismo es aquí un sentimiento de ausencia. La amada no acompaña; es aquello que no se tiene y vanamente se espera. El poeta, al evocar su total historia emotiva, descubre la hora de la primera angustia erótica. Es un sentimiento de soledad o, mejor, de pérdida de una compañía, de ausencia inesperada en la cita que confiadamente se dio, lo que Abel Martín pretende expresar en este soneto de apariencia romántica. A partir de este momento, el amor comienza a ser consciente de sí mismo. Va a surgir el objeto erótico —la amada para el amante, o viceversa—, que se opone al amante.

así un imán que al atraer repele

que, lejos de fundirse con él, es siempre lo otro, lo inconfundible con el amante, lo impenetrable, no por definición, como la primera y segunda persona de la gramática, sino realmente. Empieza entonces para algunos —románticos— el calvario erótico; para otros, la guerra erótica, con todos sus encantos y peligros, y para Abel Martín, poeta hombre integral, todo ello reunido, más la sospecha de la esencial heterogeneidad de la substancia.

Debemos hacer constar que Abel Martín no es un erótico a la manera platónica. El Eros no tiene en Martín, como en Platón, su origen en la contemplación del cuerpo bello; no es, como en el gran ateniense, el movimiento que, partiendo del entusiasmo por la belleza del mancebo, le lleva a la contemplación de la belleza ideal. El amor dorio y toda homosexualidad son rechazados también por Abel Martín, y no por razones morales, sino metafísicas. El Eros martiniano sólo se inquieta por la contemplación del cuerpo femenino, y a causa precisamente de aquella diferencia irreductible, que en él se advierte. No es tampoco para Abel Martín la belleza el gran incentivo del amor, sino la sed metafísica de lo esencialmente otro.

\* \* \*

*Nel mezzo del camin* pásóme el pecho  
la flecha de un amor intempestivo.  
Que tuvo en el camino largo acecho  
mostróme en lo certero el rayo vivo.

Así un imán que, al atraer, repele  
(¡oh claros ojos de mirar furtivo!),  
amor que asombra, aguija, halaga y duele,  
y más se ofrece cuanto más esquivo.

Si un grano del pensar arder pudiera,  
no en el amante, en el amor, sería  
la más honda verdad lo que se viera;

y en el espejo de amor se quebraría,  
roto su encanto, y roto la pantera  
de la lujuria el corazón tendría.

El espejo de amor, se quebraría... Quiere decir Abel Martín que el amante renunciaría a cuanto es espejo en el amor, porque comenzaría a amar en la amada lo que, por esencia, no podrá nunca reflejar su propia imagen. Toda la metafísica y la fuerza trágica de aquel su insondable solear:

Gracias, Petenera mía:  
en tus ojos me he perdido;  
era lo que yo quería.

aparecen ahora transparentes o, al menos, traslúcidas.

Para comprender claramente el pensamiento de Martín en su lírica, donde se contiene su manifestación integral, es preciso tener en cuenta que el poeta pretende, según declaración propia, haber creado una forma lógica nueva, en la cual todo razonamiento debe adoptar la manera fluida de la intuición. No es posible —dice Martín— un pensamiento heraclitano dentro de una lógica eleática. De aquí las aparentes lagunas que alguien señaló en su expresión conceptual, la falta de congruencia entre las premisas y las consecuencias de sus razonamientos. En todo verdadero razonamiento no puede haber conclusiones que estén contenidas en las premisas. Cuando se fija el pensamiento por la palabra, hablada o escrita, debe cuidarse de indicar de alguna manera la imposibilidad de que las premisas sean válidas, permanezcan como tales, en el momento de la conclusión. La lógica real no admite supuestos, conceptos inmutables, sino realidades vivas, inmóviles, pero en perpetuo cambio. Los conceptos o formas captoras de lo real no pueden ser rígidos, si han de adaptarse a la constante mutabilidad de lo real. Que esto no tiene expresión posible en el lenguaje, lo sabe Abel Martín. Pero cree que el lenguaje poético puede sugerir la evolución de las premisas asentadas, mediante conclusiones lo bastante desviadas e incongruentes para que el lector o el oyente calcule los cambios que, por necesidad, han de experimentar aquéllas, desde el momento en que fueron fijadas hasta el de la conclusión para que vea claramente que las premisas inmediatas de sus aparentemente inadecuadas conclusiones no son, en realidad, las expresadas por el lenguaje, sino otras que se han producido en el constante mudar del pensamiento. A esto llama Abel Martín *esquema externo de una lógica temporal en que A no es nunca A en dos momentos sucesivos*. Abel Martín tiene —no obstante— una profunda admiración por la lógica de la identidad que, precisamente por no ser lógica de lo real, le parece una creación milagrosa de la mente humana.<sup>1</sup>

Tras este rodeo, volvamos a la lírica erótica de Abel Martín.

"Psicológicamente considerado, el amor humano se diferencia del puramente animal —dice Abel Martín en su tratado de *Lo universal cualitativo*— por la exaltación constante de la facultad representativa, la cual, en casos extremos, convierte al cerebro superior, al que imagina y piensa, en órgano de excitación del cerebro animal. La desproporción entre el excitante, el harén mental del hombre moderno —en España, si existe, marcadamente onanista— y la energía sexual de que el individuo dispone, es causa de constante desequilibrio. Médicos, moralistas y pedagogos deben tener esto muy presente, sin olvidar que este desequilibrio es, hasta cierto grado, lo normal en el hombre. La imaginación pone mucho más en el coito humano que el mero contacto de los cuerpos. Y, acaso, conviene que así sea, porque, de otro modo, sólo se perpetuaría la animalidad. Pero es preciso poner freno, con la censura moral, a esta tendencia, natural en el hombre, a substituir el contacto y la imagen percibida por la imagen representada o, lo que es más peligroso y frecuente en cerebros superiores, por la imagen creada. No debe el hombre destruir su propia animalidad, y por ella han de velar médicos e higienistas."

---

<sup>1</sup> (\*) Muy lejos está Abel Martín de creer en el valor pragmático de la lógica intemporal. La forma lógica del pensamiento es aquello que no puede estar jamás al servicio de la vida. Su inutilidad, en el sentido vital, hace de ella el gran problema de la filosofía del porvenir. Abel Martín no piensa que sea la utilidad el valor supremo, sino, sencillamente, uno de los valores humanos. Lo inútil, en cambio, no es por sí mismo valioso. En cuanto lleva, como el pensar lógico, el signo negativo de la inutilidad, no hemos de ver necesariamente algo superior a lo útil. Pero tampoco hemos de sorprendernos si encontráramos en ello otro valor de más alta categoría que el de la utilidad.

Abel Martín no insiste demasiado sobre este tema: cuando a él alude, es siempre de vuelta de su propia metafísica. Los desarreglos de la sexualidad, según Abel Martín, no se originan —como supone la moderna psiquiatría— en las oscuras zonas de lo subconsciente sino, por el contrario, en el más iluminado taller de la conciencia. El objeto erótico, última instancia de la objetividad, es también, en el plano inferior del amor, proyección subjetiva.

Copiemos ahora algunas coplas de Abel Martín, vagamente relacionadas con este tema. Abel Martín —conviene advertirlo— no pone nunca en verso sus ideas, pero éstas le acompañan siempre:

#### CONSEJOS, COPLAS, APUNTES

1

Tengo dentro de un herbario  
una tarde disecada,  
lila, violeta y dorada.  
Caprichos de solitario.

2

Y en la página siguiente,  
los ojos de Guadalupe,  
cuya color nunca supe.

3

Y una frente...

4

Calidoscopio infantil.  
Una damita, al piano.  
Do, re, mi.  
Otra se pinta al espejo  
los labios de colorín.

5

Y rosas en un balcón  
a la vuelta de una esquina,  
calle. Válgame Dios.

6

Amores, por el atajo,  
de los de "Vente conmigo."  
..."Que vuelvas pronto, serrano.'

7

En el mar de la mujer  
pocos naufragan de noche;  
muchos, al amanecer.



8

Siempre que nos vemos  
es cita para mañana.  
Nunca nos encontraremos.

9

La plaza tiene una torre,  
la torre tiene un balcón,  
el balcón tiene una dama,  
la dama una blanca flor.  
Ha pasado un caballero  
—¡quién sabe por qué pasó!—,  
y se ha llevado la plaza,  
con su torre y su balcón,  
con su balcón y su dama,  
su dama y su blanca flor.

10

Por la calle de mis celos  
en veinte rejas con otro  
hablando siempre te veo.

11

Malos sueños he.  
Me despertaré.

12

Me despertarán  
campanas del alba  
que sonando están.

13

Para tu ventana  
un ramo de rosas me dio la mañana.  
Por un laberinto, de calle en calleja,  
buscando, he corrido, tu casa y tu reja.  
Y en un laberinto me encuentro perdido  
en esta mañana de mayo florido.  
Dime dónde estás.  
Vueltas y revueltas. Ya no puedo más.

("Los complementarios")

\* \* \*

"La conciencia —dice Abel Martín—, como reflexión o pretengo conocer del conocer, sería, sin el amor o impulso hacia *lo otro*, el anzuelo en constante espera de pescarse a sí mismo. Mas la conciencia existe, como actividad reflexiva, porque vuelve sobre sí misma, agotado su impulso por alcanzar el objeto trascendente. Entonces reconoce su limitación y se ve a sí misma, como tensión erótica, impulso hacia lo otro inasequible." Su reflexión es más aparente que real, porque en

verdad, no vuelve sobre sí misma para captarse como pura actividad consciente, sino sobre la corriente erótica que brota con ella de las mismas entrañas del ser. Descubre el amor como su propia impureza, digámoslo así, como su otro inmanente, y se le revela la esencial heterogeneidad de la substancia. Porque Abel Martín no ha superado, ni por un momento, el subjetivismo de su tiempo, considera toda objetividad propiamente dicha como una apariencia, un vario espejismo, una varia proyección ilusoria del sujeto fuera de sí mismo. Pero apariencias, espejismos o proyecciones ilusorias, productos de un esfuerzo desesperado del ser o sujeto absoluto por rebasar su propia frontera, tienen un valor positivo, pues mediante ellos se alcanza conciencia en su sentido propio, sin saber o sospechar la propia heterogeneidad, a tener la visión analítica — separando por abstracción lógica lo en realidad inseparable— de la constante y quieta mutabilidad.

*El gran ojo que todo lo ve al verse a sí mismo* es, ciertamente, un ojo ante las ideas, en actitud teórica, de visión o distancia; pero las ideas no son sino el alfabeto o conjunto de signos homogéneos que representan las esencias que integran el ser. Las ideas no son, en efecto, las esencias mismas, sino su dibujo o contorno trazado sobre la negra pizarra del no ser. Hijas del amor y, en cierto modo, del gran fracaso del amor, nunca serían concebidas sin él, porque es el amor mismo o conato del ser por superar su propia limitación quien las proyecta sobre la *nada* o *cero absoluto*, que también llama el poeta *cero divino*, pues, como veremos después, Dios no es el creador del mundo —según Martín—, sino el creador de la nada. No tienen, pues, las ideas realidad esencial, per se, son meros trasuntos o copias descoloridas de las esencias reales que integran el ser. Las esencias reales son cualitativamente distintas y su proyección ideal tanto menos substancial y más alejada del ser cuanto más homogéneo. Estas esencias no pueden separarse en realidad, sino en su proyección ilusoria, ni cabe tampoco —según Martín— apetencia de las unas hacia las otras, sino que todas ellas aspiran conjunta e indivisiblemente, a lo otro, *a un ser que sea lo contrario de lo que es*, de lo que ellas son, en suma, a lo imposible. En la metafísica intrasubjetiva de Abel Martín fracasa el amor, pero no el conocimiento, o, mejor dicho, es el conocimiento el premio del amor. Pero el amor, como tal, no encuentra objeto; dicho líricamente: la amada es imposible.

En sueños se veía  
reclinado en el pecho de su amada.  
Gritó, en sueños: "¡Despierta, amada mía!"  
Y él fue quien despertó; porque tenía  
su propio corazón por almohada.

("Los complementarios").

La ideología de Abel Martín es, a veces, oscura, lo inevitable en una metafísica del poeta, donde no se definen previamente los términos empleados. Así, por ejemplo, con la palabra *esencia* no siempre sabemos lo que quiere decir. Generalmente, pretende designar lo absolutamente real que, en su metafísica, pertenece al sujeto mismo, puesto que más allá de él no hay nada. Y nunca emplea Martín este vocablo como término opuesto a lo existencial o realizado en espacio y tiempo. Para Martín esta distinción, en cuanto pretende señalar diversidad profunda, es artificial. Todo es por y en el sujeto, todo es actividad consciente, y para la conciencia integral nada es que no sea la conciencia misma. "Sólo lo absoluto —dice Martín— puede tener existencia, y todo lo existente es absolutamente en el sujeto consciente." El ser es pensado por Martín como conciencia activa, quieta y mudable, esencialmente heterogénea, siempre sujeto, nunca pasivo de energías extrañas. La substancia, el ser que todo lo es al serse a sí mismo, cambia en cuanto es actividad constante, y permanece inmóvil, porque no existe energía que no sea él mismo, que le sea externa y pueda moverle. "La concepción mecánica del mundo —añade Martín— es

el ser pensado como pura inercia, el ser que no es por sí, *inmutable y en constante movimiento*, un torbellino de cenizas que agita, no sabemos por qué ni para qué, la mano de Dios." Cuando esta mano, patente aún en la *chiquenaude* cartesiana, no es tenida en cuenta, el ser es ya pensado como aquello que absolutamente no es. Los atributos de la substancia son ya, en Espinosa, los atributos de la pura nada. La conciencia llega, por ansia de lo otro, al límite de su esfuerzo, a pensarse a sí misma como objeto total, a pensarse como no es, a *desearse*. El trágico erotismo de Espinosa llevó a un límite infranqueable la desubjetivación del sujeto. "¿Y cómo no intentar —dice Martín— devolver a *lo que es su propia intimidad*?" Esta empresa fue iniciada por Leibnitz —filósofo del porvenir, añade Martín—; pero sólo puede ser consumada por la poesía, que define Martín como aspiración a conciencia integral. El poeta, como tal, no renuncia a nada, ni pretende degradar ninguna apariencia. Los colores del iris no son para él menos reales que las vibraciones del éter que paralelamente los acompañan, no son éstas menos *suyas* que aquellos, ni el acto de ver menos substancial que el de medir o contar los estremecimientos de la luz. Del mismo modo, la vida ascética, que pretende la perfección moral en el vacío o enrarecimiento de representaciones vitales, no es para Abel Martín camino que lleve a ninguna parte. El *ethos* no se purifica, sino que se empobrece por eliminación del *pathos*, y aunque el poeta debe saber distinguirlos, su misión es la reintegración de ambos a aquella zona de la conciencia en que se dan como inseparables.

En su Diálogo entre Dios y el Santo, dice este último: —Por amor de Ti he renunciado a todo, a todo lo que no eras Tú. Hice la noche en mi corazón para que sólo tu luz resplandezca.

Y Dios contesta:

—Gracias, hijo, porque también las luciérnagas son cosa mía.

Cuando se preguntaba a Martín si la poesía aspiraba a expresar lo inmediato psíquico, pues la conciencia, cogida en su propia fuente, sería, según su doctrina, conciencia integral, respondía: "Sí y no. Para el hombre, lo inmediato consciente es siempre cazado en el camino de vuelta. También la poesía es hija del gran fracaso del amor. La conciencia, en el hombre, comienza por ser vida, espontaneidad; en este primer grado, no puede darse en ella ningún fruto de la cultura, es actividad ciega, aunque no mecánica, sino animada, animalidad, si se quiere. En un segundo grado, comienza a verse a sí misma como un turbio río y pretende purificarse. Cree haber perdido la inocencia; mira como extraña su propia riqueza. Es el momento erótico, de honda inquietud, en que lo otro inmanente comienza a ser pensado como trascendente, como objeto de conocimiento y de amor. Ni Dios está en el mundo, ni la verdad en la conciencia del hombre. En el camino de la conciencia integral o autoconciencia, este momento de soledad y angustia es inevitable. Sólo después que el anhelo erótico ha creado las formas de la objetividad — Abel Martín cita cinco en su obra de metafísica *De lo uno a lo otro*, pero en sus últimos escritos señala hasta veintisiete— puede el hombre llegar a la visión real de la conciencia, reintegrando a la pura unidad heterogénea las citadas formas o *reversos del ser*, a verse, a vivirse, a *serse* en plena y fecunda intimidad. El pindárico *sé él que eres* es el término de este camino de vuelta, la meta que el poeta pretende alcanzar. "Mas nadie —dice Martín— logrará ser el que es, si antes no logra pensarse como no es.

\* \* \*

De su libro de estética *Lo universal cualitativo*, entresacamos los párrafos siguientes:

"1. Problema de la lírica: La materia en que las artes trabajan, sin excluir del todo a

la música, pero excluyendo a la poesía, es algo no configurado por el espíritu: piedra, bronce, sustancias colorantes, aire que vibra, materia bruta, en suma, de cuyas leyes, que la ciencia investiga, el artista, como tal, nada entiende. También le es dado al poeta su material, el lenguaje, como al escultor el mármol o el bronce. En él ha de ver por de pronto, lo que aún no ha recibido forma, lo que va a ser, después de su labor, sus tentáculos de un mundo ideal. Pero mientras el artista de otras artes comienza venciendo resistencias de la materia bruta, el poeta lucha con una nueva clase de resistencias: las que ofrecen aquellos productos espirituales, las palabras, que constituyen su material. Las palabras, a diferencia de las piedras, o de las materias colorantes, o del aire en movimiento, son ya, por sí mismas, significación de lo humano, a las cuales ha de dar el poeta nueva significación. La palabra es, en parte, valor de cambio, producto social, instrumento de objetividad (objetividad en este caso significa convención entre sujetos), y el poeta pretende hacer de ellas medio expresivo de lo psíquico individual, objeto único, valor cualitativo. Entre la palabra usada por todos y la palabra lírica existe la diferencia que entre una moneda y una joya del mismo metal. El poeta hace joyel de la moneda. ¿Cómo? La respuesta es difícil. El aurífice puede deshacer la moneda y aun fundir el metal para darle después nueva forma, aunque no caprichosa y arbitraria. Pero al poeta no le es dado deshacer la moneda para labrar su joya. Su material de trabajo no es el elemento sensible en que el lenguaje se apoya (el sonido), sino aquellas significaciones de lo humano que la palabra, como tal, contiene. Trabaja el poeta con elementos ya estructurados por el espíritu, y aunque con ellos ha de realizar una nueva estructura, no puede desfigurarlos.

"2. Todas las formas de la objetividad, o apariencias de lo objetivo, son, con excepción del arte, productos de desobjetivación, tienden a formas espaciales y temporales puras: figuras, números, conceptos. Su objetividad quiere decir, ante todo, homogeneidad, descualificación de lo esencialmente cualitativo. Por eso, espacio y tiempo, límites del trabajo descualificador de lo sensible, son condiciones *sine qua non* de ellas, lógicamente previas o, como dice Kant, *a priori*. Sólo a este precio se consigue en la ciencia la objetividad, la ilusión del objeto, del ser que no es. El impulso hacia lo otro inasequible realiza un trabajo homogeneizador, crea la sombra del ser. Pensar es, ahora, descualificar, homogeneizar. La materia pensada se resuelve en átomos; el cambio substancial, en movimientos de partículas inmutables en el espacio. El ser ha quedado atrás; sigue siendo el ojo que mira, y más allá están el tiempo y el espacio vacíos, la pizarra negra, la pura nada. Quien piensa el ser puro, el ser como es, piensa, en efecto, la pura nada; y quien piensa el tránsito del uno a la otra, piensa el puro devenir, tan huero como los elementos que lo integran. El pensamiento lógico sólo se da, en efecto, en el vacío insensible; y aunque es maravilloso este poder de inhibición del arte, de donde surge el palacio encantado de la lógica (la concepción mecánica del mundo, la crítica de Kant, la metafísica de Leibnitz, por no citar sino ejemplos ingentes), con todo, el ser no es *nunca* pensado; contra la sentencia, el ser y el pensar (el pensar homogeneizador) no coinciden, ni por casualidad."

Confiamos  
en que no será verdad  
nada de lo que pensamos.

(Véase A. Machado.)

Pero el arte, y especialmente la poesía —añade Martín—, que adquiere tanta más importancia y responde a una necesidad tanto más imperiosa cuanto más ha avanzado el trabajo descualificador de la mente humana (esta importancia y esta necesidad son independientes del valor estético de las obras que en cada época se producen), no puede ser sino una actividad del sentido inverso al del pensamiento lógico. Ahora se trata (en poesía) de realizar nuevamente lo *desrealizado*; dicho de

otro modo: una vez que el ser ha sido pensado como no es, es preciso pensarlo como es; urge devolverle su rica, inagotable heterogeneidad.

Este nuevo pensar, o pensar poético, es pensar cualificador. No es, ni mucho menos, un retorno al caos sensible de la animalidad; porque tiene sus normas, no menos rígidas que las del pensamiento homogeneizador, aunque son muy otras. Este pensar se da entre realidades, no entre sombras; entre intuiciones, no entre conceptos. "El no ser es ya pensado como no ser y arrojado, por ende, a la espuerta de la basura." Quiere decir Martín que, una vez que han sido convictas de oquedad las formas de lo objetivo, no sirven ya para pensar lo que es. Pensando el ser cualitativamente, con extensión infinita, sin mengua alguna de lo infinito de su comprensión, no hay dialéctica humana ni divina que realice ya el tránsito de su concepto al de su contrario, porque, entre otras cosas, su contrario no existe.

Necesita, pues, el pensar poético una nueva dialéctica, sin negaciones ni contrarios, que Abel Martín llama lírica y, otras veces, mágica, la lógica del camino substancial o devenir inmóvil, del ser cambiando o el cambio siendo. Bajo esta idea, realmente paradójica y aparentemente absurda, está la más honda intuición que Abel Martín pretende haber alcanzado.

"Los eleáticos —dice Martín— no comprendieron que la única manera de probar la inmutabilidad del ser hubiera sido demostrar la realidad del movimiento, y que sus argumentos, en verdad sólidos, eran contraproducentes; que a los heraclitanos correspondía, a su vez, probar la irrealidad del movimiento para demostrar la mutabilidad del ser. Porque ¿cómo ocupará dos lugares distintos del espacio, en dos momentos sucesivos del tiempo, lo que constantemente cambia y no —¡cuidado!— para dejar de ser, sino para ser otra cosa? El cambio continuo es impensable como movimiento, pues el movimiento implica persistencia del móvil en lugares distintos y en momentos sucesivos; y un cambio discontinuo, con intervalos vacíos, que implican aniquilamiento del móvil, es impensable también. Del no ser al ser no hay tránsito posible, y la síntesis de ambos conceptos es inaceptable en toda lógica que pretenda ser, al par, ontología, porque no responde a realidad alguna."

No obstante, Abel Martín sostiene que, sin incurrir en contradicción, se puede afirmar que es el concepto del no ser la creación específicamente humana; y a él dedica un soneto con el cual cierra la primera sección de *Los complementarios*:

AL GRAN CERO

Cuando el *Ser que se* es hizo la nada  
y reposó, que bien lo merecía,  
ya tuvo el día noche, y compañía  
tuvo el hombre en la ausencia de la amada.

*Fiat umbra!* Brotó el pensar humano.  
Y el huevo universal alzó, vacío,  
ya sin color, dessubstanciado y frío,  
lleno de niebla ingravida, en su mano.

Toma el cero integral, la hueca esfera,  
que has de mirar, si lo has de ver, erguido.  
Hoy que es espalda el lomo de tu fiera,

y es el milagro del no ser cumplido,  
brinda, poeta un canto de frontera  
a la muerte, al silencio y al olvido.

En la teología de Abel Martín es Dios definido como el ser absoluto, y, por ende, nada que sea puede ser su obra. Dios, como creador y conservador del mundo, le parece a Abel Martín una concepción judaica, tan sacrílega como absurda. La nada, en cambio, es, en cierto modo, una creación divina, un milagro del ser, obrado por éste para pensarse en su totalidad. Dicho de otro modo: Dios regala al hombre el gran cero, la nada o cero integral, es decir, el cero integrado por todas las negociaciones de cuanto es. Así, posee la mente humana un concepto de totalidad, la suma de cuanto no es, que sirva lógicamente de límite y frontera a la totalidad de cuanto es:

*Fiat umbra!* Brotó el pensar humano.

Entiéndase: el pensar homogeneizador —no el poético, que es ya pensamiento divino—; el pensar del mero bípedo racional, el que ni por casualidad puede coincidir con la pura heterogeneidad del ser; el pensar que necesita de la nada para pensar lo que es, porque, en realidad, lo piensa como no siendo.

Tras este soneto, no exento de énfasis, viene el *canto de frontera*, por soleares (cante hondo) a la muerte, al silencio y al olvido que constituye la segunda sección del libro *Los complementarios*. La tercera sección lleva, a guisa de prólogo, los siguientes versos:

#### AL GRAN PLENO O CONCIENCIA INTEGRAL

Que en su estatua al alto Cero  
—mármol frío,  
ceño austero  
y una mano en la mejilla—,  
del gran remanso del río,  
medite, eterno, en la orilla,  
y haya gloria eternamente.  
Y la lógica divina  
que imagina,  
pero nunca imagen miente  
—no hay espejo; todo es fuente —,  
diga: sea  
cuanto es, y que se vea  
cuanto ve. Quieto y activo  
—mar y pez y anzuelo vivo,  
todo el mar en cada gota,  
todo el pez en cada huevo,  
todo nuevo—,  
lance unánime su nota.  
Todo cambia y todo queda,  
piensa todo,  
y es a modo,  
cuando corre, de moneda,  
un sueño de mano en mano.  
Tiene amor rosa y ortiga,  
y la amapola y la espiga  
le brotan del mismo grano.  
Armonía;  
todo canta en pleno día.  
Borra las formas del cero,  
torna a ver,  
brotando de su venero,  
las vivas aguas del ser.

## CANCIONERO APÓCRIFO

### CLXVIII

#### JUAN DE MAIRENA,

poeta, filósofo, retórico e inventor de una Máquina de Cantar. Nació en Sevilla (1865). Murió en Casariego de Tapia (1909). Es autor de una *Vida de Abel Martín*, de un *Arte poética*, de una colección de poesías: *Coplas mecánicas*, y de un tratado de metafísica: *Los siete reversos*.

#### MAIRENA A MARTÍN, MUERTO

Maestro, en tu lecho yaces,  
en paz con Ella o con Él...  
(¿Quién sabe de últimas paces,  
don Abel?)

Si con Ella, bien colmada  
la medida,  
dice, quieta, en la almohada  
tu noble cabeza hundida.  
Si con Él, que todo sea  
—donde sea— quieto y vivo,  
el ojo en superlativo,  
que mire, admire y se vea.

—

Del juglar meditativo  
quede el índice ideario  
para el alba que aún no ríe;  
y el muñeco estrafalario  
del retablo desafía  
con su gesto al sol gregario.

—

Hiedra y parra. Las paredes  
de los huertos blancas son.  
Por calles de Sal-Si-Puedes  
brillan balcón y balcón.

Todavía, ¡oh don Abel!  
vibra la campanería  
de la tarde, y un clavel  
te guarda Rosa María.

Todavía  
se oyen entre los cipreses  
de tu huerto y laberinto  
de tus calles —eses y eses,  
trenzadas, de vino tinto—  
tus pasos; y el mazo suena  
que en la fragua de un instinto

blande la razón serena.

De tu logos variopinto,  
nueva ratio,  
queda el ancla en agua y viento,  
buen cimientó  
de tu lírico palacio.

Y cuajado en piedra el fuego  
del amante  
(Amor bizco y Eros ciego),  
brilla al sol como diamante.

La composición continúa, algo enrevesada y difícil, con esa dificultad artificiosa del barroco conceptual, que el propio Mairena censura en su *Arte poético*. En las últimas estrofas, el sentimiento de piedad hacia el maestro parece enturbiarse con mezcla de ironía, rayana en sarcasmo. Y es que toda nueva generación ama y odia a su precedente. El elogio incondicional rara vez es sincero. Lo del *logos* variopinto no es, sin duda, expresión demasiado feliz para significar la facultad creadora de aquellos universales cualitativos que persiguió Martín. Y más que incompreensión parece acusar —en Mairena— una cierta malevolencia, que le lleva al sabotaje de las ideas del maestro. Lo del Amor bizco tiene una cuádruple significación: anecdótica, lógica, estética y metafísica. Una honda explicación de ello se encuentra en la *Vida de Abel Martín*.

#### EL "ARTE POÉTICA" DE JUAN DE MAIRENA

Juan de Mairena se llama a sí mismo *el poeta del tiempo*. Sostenía Mairena que la poesía era un arte temporal —lo que ya habían dicho muchos antes que él— y que la temporalidad propia de la lírica sólo podía encontrarse en sus versos, plenamente expresada. Esta jactancia, un tanto provinciana, es propia del novato que llega al mundo de las letras dispuesto a escribir por todos y para todos, y, en último término, contra todos. En su *Arte poético* no faltan párrafos violentos, en que Mairena se adelanta a decretar la estolidez de quienes pudieran sostener una tesis contraria a la suya. Los omitimos por vulgares, y pasamos a reproducir otros más modestos y de más substancia.

"Todas las artes —dice Juan de Mairena en la primera lección de su *Arte poética*— aspiran a productos permanentes, en realidad, a frutos intemporales. Las llamadas artes del tiempo, como la música y la poesía, no son excepción. El poeta pretende, en efecto, que su obra trascienda de los momentos psíquicos en que es producida. Pero no olvidemos que, precisamente, es el tiempo (el tiempo vital del poeta con su propia vibración) lo que el poeta pretende intemporalizar, digámoslo con toda pompa: eternizar. El poema que no tenga muy marcado el acento temporal estará más cerca de la lógica que de la lírica."

"Todos los medios de que se vale el poeta: cantidad, medida, acentuación, pausas, rima, las imágenes mismas, por su enunciación en serie, son elementos temporales. La temporalidad necesaria para que una estrofa tenga acusada la intención poética está al alcance de todo el mundo; se aprende en las más elementales Preceptivas. Pero una intensa y profunda impresión del tiempo sólo nos la dan muy contados poetas. En España, por ejemplo, la encontramos en don Jorge Manrique, en el *Romancero*, en Bécquer, rara vez en nuestros poetas del siglo de oro."



"Veamos —dice Mairena— una estrofa de don Jorge Manrique:

¿Qué se hicieron las damas,  
sus tocados, sus vestidos,  
sus olores?

¿Qué se hicieron las llamas  
de los fuegos encendidos  
de amadores?

¿Qué se hizo del trovar,  
las músicas acordadas  
que tañían?

¿Qué se hizo aquel danzar,  
aquellas ropas chapadas  
que traían?

Si comparamos esta estrofa del gran lírico español —añade Mairena— con otra de nuestro barroco literario, en que se pretenda expresar un pensamiento análogo la fugacidad del tiempo y lo efímero de la vida humana, por ejemplo: el soneto *A las flores*, que pone Calderón en boca de su Príncipe Constante, veremos claramente la diferencia que media entre la lírica y la lógica rimada."

Recordemos el soneto de Calderón:

Éstas que fueron pompa y alegría,  
despertando al albor de la mañana,  
a la tarde serán lástima vana  
durmiendo en brazos de la noche fría.

Este matiz que al cielo desafía,  
iris listado de oro, nieve y grana,  
será escarmiento de la vida humana:  
tanto se aprende en término de un día.

A florecer las rosas madrugaron,  
y para envejecerse florecieron.  
Cuna y sepulcro de un botón hallaron.

Tales los hombres sus fortunas vieron:  
en un día nacieron y expiraron,  
que, pasados los siglos, horas fueron.

"Para alcanzar la finalidad intemporalizadora del arte, fuerza es reconocer que Calderón ha tomado un camino demasiado llano: el empleo de elementos de suyo intemporales. Conceptos e imágenes conceptuales —pensadas, no intuitivas— están fuera del tiempo psíquico del poeta, de fluir de su propia conciencia. Al *panta rhei* de Heráclito sólo es excepción el pensamiento lógico. Conceptos e imágenes en función de conceptos —substantivos acompañados de adjetivos definidores, no cualificadores— tienen, por lo menos, esta pretensión: la de ser hoy lo que fueron ayer, y mañana lo que son hoy. El albor de la mañana vale para todos los amaneceres; la noche fría, en la intención del poeta, para todas las noches. Entre tales nociones definidas se establecen relaciones lógicas, no menos intemporales que ellas. Todo el encanto del soneto de Calderón —si alguno tiene— estriba en su corrección silogística. La poesía aquí no canta, razona, discurre en torno a unas cuantas definiciones. Es —como todo o casi todo nuestro barroco literario—

escolástica rezagada."

"En la estrofa de Manrique nos encontramos en un clima espiritual muy otro, aunque para el somero análisis, que suele llamarse crítica literaria, la diferencia pase inadvertida. El poeta no comienza por asentar nociones que traducir en juicios analíticos, con los cuales construir razonamientos. El poeta no pretende saber nada; pregunta por damas, tocados, vestidos, olores, llamas, amantes... El ¿qué se hicieron?, el devenir en interrogante, individualiza ya estas nociones genéricas, las coloca en el tiempo, en un pasado vivo, donde el poeta pretende intuir las, como objetos únicos, las rememora o evoca. No pueden ser ya cualesquiera damas, tocados, fragancias y vestidos, sino aquellos que, estampados en la placa del tiempo, conmueven —¡todavía!— el corazón del poeta. *Y aquel trovar y el danzar aquel* —aquellos y no otros— ¿qué se hicieron?, insiste en preguntar el poeta, hasta llegar a la maravilla de la estrofa: *aquellas ropas chapadas*, vistas en los giros de una danza, las que traían los caballeros de Aragón —o quienes fueren—, y que surgen ahora en el recuerdo, como escapadas de un sueño, actualizando, materializando casi el pasado, en una trivial anécdota indumentaria. Terminada la estrofa, queda toda ella vibrando en nuestra memoria como una melodía única, que no podrá repetirse ni imitarse, porque para ello sería preciso haberla vivido. La emoción del tiempo es todo en la estrofa de don Jorge; nada, o casi nada, en el soneto de Calderón. La diferencia es más profunda de lo que a primera vista parece. Ella sola explica por qué en don Jorge la lírica tiene todavía un porvenir, y en Calderón, nuestro gran barroco, un pasado abolido, definitivamente muerto.."

Se extiende después Mairena en consideraciones sobre el barroco literario español. Para Mairena —conviene advertirlo—, el concepto de lo barroco dista mucho del que han puesto de moda los alemanes en nuestros días, y que -dicho sea de paso—, bien pudiera ser falso aunque nuestra crítica lo acepte, como siempre, sin crítica, por venir de fuera.

"En poesía se define —habla Mairena— como un tránsito de lo vivo a lo artificial, de lo intuitivo a lo conceptual, de la temporalidad psíquica al plano temporal de la lógica, como un *piétinement sur place* del pensamiento que, incapaz de avanzar sobre intuiciones —en ninguno de los sentidos de esta palabra—, vuelve sobre sí mismo, y gira y deambula en torno a lo definido, creando enmarañados laberintos verbales; un metaforismo conceptual, ejercicio superfluo y pedante del pensar y del sentir, que pretende asombrar por lo difícil y cuya oquedad no advierten los papanatas."

El párrafo es violento, acaso injusto. Encierra, no obstante, alguna verdad. Porque Mairena vio claramente que el tan decantado dinamismo de lo barroco es más aparente que real, y más que la expresión de una fuerza actuante, el gesto hinchado, que sobrevive a un esfuerzo extinguido.

Acaso puede argüirse a Mairena que, bajo la denominación de barroco literario, comprende la corriente culterana y la conceptista, sin hacer de ambas suficiente distinción. Mairena, sin embargo, no las confunde, sino que las ataca en su raíz común. Fiel a su maestro, Abel Martín, Mairena no ve en las formas literarias sino contornos más o menos momentáneos de una materia en perpetuo cambio, y sostiene que es esta materia, este contenido, lo que, en primer término, conviene analizar. ¿En qué zona del espíritu del poeta ha sido engendrado el poema, y qué es lo que predominantemente contiene? Sigue un criterio opuesto al de la crítica de su tiempo, que sólo veía en las formas literarias moldes rígidos para rellenos de un mazacote cualquiera, y cuyo contenido, por ende, no interesa. Culteranismo y conceptismo son, pues, para Mairena dos expresiones de una misma oquedad y cuya concomitancia se explica por un creciente empobrecimiento del alma española. La misma inopia de intuiciones que, incapaz de elevarse a las ideas, lleva

al pensamiento conceptista, y éste a la pura agudeza verbal, crea la metáfora culterana, no menos conceptual que el concepto conceptista, la seca y árida tropología gongorina, arduo trasiego de imágenes genéricas, en el fondo puras definiciones, a un ejercicio de mera lógica, que sólo una crítica inepta o un gusto depravado puede confundir con la poesía.

"Claro es —añade Mairena, en previsión de fáciles objeciones— que el talento poético de Góngora y el robusto ingenio de Quevedo, Gracián o Calderón, son tan patentes como la inanimidad estética del culteranismo y el conceptismo."

El barroco literario español, según Mairena, se caracteriza:

1.º *Por una gran pobreza de intuición.* —¿En qué sentido? En el sentido de experiencia externa o contacto directo con el mundo sensible; en el sentido de experiencia interna o contacto con lo inmediato psíquico, estados únicos de conciencia; en el sentido teórico de enfrentamiento con las ideas, esencias, leyes y valores como objetos de visión mental; y en el resto de las acepciones de esta palabra. "Las imágenes del barroco expresan, disfrazan o decoran conceptos, pero no contienen intuiciones." "Con ellas —dice Mairena— se discurre o razona, aunque superflua y mecánicamente, pero de ningún modo se canta. Porque se puede razonar, en efecto, por medio de conceptos escuetamente lógicos, por medio de conceptos matemáticos —números y figuras— o por medio de imágenes, sin que el acto de razonar, discurrir entre lo definido, deje de ser el mismo: una función homogeneizadora del entendimiento que persigue igualdades —reales, o convenidas—, eliminando diferencias. El empleo de imágenes, más o menos coruscantes, no puede nunca trocar una función esencialmente lógica sin función estética, de sensibilidad. Si la lírica barroca, consecuente consigo misma, llegase a su realización perfecta, nos daría un álgebra de imágenes, fácilmente abarcable en un tratado al alcance de los estudiosos, y que tendría el mismo valor estético del álgebra propiamente dicha, es decir, un valor estéticamente nulo."

2.º *Por su culto a lo artificioso y desdeñoso de lo natural.* — "En las épocas en que el arte es realmente creador —dice Mairena— no vuelve nunca la espalda a la naturaleza, y entiende por naturaleza todo lo que aun no es arte, incluyendo en ello el propio corazón del poeta. Porque si el artista ha de crear, y no a la manera del dios bíblico, necesita una materia que informar o transformar, que no ha de ser —¡claro está!— el arte mismo. Porque existe, en verdad, una forma de apatía estética, que pretende substituir el arte por la naturaleza misma, se deduce, groserísimamente, que el artista puede ser creador prescindiendo ella. Esa abeja que liba en la miel y no en las flores más ajena a toda labor creadora que el humilde arrimador de documentos reales, o que el consabido espejo de lo real, que pretende darnos por arte la innecesaria réplica de cuanto lo es."

3.º *Por su carencia de temporalidad.* — En su análisis del verso barroco, señala Mairena la preponderancia del sustantivo y su adjetivo definidor sobre las formas temporales del verbo; el empleo de la rima con carácter más ornamental que melódico y el total olvido de su valor mnemónico.

"La rima —dice Mairena— es el encuentro, más o menos reiterado, de un sonido con el recuerdo de otro. Su monotonía es más aparente que real, porque son elementos distintos, acaso heterogéneos, sensación y recuerdo, los que en la rima se conjugan; con ellos estamos dentro y fuera de nosotros mismos. Es la rima un buen artificio, aunque no el único, para poner la palabra en el tiempo. Pero cuando la rima se complica con excesivos entrecruzamientos y se distancia hasta tal punto que ya no se conjugan sensación y recuerdo, porque el recuerdo se ha extinguido cuando la sensación se repite, la rima es entonces un artificio superfluo. Y los que suprimen la rima —esa tardía invención de la métrica—, juzgándola innecesaria,

suelen olvidar que lo esencial en ella es su función temporal, y que su ausencia les obliga a buscar algo que la sustituya; que la poesía lleva muchos siglos cabalgando sobre asonancias y consonancias, no por capricho de la incultura medieval, sino porque el sentimiento del tiempo, que algunos llaman impropriamente sensación de tiempo, no contiene otros elementos que los señalados en la rima: sensación y recuerdo. Mas en el verso barroco la rima tiene, en efecto, un carácter ornamental. Su primitiva misión de conjugar sensación y recuerdo, para crear así la emoción del tiempo, queda olvidada. Y es que el verso barroco, culterano o conceptista, no contiene elementos temporales, puesto que conceptos e imágenes conceptuales son —habla siempre Mairena— esencialmente ácronos."

4.º *Por su culto a lo difícil artificial y su ignorancia de las dificultades reales.* — La dificultad no tiene por sí misma valor estético, ni de ninguna otra clase —dice Mairena—. Se aplaude con razón el acto de atacarla y vencerla; pero no es lícito crearla artificialmente para ufanarse de ella. Lo clásico, en verdad, es vencerla, eliminarla; lo barroco, exhibirla. Para el pensamiento barroco, esencialmente plebeyo, lo difícil es siempre precioso: un soneto valdrá más que una copla en asonante, y el acto de engendrar un chico, menos que el de romper un adoquín con los dientes.

5.º *Por su culto a la expresión indirecta, perifrástica, como si ella tuviera por sí misma un valor estético.* — Porque no existe perfecta conmensurabilidad —dice Mairena— entre el sentir y el hablar, el poeta ha acudido siempre a formas indirectas de expresión, que pretenden ser las que directamente expresen lo inefable. Es la manera más sencilla, más recta y más inmediata de rendir lo intuido en cada momento psíquico, lo que el poeta busca, porque todo lo demás tiene formas adecuadas de expresión en el lenguaje conceptual. Para ello acude siempre a imágenes singulares, o singularizadas, es decir, a imágenes que no puedan encerrar conceptos, sino intuiciones, entre las cuales establece relaciones capaces de crear a la postre nuevos conceptos. El poeta barroco, que ha visto el problema precisamente al revés, emplea las imágenes para adornar y disfrazar conceptos, y confunde la metáfora esencialmente poética con el eufemismo de negro catedrático. El *oro cano*, el *pino cuadrado*, la *flecha alada*, el *áspid de metal*, son, en efecto, maneras bien estúpidas de aludir a la plata, a la mesa, a la flecha y a la pistola.

6.º *Por su carencia de gracia.* — "La tensión barroca —dice Mairena— con su fría vehemencia, su aparato de fuerza y falso dinamismo, su torcer y desmesurar arbitrarios —sintaxis hiperbática e imagería hiperbólica—, con su empeño de desnaturalizar una lengua viva para ajustarla bárbaramente a los esquemas más complicados de una lengua muerta, con su hinchazón y amaneramiento y superfluo artificio, podrá, en horas de agotamiento o perversión del gusto, producir un efecto que, mal analizado, se parezca a una emoción estética. Pero hay algo a que el barroco ha de renunciar, pues ni la mera apariencia le es dado contrahacer: la calidad de lo gracioso, que sólo se produce cuando el arte, de puro maestro, llega al olvido de sí mismo, y a hacerse perdonar su necesario apartamiento de la naturaleza."

7.º *Por su culto supersticioso a lo aristocrático.* — Hablando de Góngora, dice Juan de Mairena: "Cuanto hay en él apoyado en folklore tiende a ser, más que lo popular (tan finamente captado por Lope), lo apicarado y grosero. Sin embargo, lo verdaderamente plebeyo de Góngora es el gongorismo. Enfrente de Lope, tan íntegramente español como hombre de la corte, Góngora será siempre un pobre cura provinciano." Y en verdad que la "obsesión de lo distinguido y aristocrático no ha producido en arte más que ñoñeces". "El vulgo en arte, es decir, el vulgo a que suele aludir el artista, es, en cierto modo, una invención de los pedantes, mejor diré: un ente de ficción que el pedante fabrica con su propia substancia." "Ningún

espíritu creador —añade Mairena— en sus momentos realmente creadores, pudo pensar más que en el hombre, en el hombre esencial que ve en sí mismo, y que supone en su vecino. Que existe una masa desatenta, incomprensiva, ignorante, ruda, el artista no lo ha ignorado nunca. Pero una de dos: o la obra del artista alcanza y penetra, en más o en menos, a esa misma masa bárbara, que deja de ser vulgo *ipso jacto* para convertirse en público de arte, o encuentra en ella una completa impermeabilidad, una total indiferencia. En este caso, el vulgo propiamente dicho no guarda ya relación alguna con la obra de arte y no puede ser objeto de obsesión para el artista. Pero el vulgo del culterano, del preciosista, del pedante, es una masa de papanatas, a la cual se asigna una función positiva: la de rendir al artista un tributo de asombro y de admiración incomprensiva."

En suma, Mairena no se chupa el dedo en su análisis del barroco literario español. Más adelante añade —en previsión de fáciles objeciones— que él no ignora cómo en toda época, de apogeo o decadencia, ascendente o declinante, lo que se produce es lo único que puede producirse, y que aun las más patentes perversiones del gusto, cuando son realmente actuales, tendrán siempre una sutil abogacía que defiende sus mayores desatinos. Y en verdad que esa abogacía no defiende, en el fondo, ni tales perversiones ni tales desatinos, sino a un espíritu incapaz de producir otra cosa. Lo más inepto contra el culteranismo lo hizo Quevedo, publicando los versos de fray Luis de León. Fray Luis de León fue todavía un poeta, pero el sentimiento místico, que alcanzó en él una admirable expresión de remanso, distaba ya tanto de Góngora como de Quevedo, era precisamente lo que ya no podía cantar, algo definitivamente muerto a manos del espíritu jesuítico imperante.

#### LA METAFÍSICA DE JUAN DE MAIRENA

"Todo poeta —dice Juan de Mairena— supone una metafísica; acaso cada poema debiera tener la suya —implícita—, claro está —nunca explícita—, y el poeta tiene el deber de exponerla, por separado, en conceptos claros. La posibilidad de hacerlo distingue al verdadero poeta del mero señorito que compone versos." (*Los siete reversos*, pág. 192). Digamos algunas palabras sobre la metafísica de Juan de Mairena.

Su punto de partida está en un pensamiento de su maestro Abel Martín. Dios no es el creador del mundo, sino el ser absoluto, único y real, más allá del cual nada es. No hay problema genético de lo que es. El mundo es sólo un aspecto de la divinidad; de ningún modo una creación divina. Siendo el mundo real, y la realidad única y divina, hablar de una creación del mundo equivaldría a suponer que Dios se creaba a sí mismo. Tampoco el ser, la divinidad, plantea ningún problema metafísico. Cuanto es aparece; cuanto aparece es. Todo el trabajo de la ciencia —que Mairena admira y venera— consiste en descubrir nuevas apariencias; es decir, nuevas apariciones del ser; de ningún modo nos suministra razón alguna esencial para distinguir entre lo real y aparente. Si el trabajo de la ciencia es infinito y nunca puede llegar a un término, no es porque busque una realidad que huye y se oculta tras una apariencia, sino porque lo real es una apariencia infinita, una constante e inagotable posibilidad de aparecer.

No hay, pues, problema del ser, de lo que aparece. Sólo lo que no es, lo que no aparece, puede constituir problema. Pero este problema no interesa tanto al poeta como al filósofo propiamente dicho. Para el poeta, el no ser es la creación divina, el milagro del ser que se es, el *fiat umbra!* a que Martín alude en su soneto inmortal *Al gran Cero*, la palabra divina que al poeta asombra y cuya significación debe explicar el filósofo.

Borraste el ser; quedó la nada pura.  
Muéstrame; ¡oh Dios!, la portentosa mano  
que hizo la sombra: la pizarra oscura  
donde se escribe el pensamiento humano..

(Abel Martín. "Los Complementarios").

O como más tarde dijo Mairena, glosando a Martín:

Dijo Dios: Brote la nada.  
Y alzó la mano derecha,  
hasta ocultar su mirada.  
Y quedó la nada hecha.

Así simboliza Mairena, siguiendo a Martín, la creación divina, por un acto negativo de la divinidad, por un voluntario cegar del gran ojo, que todo lo ve al verse a sí mismo.

Se preguntará: ¿cómo, si no hay problema de lo que es, puesto que lo aparente y lo real son una y la misma cosa, o, dicho de otro modo, es lo real la suma de las apariciones del ser, puede haber una metafísica? A esta objeción respondía Mairena: "Precisamente la desproblematización del ser, que postula la absoluta realidad de lo aparente, pone *ipso jacto* sobre el tapete el problema del no ser, y éste es el tema de toda futura metafísica." Es decir, que la metafísica de Mairena será la ciencia del no ser, de la absoluta irrealdad, o, como decía Martín, de las varias formas del cero. Esta metafísica es ciencia de lo creado, de la obra divina, de la pura nada, a la cual se llega por análisis de conceptos; sólo contiene, como la metafísica de escuela, pensamiento puro; pero se diferencia de ella en que no pretende definir al ser (no es, pues, ontología), sino a su contrario. Y le cuadra, en verdad, el nombre de metafísica: ciencia de lo que está más allá del ser, es decir, más allá de la física.

*Los siete reversos* es el tratado filosófico en que Mairena pretende enseñarnos los siete caminos por donde puede el hombre llegar a comprender la obra divina: la pura nada. Partiendo del pensamiento mágico de Abel Martín, de *la esencial heterogeneidad del ser, de la inmanente otredad del ser que se es*, de la substancia única, quieta y en perpetuo cambio, de la conciencia integral, o gran ojo..., etc.; es decir, del pensamiento poético, que acepta como principio evidente la realidad de todo contenido de conciencia, intenta Mairena la génesis del pensamiento lógico, de las formas homogéneas del pensar: la pura substancia, el puro espacio, el puro tiempo, el puro movimiento, el puro reposo, el puro ser que no es y la pura nada.

El libro es extenso, contiene cerca de 500 páginas, en cuarto mayor. No fue leído en su tiempo. Ni aun lo cita Menéndez y Pelayo en su índice expurgatorio del pensamiento español. Su lectura, sin embargo, debe recomendarse a los estudiosos. Su análisis detallado nos apartaría mucho del poeta. Quede para otra ocasión y volvamos ahora a las poesías de Juan de Mairena.

Sostenía Mairena que sus Coplas mecánicas no eran realmente suyas, sino de la Máquina de Trovar, de Jorge Meneses. Es decir, que Mairena había imaginado un poeta, el cual, a su vez, había inventado un aparato, cuyas eran las coplas que daba a la estampa.

Diálogo entre Juan de Mairena y Jorge Meneses.

Mairena.—¿Qué augura usted, amigo Meneses, del porvenir de la lírica?

Meneses.—Pronto el poeta no tendrá más recurso que enfundar su lira y dedicarse a otra cosa.

Mairena.—¿Piensa usted?...

Meneses.—Me refiero al poeta lírico. El sentimiento individual, mejor diré: el polo individual del sentimiento, que está en el corazón de cada hombre, empieza a no interesar, y cada día interesará menos. La lírica moderna, desde el declive romántico hasta nuestros días (los del simbolismo), es acaso un lujo, un tanto abusivo, del hombre manchesteriano, del individualismo burgués, basado en la propiedad privada. El poeta exhibe su corazón con la jactancia del burgués enriquecido que ostenta sus palacios, sus coches, sus caballos y sus queridas. El corazón del poeta, tan rico en sonoridades, es casi un insulto a la afonía cordial de la masa, esclavizada por el trabajo mecánico. La poesía lírica se engendra siempre en la zona central de nuestra psique, que es la del sentimiento; no hay lírica que no sea sentimental. Pero el sentimiento ha de tener tanto de individual como de genérico, porque aunque no existe un corazón en general, que sienta por todos, sino que cada hombre lleva el suyo y siente con él, todo sentimiento se orienta hacia valores universales, o que pretenden serlo. Cuando el sentimiento acorta su radio y no trasciende del yo aislado, acotado, vedado al prójimo, acaba por empobrecerse y, al fin, canta de falsete. Tal es el sentimiento burgués, que a mí me parece fracasado; tal es el fin de la sentimentalidad romántica. En suma, no hay sentimiento verdadero sin simpatía, el mero pathos no ejerce función cordial alguna, ni tampoco estética. Un corazón solitario -ha dicho no sé quién, acaso Pero Grullo— no es un corazón; porque nadie siente si no es capaz de sentir con otro, con otros..., ¿por qué no con todos?

Mairena.—¡Con todos! ¡Cuidado, Meneses!

Meneses.—Sí, comprendo. Usted, como buen burgués tiene la superstición de lo selecto, que es la más plebeya de todas. Es usted un cursi.

Mairena.—Gracias.

Meneses.—Le parece a usted que sentir con todos es convertirse en multitud, en masa anónima. Es precisamente lo contrario. Pero no divaguemos. Hay una crisis sentimental que afectará a la lírica, y cuyas causas son muy complejas. El poeta pretende cantarse a sí mismo, porque no encuentra temas de comunión cordial, de verdadero sentimiento. Con la ruina de la ideología romántica, toda una sentimentalidad, concomitantemente, se viene abajo. Es muy difícil que una nueva generación siga escuchando nuestras canciones. Porque lo que a usted le pasa, en el rincón de su sentir, que empieza a no ser comunicable, acabará por no ser nada. Una nueva poesía supone una nueva sentimentalidad, y ésta, a su vez, nuevos valores. Un himno patriótico nos conmueve a condición de que la patria sea para nosotros algo valioso; en caso contrario, ese himno nos parecerá vacío, falso, trivial o ramplón. Comenzaremos a diputar insinceros a los románticos, declamatorios, hombres que simulan sentimientos, que, acaso, no experimentaban. Somos injustos. No es que ellos no sintieran; es, más bien, que nosotros no podemos sentir con ellos. No sé si esto lo comprende usted bien, amigo Mairena.

Mairena.—Sí, lo comprendo. Pero usted, ¿no cree en una posible lírica intelectual?

Metieses.—Me parece tan absurda como una geometría sentimental o un álgebra emotiva. Tal vez sea ésta la hazaña de los epígonos del simbolismo francés. Ya Mallarmé llevaba dentro el negro catedrático capaz de intentarla. Pero este camino no lleva a ninguna parte.

Mairena.—¿Qué hacer, Meneses?

Meneses.—Esperar a los nuevos valores. Entretanto, como pasatiempo, simple juguete, yo pongo en marcha mi arístón poético o máquina de trovar. Mi modesto aparato no pretende substituir ni suplantar al poeta (aunque puede con ventaja suplir al maestro de retórica), sino registrar de una manera objetiva el estado emotivo, sentimental, de un grupo humano, más o menos nutrido, como un termómetro registra la temperatura o un barómetro la presión atmosférica.

Mairena.—¿Cuantitativamente?

Meneses.—No. Mi artificio no registra en cifras, no traduce a lenguaje cuantitativo la lírica ambiente, sino que nos da su expresión objetiva, completamente desindividualizada, en un soneto, madrigal, jácara o letrilla que el aparato compone y recita con asombro y aplauso de la concurrencia. La canción que el aparato produce la reconocen por suya todos cuantos la escuchan, aunque ninguno, en verdad, hubiera sido capaz de componerla. Es la canción del grupo humano, ante el cual el aparato funciona. Por ejemplo, en una reunión de borrachos, aficionados al canto hondo, que corren una juerga de hombres solos, a la manera andaluza, un tanto sombría, el aparato registra la emoción dominante y la traduce en cuatro versos esenciales, que son su equivalente lírico. En una asamblea política, o de militares, o de usureros, o de profesores, o de sportsmen, produce otra canción, no menos esencial. Lo que nunca nos da el aparato es la canción individual, aunque el individuo esté caracterizado muy enérgicamente, por ejemplo: *la canción del verdugo*. Nos da, en cambio, si se quiere, la canción de los aficionados a ejecuciones capitales, etc.

Mairena.—¿Y en qué consiste el mecanismo de ese arístón poético o máquina de cantar?

Meneses.—Es muy complicado, y, sin auxilio gráfico, sería difícil de explicar. Además, es mi secreto. Bástele a usted, por ahora, conocer su función.

Mairena.—¿Y su manejo?

Meneses.— Su manejo es más sencillo que el de una máquina de escribir. Esta especie de piano-fonógrafo tiene un teclado dividido en tres sectores: el positivo, el negativo y el hipotético. Sus fonogramas no son letras, sino palabras. La concurrencia ante la cual funciona el aparato elige, por mayoría de votos, el sustantivo que, en el momento de la experiencia, considera más esencial, por ejemplo: *hombre*, y su correlato lógico, biológico, emotivo, etc., por ejemplo: *mujer*. El verbo siempre en función en las tres zonas del aparato, salvo el caso de substitución por voluntad del manipulador, es el verbo objetivador, el verbo ser, en sus tres formas: *ser*, *no ser*, *poder ser*, o bien *es*, *no es*, *puede ser*, es decir, el verbo en sus formas positiva u ontológica, negativa o divina, e hipotética o humana. Ya contiene, pues, el aparato elementos muy esenciales para una copla: *es hombre*, *no es hombre*, *puede ser hombre*, *es mujer*, etc. Los vocablos lógicamente rimados son hombre y mujer; los de la rima propiamente dicha: *mujer* y (puede) *ser*. Sólo el sustantivo hombre queda huérfano de rima sonora. El manipulador elige el fonograma lógicamente más afín, entre los consonantes a *hombre*, es decir, *nombre*. Con estos ingredientes el manipulador intenta una o varias coplas, procediendo por tanteos, en colaboración con su público. Y comienza así:

*Dicen* (el sujeto suele ser un impersonal) *que el hombre no es hombre*.

Esta proposición esencialmente contradictoria la da mecánicamente el tránsito del



substantivo *hombre* de la primera a la segunda zona del aparato. Mi artificio no es, como el de Lulio, máquina de pensar, sino de anotar experiencias vitales, anhelos, sentimientos, y sus contradicciones no pueden resolverse lógica, sino psicológicamente. Por esta vía ha de resolverla el manipulador, y con los solos elementos de que aun dispone: *nombre* y *mujer*. Y es ahora el substantivo *nombre* el que entra en función. El manipulador ha de colocarlo en la relación más esencial con *hombre* y *mujer*, que puede ser una de estas dos: *el nombre de un hombre* pronunciado por una *mujer*, o *el nombre de una mujer* pronunciado por un *hombre*. Tenemos ya el esquema de dos coplas posibles para expresar un sentimiento elementalísimo en una tertulia masculina: el sentimiento de la ausencia de la mujer, que nos da la razón psicológica que explica la contradicción lógica del verso inicial. El hombre no es hombre (lo es insuficientemente) para un grupo humano que define la hombría en función del sexo, bien por carencia de un nombre de mujer, el de la amada, que cada hombre puede pronunciar bien por ausencia de mujer en cuyos labios suene el nombre de cada hombre.

Para abreviar, pongamos que el aristón nos da esta copla:

Dicen que el hombre no es hombre  
mientras que no oye su nombre  
de labios de una mujer.  
Puede ser.

Este puede ser no es ripio, aditamento inútil o parte muerta de la copla. Está en la zona tercera del teclado, y el manipulador pudo omitirlo. Pero lo hace sonar, a instancias de la concurrencia, que encuentra en él la expresión de su propio sentir, tras un momento de reflexión autoinspectiva. Producida la copla, puede cantarse en coro.

\* \* \*

En el prólogo a sus *Coplas mecánicas* hace Mairena el elogio del artificio de Meneses. Según Mairena, el aristón poético es un medio, entre otros, de racionalizar la lírica, sin incurrir en el barroco conceptual. La sentencia, reflexión o aforismo que sus coplas contienen van necesariamente adheridos a una emoción humana. El poeta, inventor y manipulador del artificio mecánico es un investigador y colector de sentimientos elementales; un *folklorista*, a su manera, y un creador impasible de canciones populares, sin incurrir nunca en el pastiche de lo popular. Prescinde de su propio sentir, pero anota el de su prójimo y lo reconoce en sí mismo como sentir humano (cuando lo advierte objetivado en su apartado), como expresión exacta del ambiente cordial que le rodea. Su aparato no ripia ni pedantea, y aun puede ser fecundo en sorpresas, registrar fenómenos emotivos extraños. Claro está que su valor, como el de otros inventos mecánicos, es más didáctico y pedagógico que estético. La Máquina de Trovar, en suma, puede entretener a las masas e iniciarlas en la expresión de su propio sentir, mientras llegan los nuevos poetas, los cantores de una nueva sentimentalidad.

## CLXIX

### ULTIMAS LAMENTACIONES DE ABEL MARTÍN

#### (CANCIONERO APÓCRIFO)

Hoy, con la primavera,  
soñé que un fino cuerpo me seguía  
cual dócil sombra. Era  
mi cuerpo juvenil, el que subía  
de tres en tres peldaños la escalera.

—Hola, galgo de ayer. (Su luz de acuario  
trocaba el hondo espejo  
por agria luz sobre un rincón de osario.)

— ¿Tú, conmigo, rapaz?  
—Contigo, viejo.

Soñé la galería  
al huerto de ciprés y limonero;  
tibias palomas en la piedra fría,  
en el cielo de añil rojo pandero,  
y en la mágica angustia de la infancia  
la vigilia del ángel más austero.

La ausencia y la distancia  
volví a soñar con túnicas de aurora;  
firme en el arco tenso la saeta  
del mañana, la vista aterradora  
de la llama prendida en la espoleta  
de su granada.

¡Oh Tiempo, oh Todavía  
preñado de inminencias!,  
tú me acompañas en la senda fría,  
tejedor de esperanzas e impaciencias.

\* \* \*

¡El tiempo y sus banderas desplegadas!  
(¿Yo, capitán? Mas yo no voy contigo.)  
¡Hacia lejanas torres soleadas  
el perdurable asalto por castigo!

Hoy, como un día, en la ancha mar violeta  
hunde el sueño su pétrea escalinata,  
y hace camino la infantil goleta,  
y le salta el delfín de bronce y plata.

La hazaña y la aventura  
cercando un corazón entelerido...  
Montes de piedra dura  
—eco y eco— mi voz han repetido.

¡Oh, descansar en el azul del día  
como descansa el águila en el viento,

pobre la sierra fría,  
segura de sus alas y su aliento!

La augusta confianza  
a ti, Naturaleza, y paz te pido,  
mi tregua de temor y de esperanza,  
un grano de alegría, un mar de olvido...

## **CLXX**

### **(SIESTA)**

#### **EN MEMORIA DE ABEL MARTIN**

Mientras traza su curva el pez de fuego,  
Junto al ciprés, bajo el supremo añil,  
y vuela en blanca piedra el niño ciego,  
y en el olmo la copla de marfil  
de la verde cigarra late y suena,  
honremos al Señor  
—la negra estampa de su mano buena—  
que ha dictado el silencio en el clamor.

Al dios de la distancia y de la ausencia,  
del áncora en el mar, la plena mar...  
El nos libra del mundo —omnipresencia—  
nos abre senda para caminar.

Con la copa de sombra bien colmada,  
con este nunca lleno corazón,  
honremos al Señor que hizo la Nada  
y ha esculpido en la fe nuestra razón.

## **CLXXI**

### **A LA MANERA DE JUAN DE MAIRENA. APUNTES PARA UNA GEOGRAFÍA EMOTIVA DE ESPAÑA**

I

¡Torreperogil!

¡Quién fuera una torre, torre del campo  
del Guadalquivir!

II

Sol en los montes de Baza.  
Mágina y su nube negra.  
En el Aznaitín afila  
su cuchillo la tormenta.

III

En Garciez  
hay más sed que agua;  
en Jimena, más agua que sed.

IV

¡Qué bien los nombres ponía  
quien puso Sierra Morena  
a esta serranía!

V

En Alicún se cantaba:  
"Si la luna sale,  
mejor entre los olivos  
que en los espartales."

VI

Y en la Sierra de Quesada;  
"Vivo en pecado mortal:  
no te debiera querer;  
por eso te quiero más."

VII

Tiene una boca de fuego  
y una cintura de azogue.  
Nadie la bese.  
Nadie la toque.

Cuando el látigo del viento  
suena en el campo: ¡amapola!  
(como llama que se apaga  
o beso que no se logra)  
su nombre pasa y se olvida.  
Por eso nadie la nombra.

Lejos, por los espartales,  
más allá de los olivos,  
hacia las adelfas  
y los tarayes del río.  
con esta luna de la madrugada,  
¡amazona gentil del campo frío!...

## CLXXII

(ABEL MARTÍN)

### LOS COMPLEMENTARIOS

(CANCIONERO APÓCRIFO)

#### RECUERDOS DE SUEÑO, FIEBRE Y DUERMEVELA

I

Esta maldita fiebre  
que todo me lo enreda,  
siempre diciendo: ¡claro!  
Dormido estás: despierta.  
¡Masón, masón!

Las torres  
bailando están en rueda.  
Los gorriones pían  
bajo la lluvia fresca.  
¡Oh, claro, claro, claro!  
Dormir es cosa vieja,  
y el toro de la noche  
bufando está a la puerta.  
A tu ventana llevo  
con una rosa nueva,  
con una estrella roja,  
y la garganta seca.  
¡Oh, claro, claro, claro!  
¿Velones? En Lucena.  
¿Cuál de las tres? Son una  
Lucía, Inés, Carmela;  
y el limonero baila  
con la encinilla negra.  
¡Oh, claro, claro, claro!  
Dormido estás. Alerta.  
Mili, mili, en el viento:  
glu-glu, glu-glu, en la arena.  
Los tímpanos del alba,  
¡qué bien repiquetean!  
¡Oh, claro, claro, claro!

II

En la desnuda tierra...

III

Era la tierra desnuda,  
y un frío viento, de cara,  
con nieve menuda.

Me eché a caminar  
por un encinar de sombra:

la sombra de un encinar.

El sol las nubes rompía  
con sus trompetas de plata.  
La nieve ya no caía.

La vi un momento asomar  
en las torres del olvido.  
Quise y no pude gritar.

IV

¡Oh, claro, claro, claro!  
Ya están los centinelas  
alertos. Y esta fiebre  
que todo me lo enreda!...  
Pero a un hidalgo no  
se ahorca; se degüella,  
señor verdugo ¿Duermes?  
Masón, masón despierta.  
Nudillos infantiles  
y voces de muñecas.

¡Tan-tan! ¿Quién llama, dí?  
—¿Se ahorca a un inocente  
en esta casa?

—Aquí  
se ahorca, simplemente.

—

¡Qué vozarrón! Remacha  
el clavo en la madera.  
Con esta fiebre... ¡Chito!  
Ya hay público a la puerta.  
La solución más linda  
del último problema.  
Vayan pasando, pasen;  
que nadie quede fuera.

—

—¡Sambenitado, a un lado!  
—¿Eso será por mí?  
¿Soy yo el sambenitado,  
señor verdugo?  
-Sí.

—

¡Oh, claro, claro, claro!  
Se da trato de cuerda,  
que es lo infantil, y el trompo  
de música resuena.  
Pero la guillotina,  
una mañana fresca...  
Mejor el palo seco,

y su corbata hecha,  
¿Guitarras? No se estilan.  
Fagotes y cornetas,  
y el gallo de la aurora,  
si quiere. ¿La reventa  
la hacen los curas? ¡Claro!  
¡¡¡Sambenitón, despierta!!!

v

Con esta bendita fiebre  
la luna empieza a tocar  
su pandereta; y danzar  
quiere, a la luna, la liebre.  
De encinar en encinar  
saltan la alondra y el día.  
En la mañana serena  
hay un latir de jauría,  
que por los montes resuena.  
Duerme. ¡Alegría! ¡Alegría.!

vi

Junto al agua fría,  
en la senda clara,  
sombra dará algún día  
ese arbolillo en que nadie repara.  
Un fuste blanco y cuatro verdes hojas  
que, por abril, le cuelga primavera,  
y arrastra el viento de noviembre, rojas.  
Su fruto, sólo un niño lo mordiera.  
Su flor, nadie la vio. ¿Cuándo florece?  
Ese arbolillo crece  
no más que para el ave de una cita,  
que es alma —canto y plumas— de un instante,  
un pajarillo azul y petulante  
que a la hora de la tarde lo visita.

vii

¡Qué fácil es volar, qué fácil es!  
Todo consiste en no dejar que el suelo  
se acerque a nuestros pies.  
Valiente hazaña, ¡el vuelo!, ¡el vuelo!, ¡el vuelo!

viii

¡Volar sin alas donde todo es cielo!  
Anota este jocundo  
pensamiento: Parar, parar el mundo  
entre las puntas de los pies  
y luego darle cuerda del revés,  
para verlo girar en el vacío,  
coloradito y frío,  
y callado —no hay música sin viento—.  
¡Claro, claro! ¡Poeta y cornetín  
son de tan corto aliento!...  
Sólo el silencio y Dios cantan sin fin.

## IX

Pero caer de cabeza,  
 en esta noche sin luna,  
 en medio de esta maleza,  
 junto a la negra laguna...

—

—¿Tu eres Caronte, el fúnebre barquero?  
 Esa barba limosa...

—¿Y tú bergante?

—Un fúnebre aspirante  
 de tu negra barcaza a pasajero,  
 que al lago irrebogable se aproxima.

—¿Razón?

—La ignoro. Ahorcóme un peluquero

—(Todos pierden memoria en este clima).

—¿Delito?

—No recuerdo.

—¿Ida, no más?

—¿Hay vuelta?

—Si.

—Pues ida y vuelta, ¡claro!

—Sí, claro... y no tan claro: eso es muy caro.  
 Aguarda un momentín, y embarcarás.

## X

¡Bajar a los infiernos como el Dante!  
 ¡Llevar por compañero  
 a un poeta, con nombre de lucero!  
 ¡Y este fulgor violeta en el diamante!  
*Dejad toda esperanza...* Usted, primero.  
 ¡Oh, nunca, nunca, nunca! Usted delante;

—

Palacios de mármol, jardín con cipreses,  
 naranjos redondos y pahuas esbeltas.  
 Vueltas y revueltas,  
 eses y más eses.  
 "Calle del Recuerdo." Ya otra vez pasamos  
 por ella. "Glorieta de la Blanca Sor."  
 "Puerta de la luna." Por aquí ya entramos.  
 "Calle del Olvido." Pero, ¿adonde vamos  
 por estas malditas andurrias, señor?

—Pronto te cansas, poeta.

—"Travesía del amor..."

¡y otra vez la "Plazoleta  
 del Desengaño Mayor!"

## XI

—Es ella... Triste y severa.  
 Di, más bien, indiferente  
 como figura de cera.



—  
—Es ella... Mira y no mira.  
—Pon el oído en su pecho  
y, luego, dile: respira.

—  
—No alcanzo hasta el mirador.  
—Hablale.  
—Si tú quisieras...  
—Más alto.  
Darme esa flor.  
¿No me respondes, bien mío?  
¡Nada, nada!  
Cuajadita con el frío  
se quedó en la madrugada.

XII

¡Oh, claro, claro, claro!  
Amor siempre se hiela.  
¡Y en esa "Calle Larga"  
con reja, reja y reja,  
cien veces, platicando  
con cien galanes, ella!  
¡Oh, claro, claro, claro!  
Amor es calle entera,  
con celos, celosías,  
canciones a las puertas...  
Yo traigo un do de pecho  
guardado en la cartera.  
¿Qué te parece?  
—Guarda.  
Hoy cantan las estrellas,  
y nada más.  
—¿Nos vamos?  
—Tira por esa calleja.  
—Pero ¿otra vez empezamos?  
"Plaza Donde Hila la Vieja."  
Tiene esta plaza un relente...  
¿Seguimos?  
—Aguarda un poco.  
Aquí vive un cura loco  
por un lindo adolescente.  
Y aquí pena arrepentido,  
oyendo siempre tronar,  
y viendo serpentear  
el rayo que lo ha fundido.  
"Calle de la Triste Alcuza."  
—Un barrio feo. Gentuza.  
¡Alto!... "Pretil del Valiente."  
—Pregunta en el tres.  
—¿Manola?  
—Aquí. Pero duerme sola:  
está de cuerpo presente.  
¡Claro, claro! Y siempre clara,

la de la luna en la cara.

—¿Rezamos?

—No. Vámonos...

Si la madeja enredamos  
con esa fiebre, ¡por Dios!,  
ya nunca la devanamos.

...Sí, cuatro igual dos y dos.

## CLXXIII

### (CANCIONES A GUIOMAR)

I

No sabía  
si era un limón amarillo  
lo que tu mano tenía,  
o el hilo de un claro día,  
Guiomar, en dorado ovillo.  
Tu boca me sonreía.

Yo pregunté: ¿Qué me ofreces?  
¿Tiempo en fruto, que tu mano  
eligió entre maduresces  
de tu huerta?

¿Tiempo vano  
de una bella tarde yerta?  
¿Dorada ausencia encantada?  
¿Copia en el agua dormida?

¿De monte en monte encendida,  
la alborada  
verdadera?  
¿Rompe en sus turbios espejos  
amor la devanadera  
de crepúsculos viejos?

II

En un jardín te he soñado,  
alto, Guiomar, sobre el río,  
jardín de un tiempo cerrado  
con verjas de hierro frío.

Un ave insólita canta  
en el almez, dulcemente,  
junto al agua viva y santa,  
toda sed y toda fuente.

En ese jardín, Guiomar,  
el mutuo jardín que inventan  
dos corazones al par,  
se funden y complementan  
nuestras horas. Los racimos  
de un sueño —juntos estamos—

en limpia copa exprimimos,  
y el doble cuento olvidamos.

(Uno: Mujer y varón,  
aunque gacela y león,  
llegan juntos a beber.  
El otro: No puede ser  
amor de tanta fortuna:  
dos soledades en una,  
ni aun de varón y mujer).

\* \* \*

Por ti la mar ensaya olas y espumas,  
y el iris, sobre el monte, otros colores,  
y el faisán de la aurora canto y plumas,  
y el búho de Minerva ojos mayores.  
Por ti, ¡oh Guiomar!...

III

Tu poeta

piensa en ti. La lejanía  
es de limón y violeta,  
verde el campo todavía.  
Conmigo vienes, Guiomar;  
nos sorbe la serranía.  
De encinar en encinar  
se va fatigando el día.  
El tren devora y devora  
día y riel. La retama  
pasa en sombra; se desdora  
el oro de Guadarrama.  
Porque una diosa y su amante  
huyen juntos, jadeante,  
los sigue la luna llena.  
El tren se esconde y resuena  
dentro de un monte gigante.  
Campos yermos, cielo alto.  
Tras los montes de granito  
y otros montes de basalto,  
ya es la mar y el infinito.  
Juntos vamos; libres somos.  
Aunque el Dios, como en el cuento  
fiero rey, cabalgue a lomos  
del mejor corcel del viento,  
aunque nos jure, violento,  
su venganza,  
aunque ensille el pensamiento,  
libre amor, nadie lo alcanza.

\* \* \*

Hoy te escribo en mi celda de viajero,  
a la hora de una cita imaginaria.  
Rompe el iris al aire el aguacero,  
y al monte su tristeza planetaria.

Sol y campanas en la vieja torre.  
¡Oh tarde viva y quieta  
Que opuso al *panta rhei* su *nada corre*,  
tarde niña que amaba tu poeta!  
¡Y día adolescente  
—ojos claros y músculos morenos—,  
cuando pensaste a Amor, junto a la fuente,  
besar tus labios y apresar tus senos!  
Todo a esta luz de abril se transparenta;  
todo en el hoy de ayer, el Todavía  
que en sus maduras horas  
el tiempo canta y cuenta,  
se funde en una sola melodía,  
que es un coro de tardes y de auroras.  
A ti, Guiomar, esta nostalgia mía.

#### CLXXIV

#### OTRAS CANCIONES A GUIOMAR

#### (A LA MANERA DE ABEL MARTIN Y DE JUAN DE MAIRENA)

I

¡Sólo tu figura,  
como una centella blanca,  
en mi noche oscura!

¡Y en la tersa arena,  
cerca de la mar,  
tu carne rosa y morena,  
súbitamente, Guiomar!

En el gris del muro,  
cárcel y aposento,  
y en un paisaje futuro  
con sólo tu voz y el viento;

\* \* \*

en el nácar frío  
de tu zarcillo en mi boca,  
Guiomar, y en el calofrío  
de una amanecida loca;

\* \* \*

asomada al malecón  
que bate la mar de un sueño,  
y bajo el arco del ceño  
de mi vigilia, a traición,  
¡siempre tú!

Guiomar, Guiomar,  
mírame en ti castigado:

reo de haberte creado,  
ya no te puedo olvidar.

II

Todo amor es fantasía;  
él inventa el año, el día,  
la hora y su melodía;  
inventa el amante y, más,  
la amada. No prueba nada,  
contra el amor, que la amada  
no haya existido jamás.

III

Escribiré en tu abanico:  
te quiero para olvidarte,  
para quererte te olvido.

IV

Te abanicarás  
con un madrigal que diga:  
en amor el olvido pone la sal.

V

Te pintaré solitaria  
en la urna imaginaria  
de un daguerrotipo viejo,  
o en el fondo de un espejo,  
viva y quieta,  
olvidando a tu poeta.

VI

Y te enviaré mi canción:  
"Se canta lo que se pierde",  
con un papagayo verde  
que la diga en tu balcón.

VII

Que apenas si de amor el ascua humea  
sabe el poeta que la voz engola  
y, barato cantor, se pavonea  
con su pesar o enluta su viola;  
y que si amor da su destello, sola  
la pura estrofa suena,  
fuente de monte, anónima y serena.  
Bajo el azul olvido, nada canta,  
ni tu nombre ni el mío, el agua santa.  
Sombra no tiene de su turbia escoria  
limpio metal; el verso del poeta  
lleva ansia de amor que lo engendrara  
como lleva el diamante sin memoria  
—frío diamante— el fuego del planeta  
trocado en luz, en una joya clara...

Abre el rosal de la carroña horrible  
 su olvido en flor, y extraña mariposa,  
 jade y carmín, de vuelo imprevisible,  
 salir se ve del fondo de una fosa.  
 Con el terror de víbora encelada,  
 junto al lagarto frío,  
 con el absorto sapo en la azulada  
 libélula que vuela sobre el río,  
 con los montes de plomo y de ceniza,  
 sobre los rubios agros  
 que el sol de mayo hechiza,  
 se ha abierto un abanico de milagros  
 —el ángel del poema lo ha querido—  
 en la mano creadora del olvido...

.....

## CLXXV

## (MUERTE DE ABEL MARTIN)

Pensando que no veía  
 Porque Dios no le miraba,  
 dijo Abel cuando moría:  
 Se acabó lo que se daba,  
 J. de MAIRENA: "Epigrama"

I

Los últimos vencejos revolean  
 en torno al campanario;  
 los niños gritan, saltan, se pelean.  
 En su rincón, Martín el solitario.  
 ¡La tarde, casi noche, polvorienta,  
 la algarazara infantil, y el vocerío,  
 a la par de sus doce en sus cincuenta!

—

¡Oh alma plena y espíritu vacío,  
 ante la turbia hoguera  
 con llama restallante de raíces,  
 fogata de frontera  
 que ilumina las hondas cicatrices!

—

Quien se vive se pierde, Abel decía.  
 ¡Oh distancia, distancia!, que la estrella  
 que nadie toca, guía.  
 ¿Quién navegó sin ella?  
 Distancia para el ojo —¡oh lueña nave!—,  
 ausencia al corazón empedernido,  
 y bálsamo suave  
 con la miel del amor, sagrado olvido.

¡Oh gran saber del cero, del maduro  
fruto sabor que sólo el hombre gusta,  
agua de sueño, manantial obscuro,  
sombra divina de la mano augusta!  
Antes me llegue, si me llega, el Día,  
la luz que ve, increada,  
ahógame esta mala gritería,  
Señor, con las esencias de tu Nada.

II

El ángel que sabía  
su secreto salió a Martín al paso.  
Martín le dio el dinero que tenía.  
¿Piedad? Tal vez. ¿Miedo al chantaje? Acaso.  
Aquella noche fría  
supo Martín de soledad; pensaba  
que Dios no le veía,  
y en su mudo desierto caminaba.

III

Y vio la musa esquivada,  
de pie junto a su lecho, la enlutada,  
la dama de sus calles, fugitiva,  
la imposible al amor y siempre amada.  
Dijole Abel: Señora,  
por ansia de tu cara descubierta,  
he pensado vivir hacia la aurora  
hasta sentir mi sangre casi yerta.  
Hoy sé que no eres tú quien yo creía;  
mas te quiero mirar y agradecerte  
lo mucho que me hiciste compañía  
con tu frío desdén.

Quiso la muerte  
sonreír a Martín, y no sabía.

IV

Viví, dormí, soñé y hasta he creado  
—pensó Martín, ya turbia la pupila—  
un hombre que vigila  
el sueño, algo mejor que lo soñado.  
Mas si un igual destino  
aguarda al soñador y al vigilante,  
a quien trazó caminos,  
y a quien siguió caminos, jadeante,  
al fin, sólo es creación tu pura nada,  
tu sombra de gigante,  
el divino cegar de tu mirada.

V

Y sucedió a la angustia la fatiga,  
que siente su esperar desesperado,  
la sed que el agua clara no mitiga,  
la amargura del tiempo envenenado.  
¡Esta lira de muerte!

Abel palpaba  
su cuerpo enflaquecido.  
¿El que todo lo ve no le miraba?  
¡Y esta pereza, sangre del olvido!  
¡Oh, sálvame Señor!  
Su vida entera,  
su historia irremediable aparecía  
escrita en blanda cera.  
¿Y ha de borrarte el sol del nuevo día?  
Abel tendió su mano  
hacia la luz bermeja  
de una caliente aurora de verano,  
ya en el halcón de su morada vieja.  
Ciego, pidió la luz que no veía.  
Luego llevó, sereno,  
el limpio vaso, hasta su boca fría,  
de pura sombra —¡oh pura sombra!— lleno.

## CLXXVI

### (OTRO CLIMA)

¡Oh cámaras del tiempo y galerías  
del alma, tan desnudas!  
dijo el poeta. De los claros días  
pasan las sombras mudas.  
Se apaga el canto de las viejas horas  
cual rezo de alegrías enclaustradas;  
el tiempo lleva un desfile de auroras  
con séquito de estrellas empañadas.  
¿Un mundo muere? ¿Nace  
un mundo? ¿En la marina  
panza del globo hace  
nueva nave su estela diamantina?  
  
¿Quillas al sol la vieja flota yace?  
¿Es el mundo nacido en el pecado,  
el mundo del trabajo y la fatiga?  
¿Un mundo nuevo para ser salvado  
otra vez? ¡Otra vez! Que Dios lo diga.  
Calló el poeta, el hombre solitario,  
porque un aire de cielo atarecido  
le amortecía el fino estradivario.  
Sangrábale el oído.  
Desde la cumbre vio el desierto llano  
con sombras de gigantes con escudos,  
y en el verde fragor del oceano  
torsos de esclavos jadear desnudos.  
y un *nihil* de fuego escrito  
tras de la selva huraña,  
en áspero granito,  
y el rayo de un camino en la montaña...



## INDICE

ANTONIO MACHADO, por Rubén Darío _____	2
--	---

SOLEDADES _____	3
-----------------	---

- I El viajero
- II "He andado muchos caminos"
- III "La plaza y los naranjos encendidos"
- IV En el entierro de un amigo...
- V Recuerdo infantil
- VI "Fue una clara tarde, triste y soñolienta"
- VII "El limonero lánguido suspende"
- VIII "Yo escucho los cantos"
- IX Orillas del Duero
- X "A la desierta plaza"
- XI "Yo voy soñando caminos"
- XII "Amada, el aura dice"
- XIII "Hacia un ocaso radiante"
- XIV Cante hondo
- XV "La calle en sombra. Ocultan los altos caserones"
- XVI "Siempre fugitiva y siempre"
- XVII Horizonte
- XVIII El poeta
- XIX "¡Verdes jardinillos!"

DEL CAMINO _____	16
------------------	----

- XX Preludio
- XXI "Daba el reloj a las doce y eran doce"
- XXII "Sobre la tierra amarga"
- XXIII "En la desnuda tierra del camino"
- XXIV "El sol es un globo de fuego"
- XXV "¡Tenue rumor de túnicas que pasan!"
- XXVI "¡Oh, figuras del atrio, más humildes!"
- XXVII "La tarde todavía"
- XXVIII "Crear fiestas de amores"
- XXIX "Arde en tus ojos un misterio, virgen"
- XXX "Algunos lienzos del recuerdo tienen"
- XXXI "Crece en la plaza en sombra"
- XXXII "Las ascuas de un crepúsculo morado"
- XXXIII "¿Mi amor? ¿Recuerdas, dime?"
- XXXIV "Me dijo un alba de la primavera"
- XXXV "Al borde del sendero un día nos sentamos"
- XXXVI "Es una forma juvenil que un día"
- XXXVII "¡Oh, dime, noche amiga, amada vieja!"

CANCIONES _____	23
-----------------	----

- XXVIII "Abril florecía"
- XXXIX Coplas elegiacas
- XL Inventario galante
- XLI "Me dijo una tarde"

- XLII "La vida hoy tiene ritmo"
- XLIII "Era una mañana y abril sonreía"
- XLIV "El casco roído y verdoso"
- XLV "El sueño bajo el sol que aturde y ciega"

## **HUMORISMOS, FANTASÍAS, APUNTES** --- **30**

- XLVI La noria
- XLVII El cadalso
- XLVIII Las moscas
- XLIX Elegía de un madrigal
- L Acaso
- LI Jardín
- LII Fantasía de una noche de abril
- LIII A un naranjo y a un limonero
- LIV Los sueños malos
- LV Hastío
- LVI "Sonaba el reloj la una"
- LVII Consejos
- LVIII Glosa
- LIX "Anoche cuando dormía"
- LX "¿Mi corazón se ha dormido?"

## **GALERÍAS** --- **40**

- LXI Introducción
- LXII "Desgarrada la nube; el arco iris"
- LXIII "Y era el demonio de mi sueño el ángel"
- LXIV "Desde el umbral de un sueño me llamaron"
- LXV Sueño infantil
- LXVI "Y esos niños en hilera"
- LXVII "Si yo fuera un poeta"
- LXVIII "Llamó a mi corazón, un claro día"
- LXIX "Hoy buscarás en vano"
- LXX "Y nada importa ya que el vino de oro"
- LXXI "Tocados de otros días"
- LXXII "La casa tan querida"
- LXXIII "Ante el pálido lienzo de la tarde"
- LXXIV "Tarde tranquila, casi"
- LXXV "Yo, como Anacreonte!"
- LXXVI "¡Oh, tarde luminosa!"
- LXXVII "Es una tarde cenicienta y mustia"
- LXXVIII "¿Y ha de morir contigo el mundo mago?"
- LXXIX "Desnuda está la tierra"
- LXXX Campo
- LXXXI A un viejo y distinguido señor
- LXXXII Los sueños
- LXXXIII "Guitarra del mesón que hoy sueñas jota"
- LXXXIV "El rojo sol de un sueño en el Oriente asoma"
- LXXXV "La primavera besaba"
- LXXXVI "Eran ayer mis dolores"
- LXXXVII Renacimiento
- LXXXVIII "Tal vez la mano, en sueños"
- LXXXIX "Y podrás conocerte, recordando"
- XC "Los árboles conservan"
- XCI "Húmedo está, bajo el laurel, el banco"

**VARIA****53**

- XCII "Pegasos, lindos pegasos"
- XCIII "Deletereos de armonía"
- XCIV "En medio de la plaza y sobre tosca piedra"
- XCV Coplas mundanas
- XCVI Sol de invierno

**CAMPOS DE CASTILLA****56**

- XCVII Retrato
- XCVIII A orillas del Duero
- XCIX Por tierras de España
  - C El hospicio
  - CI El Dios ibero
  - CII Orillas del Duero
  - CIII Las encinas
  - CIV "¿Eres tú, Guadarrama, viejo amigo?"
  - CV En abril, las aguas mil
  - CVI Un loco
  - CVII Fantasía iconográfica
  - CVIII Un criminal
  - CIX Amanecer de otoño
  - CX En tren
  - CXI Noche de verano
  - CXII Pascua de resurrección
  - CXIII Campos de Soria
  - CXIV La tierra de Alvargonzález
  - CXV A un olmo seco
  - CXVI Recuerdos
  - CXVII Al maestro "Azorín" por su libro Castilla
  - CXVIII Caminos
  - CXIX "Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería"
  - CXX "Dice la esperanza: un día"
  - CXXI "Allá, en las tierras altas"
  - CXXII "Soñé que tú me llevabas"
  - CXXIII "Una noche de verano"
  - CXXIV "Al borrarse la nieve, se alejaron"
  - CXXV "En estos campos de la tierra mía"
  - CXXVI A José María Palacio
  - CXXVII Otro viaje
  - CXXVIII Poema de un día
  - CXXIX Noviembre
  - CXXX La saeta
  - CXXXI Del pasado efímero
  - CXXXII Los olivos
  - CXXXIII Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido
  - CXXXIV La mujer manchega
  - CXXXV El mañana efímero
  - CXXXVI Proverbios y cantares
  - CXXXVII Parábolas
  - CXXXVIII Mi bufón

## **ELOGIOS** \_\_\_\_\_ **121**

- CXXXIX A don Francisco Giner de los Ríos
- CXL Al joven meditador José Ortega y Gasset
- CCLI A Xavier Valcarce
- CXLII Mariposa de la sierra
- CXLIII Desde mi rincón
- CXLIV Una España joven
- CXLV España en paz
- CXLVI "Esta leyenda en sabio romance campesino"
- CXLVII Al maestro Rubén Darío
- CXLVIII A la muerte de Rubén Darío
- CXLVIX A Narciso Alonso Cortés, poeta de Castilla
- CL Mis poetas
- CLI A don Miguel de Unamuno
- CLII A Juan Ramón Jiménez

## **NUEVAS CANCIONES** \_\_\_\_\_ **133**

- CLIII Olivo del camino
- CLIV Apuntes
- CLV Hacia tierra baja
- CLVI Galerías
- CLVII La luna, la sombra y el bufón
- CLVIII Canciones de tierras altas
- CLIX Canciones
- CLX Canciones del alto Duero
- CLXI Proverbios y cantares
- CLXII Parergon
- CLXIII El viaje
- CLXIV Glosando a Ronsard y otras rimas
- CLXV Sonetos
- CLXVI Viejas canciones

## **DE UN CANCIONERO APÓCRIFO** \_\_\_\_\_ **177**

- CLXVII Abel Martín
- CLXVIII Juan de Mairena
- CLXIX Últimas lamentaciones de Abel Martín
- CLXX Siesta
- CLXXI A la manera de Juan de Mairena
- CLXXII Los complementarios
- CLXXIII Canciones a Guiomar
- CLXXIV Otras canciones a Guiomar
- CLXV Muerte de Abel Martín
- CLXXVI Otro clima